R.663

Segunda Serie — PUBLICACIONES DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS JEREZANOS — Número 22

LA CANCION DE BARAHONA PADILLA

JESUS DE LAS CUEVAS

Premio al Tema 3.° de Concurso Histórico, Literario y Artístico en el VII Centenario de la Reconquista de Jerez (1.264-1.964)

JEREZ DE LA FRONTERA, 1964

Depósito Legal. CA. 48.—1965.

DEDICATORIA

A cuantos quisieron, quieren, y querrán a Jerez.

EL CAPITAN POETA

I

NOBLEZA Y ANTIGÜEDAD DE LOS BARAHONA

No sabemos de fijo cuándo los primeros Barahona se vinieron a vivir a Andalucía, pero sí podemos atestiguar su nobleza. La cuna de los Barahona está en la villa de su nombre en Soria, partido judicial de Medinaceli. Ramas suyas se extendieron, frondosamente, por las dos Castillas, la Vieja y la Nueva, Vizcaya, La Rioja, Extremadura y Andalucía, en el XVI, y en América, en Chile, en el XVII. Según Rodríguez Marín eran oriundos de la Rioja (1) e hijosdalgos de la villa de Ayllón, el escudo orlado en sangre con ocho aspas de oro y las letras mayúsculas del propio apellido también en oro, interpoladas entre aquellas aspas. Hay quien asegura que de una brava mujer disfrazada de hombre en las huestes de Alfonso VII de Castilla, que combate y hace prisionero al mismísimo Alfonso I de Aragón, una «varona» —tal la llamaban— de los pies a la cabeza, descienden los Barahona. De «Varona» a Barona, Baraona y Barahona —«cuatro denominaciones de un mismo linaje»— no hay más que un paso. Un origen un tanto teatral que puso los dientes largos a Lope de Vega, en «La Filomena». Sin embargo, aunque en uno de sus escudos veáis una mujer con una espada levantada en la mano derecha (2) —la representación heráldica de «La Varona»—, y se hable y no se acabe de la viuda del Infante Vela, de «burda invención» lo califican los hermanos Caraffa, y lo juicioso y natural, será suponer al pueblo soriano como pila de nacimiento de los Barahona, y no meternos en complicaciones. De cualquier modo, Rodríguez Marín prueba la existencia de un Fray José de Barahona, en Ubeda, en el XIII —en 1250—, y ya ha llovido desde entonces. Pero es en el XVI, y de ahí en adelante, cuando encontráis muchísimos Barahona y bastantes que demuestran su nobleza en la Sala de Hijosdalgos de la Chancillería de Valladolid. Sin salir de Andalucía, los tenéis en Lucena, Espejo, Osuna, Ecija, Antequera, Estepa, Ronda, Vélez-Málaga, Granada, Sanlúcar y Jerez... Posiblemente emparentados entre sí, ya que descendían de un tronco común.

---

(1) En su «Luis Barahona de Soto», Madrid, 1903, cap. I. En la «Enc. Heráldica y Genealógica Hispano-Americana» de Alberto y Arturo García Caraffa, 1923, T. XIII, p. 166 y sig., los veis en Burgos (Briviesca, Sarracín, Villacaryo, Castrogeriz, valle de Valdivieso, Lerma y Miranda).

(2) Escudo 190, en el Caraffa. Vid: Baños de Velasco y Juan de Florez de Ocaña, 1676. Escudos 191, 192 y 193.

Familias hidalgas, caballeros de Ordenes Militares (3), todos tenían muy en alto la sangre noble. El lucentino Luis Barahona de Soto, poeta de tal categoría que sus contemporáneos nombraron «el divino», declara, sin ir más lejos:

«Porque a mi nombre se le quita gorra
en El Cairo, en Marruecos y en Galofe...» (4).

Las pesquisas felices del Bachiller de Osuna —nada menos que 54 Barahona reseñados— señalan algunos de estos Barahona en puestos preeminentes (5) a lo largo del XVI, y —cosa curiosa— aficionados a la pluma. Amén del «divino» Luis, aparece un Diego, glosador de las coplas de Jorge Manrique; una poetisa: María; un escritor apologético: Fr. Pedro (6); un gramático; un historiador y rey de armas de fuste del Emperador Carlos V: Antonio de Barahona (7). Por cierto, entre sus obras (8), un Memorial sobre los Rendones jerezanos (9) y otro sobre los Rallones, y en él —escribía Martín Ferrador (10)— «parece declarar que Jerez era su patria». De confirmarse la sospecha, y el historiar a los Rendones y Rallones supone una baza en esa suposición, aún muy en el aire, contaríamos ya aquí con un primer Barahona ilustre.

JUAN, «EL MONTAÑES»

Muy relacionados con los de Jerez, sí deberían ser los Barahona de Sanlúcar de Barrameda. Sabemos noticias de algunos de ellos. En 1524, un Juan de Barahona es escribano del Cabildo. Más tarde (11), un Dr. Barahona, Preceptor de Gramática, hombre de letras en suma. Pero vayamos a quienes nos interesan: a los avecindados en Jerez. La primera referencia segura, un Juan de Barahona, «montañés».

(3) Fr. Francisco de Avila, en «La Vida y la Muerte», Salamanca, 1508, cita a los Barahona como una de las mil familias hidalgas. En el «Nobiliario Español» de J. Atienza —Barón de Cobos de Belchite— 2.ª ed., 1954, p. 217, señala entre los Barahona, 9 caballeros de Santiago, el más antiguo, Juan de Barahona, de Salinas de Añana, de 1561; 2 de Calatrava; 5 de Alcántara y 1 de Montesa.

(4) En la Epístola III al Duque de Sesa.

(5) Verbigracia, en la Universidad de Osuna, donde se matricula Luis Barahona de Soto en el tercer curso de Medicina en Octubre de 1569, tres Barahona han cursado o cursan en la misma Universidad: Andrés y Alonso de Barahona, Licenciado y doctor en cánones y bedel y alguacil mayor, respectivamente, y Gaspar de Barahona y Ahumada, rondeño. Diego de Barahona y Aranda fue Regidor Perpetuo de Ronda; el magnífico Diego de Barahona, Teniente Corregidor de Ecija, en 1570; Juan de Barahona, Alcalde Mayor de Estepa —1559-1570— y Antonio de Barahona, escribano público en Osuna. Otros Barahona famosos: Sancho, uno de los primeros conquistadores de Nueva España, y un Barahona Saravia, Alcalde de Hijosdalgos en Valladolid, en 1650. Cfr. «Apéndice VII» del lib. cit. de Rodríguez Marín.

(6) Fr. Pedro Barahona Valdivieso, en 1595.

(7) Sobrino de Pedro de Gracia Dei, genealogista de los Reyes Católicos, quien vino a Jerez a comprobar «de visu» todas las maravillas que oía decir de la ciudad. «En grandeza e nobleza» «más de lo que della se dice».

(8) «Vergel de Nobleza, Linaje y Noticias de Baeza», Tratado de Santa Eufemia Mártir... Vid: Nicolás Antonio, «Bib. Hisp. Nova» —I—. El doctor Juan Lucas Cortés, en la «Bib. Heráldica», dá de Antonio de Barahona más larga noticia.

(9) Inserto en un ms. «Repartimiento de Jerez», en la Bib. Colombina de Sevilla. A Garcí Pérez Rendón de Burgos lo califica de «bien aventurado caballero de sangre noble». «Andando en las guerras hizo grandes hazañas...» Cinco cosas esconden la nobleza de un linaje: «olvido, destierro, pobreza, vileza y ruines casamientos».

(10) «Garcí Pérez Rendón de Burgos», en «Rev. del Ateneo», Jerez, 37, IV, Agosto, 1927. Recogido en «Trad. y A. H. Jerezanos».

(11) De 1576 a 1594. En 27-5-1646, Juan de Barahona y Zapata, Alguacil de Vagamundos en Sanlúcar.

Así se expresa en el Libro del Alcázar (12). ¿Quiere decir con ello que procedía de la montaña, del Norte? Creemos que sí, y muy bien pudiera ser —como ya vimos— de algún pueblo de la Rioja. En el discurrir de oficios y escrituras no resulta raro tropezar con casos similares. Por ejemplo: «Gonzalo de Collantes, montañés... (13)». Casa nuestro hombre, Juan de Barahona, con Beatriz de Vera o de Villavicencio (14) y de ella tiene dos hijos: Luis e Inés. Posee tierras y ganados. En 1546 vende 10 vacas y 10 bueyes —un botón de muestra— por cuantía de 20.000 maravedís, mandados dar a su hijo Luis (15). En el testamento de su mujer, de Beatriz (16), ordena se entregue una saya de carmesí morado para un manto de la Virgen del Carmen. Desconocemos la fecha de su muerte. Inés, la hija, mujer de Rui López de Trujillo, es dueña de casas en la collación de San Marcos y caballerías de tierra, algunas en Arcos (17). Luis se nos presenta como ganadero de cierta importancia. En 1547 vende en Sevilla «115 cabezas de herales e utreros e quatreños machos y hembras...». Respecto a su casamiento, el citado Libro del Alcázar se presta a confusiones. En él se atestigua que «el caballero Luis de Varahona» «casó con una hija del comendador Hernando de Padilla, que se llama doña Ynés de Villavicencio». Bartolomé Gutiérrez insiste en lo mismo (18), y José Angelo Dávila (19), que inserta los capítulos de la Historia del doctor Gonzalo de Padilla, escrita por éste en 1606, con 72 años... (20). Sin embargo, en las indagaciones de Felipe Rodríguez en los Libros Capitulares (21), leemos que «la fixa» del Comendador no era madre, sino abuela de los caballeros Barahona Padilla (22).

UN TESTAMENTO REVELADOR

Hipólito Sancho, suprema autoridad en estas cuestiones, desenmarañó la ascendencia de estos caballeros Barahona Padilla, haciéndonos ver que de quienes de verdad eran nietos —por línea materna— eran del conquistador Pedro de Vera (23).

(12) Edición de 1929, pág. 120.

(13) En 1590, oficio 10 de Escribanía, del cual desciende el Alferez Simón Collantes de las Cuevas. Vid: «Calles y Plazas de Jerez», de Agustín Muñoz, 1903, pág. 170.

(14) Según el cit. «Libro del Alcázar», hija de Diego Gómez de Vera, «veinticuatro que fue de esta cibdad», y de Inés de Villavicencio, hija a su vez de Lorenzo Fernández de Villavicencio y Ana Bernalte Dávila.

(15) Archivo de Protocolos de Sevilla, lib. 4.º de 1546, fol. 3.807, cit. por R. Marín, pág. 573.

(16) En 15-2-1525, Archivo de Protocolos de Jerez, Luis de Llanos.

(17) Las casas lindan con un molino de aceite de Luis Ortiz de Gatica, y por la espalda, casas que fueron de Francisco de Gallegos y son de Rui López de Trujillo, su marido. Declara poseer 40 caballerías de tierra en Crespellina, otras tantas en Villamarta, y 36 aranzadas en Arcos.

(18) Lorenzo de Padilla, sexto hijo del de la Jura, casa con María de Vera, hija de Gonzalo Pérez de Gallegos y de Beatriz de Vera. Uno de sus hijos, Fernando de Padilla Dávila, «tan valeroso», matrimonia en 1515 ó 1516 y tiene un hijo, de capitán en Flandes, y «una hija, de quien descienden los Barahona y Padillas...», «Historia de Jerez», 1757, lib. 4.º

(19) En su «Hist. de Jerez», ms. en la Bib. Municipal de Jerez, T. I.

(20) Tiene el Comendador Hernando de Padilla por descendientes «a los caballeros Varahonas y Padilla...»

(21) De 1778, ms. que perteneció a A. de Castro.

(22) «Y la hija tiene en Xerez nietos que son los cavalleros Baraona y Padilla...»

(23) Nota núm. 11 de los «Establecimientos Docentes de Jerez de la Frontera en la segunda mitad del siglo XVI», Publicaciones del Centro de Estudios Históricos Jerezanos, núm. 8, 1959, pág. 48.

ARCHIVO MPAL. EXCMO. AYUNTAMIENTO DE JEREZ

Un testamento hallado en su tan valiosa ordenación del Archivo de Protocolos de Jerez, inestimable filón de noticias (24), junto con la maravillosa colección de Actas Capitulares del Ayuntamiento, una de las más antiguas y ricas de España, perfectamente conservadas, para reconstituir el pasado de la ciudad, proporcionó datos indudables. Saber que Juan de Barahona Padilla —el mayor de dichos caballeros Barahona, progenitura de antiguo reconocida (25)— era hijo de Luis y nieto, por tanto, de Juan «el montañés», y conocer el nombre de su madre: María de Vera y de Padilla, hija de Pedro de Vera. El hecho de existir tres Pedro de Vera, regidores y coetáneos (26), se prestaba al laberinto genealógico a que inducía el Libro del Alcázar, del que ya nos aconsejó D. Hipólito no nos dejásemos guiar. No olvidemos también que el cambio de apellidos y aún de nombres en aquella época, hace más difícil la labor del genealogista. A nadie extrañará saber que al mismo Luis se le llame Juan y continúe con el sobrenombre del «montañés». Todo era factible, y de ahí la dosis de paciencia y de experiencia que ha de pechar sobre los hombros quien se dedique de por vida a estas cuestiones. Así fué D. Hipólito Sancho, y, por eso, además de brindarle esta monografía, queremos rendirle, ahora, tributo de emocionada memoria.

ANTEPASADOS PARA ENORGULLECER

En Juan de Barahona y Padilla vienen, pues, a confluir sangres heróicas. Sí, por los Barahona, el gusto literario, el amor a las letras, por los Vera y por los Padilla, el afán por las armas, el héroe en ciernes. De Pedro de Vera, su abuelo —«espléndido especimen de psicología española, sufrido, valiente, generoso, abnegado (27)»— no digamos. Una de las grandes figuras no sólo de Jerez, sino del XV español, agigantándose a medida que vamos conociéndolo mejor (28). «Un poema pudiera escribirse de la conquista de la Gran Canaria, así como de Las Palmas y Tenerife, que sucesivamente cayeron en poder de nuestros jerezanos (29)». Por parte de los Padilla, Hernando —que algunos consideraron su abuelo (30); otros, bisabuelo— aunque no haya coincidencia de fechas —y mejor sería tío abuelo— (31), hace raya. Su vida cuenta como una de las aventuras más novelescas que se hayan conocido jamás (32). Una ascendencia como para enorgullecer a cualquiera (33).

«Las letras y las armas dan nobleza,
consérvala el valor y la riqueza...» (34).

En resumen, que a Juan de Barahona y Padilla, no le faltaba nada del pareado anterior, en orden a conservar una nobleza que él iba a acrisolar con su vida y con su muerte.

LA DULCE Y SOÑADA ITALIA

No se sabe la fecha del nacimiento del mayor de estos cuatro hermanos Barahona —Juan, Fernando, Pedro y Luis—, pero el testamento que citamos (35), hecho en 20 de Marzo de 1560, nos da una pista de aproximación. Juan de Barahona confiesa ser menor de 25 años y mayor de 18. Debió nacer entre 1535 y 1542. Declara también ser su padre Luis de Barahona, «que aya gloria», ya difunto, y pertenecerle —como uno de sus cuatro herederos— «la quarta parte de sus bienes raíces e muebles e semovientes». «E porque me quiero ir de viaje en servicio de S. M. en sus galeras q. al pie están de partida para las partes de Italia», «la dicha mi madre por mi fallecimiento sucederes en mis bienes e como mi heredera». Montesinos, el notario, protocoliza la voluntad expresada por Juan, el primogénito, en la casa morada de Doña María, en la collación de San Marcos. «Renuncio, cedo e traspaso de hoy en adelante para siempre jamás a vos la dicha Doña María de Vera y de Padilla, mi señora madre y para vos...» cuantos bienes le pertenecen o puedan pertenecerle en

---

(24) Siempre tendremos que agradecer los investigadores actuales y futuros de Jerez la feliz intervención del Alcalde, D. Tomás García-Figueras, en la colocación del Archivo de Protocolos en un sitio adecuado y en encargar a D. Hipólito Sancho de su dirección. Gracias a ello ha sido posible exhumar datos interesantísimos y realizar D. Hipólito una definitiva Historia de Jerez, amén de valiosas monografías suyas, como avanzadillas de la misma, publicadas por el Centro de Estudios Históricos Jerezanos. Existe así una preocupación por vivir el pasado de Jerez como, quizá, no se haya conocido nunca en la ciudad y esperamos que dicho afán no decaiga. Tras la reciente y llorada muerte de D. Hipólito Sancho —cuya falta tanto echamos y echaremos de menos, porque no en balde era quien mejor conocía la historia y los archivos de la comarca— Juan de la Lastra y Terry, del Cuerpo de Archiveros, se ha encargado del mismo. Queremos agradecerle el que nos haya facilitado la media docena de notas inéditas que D. Hipólito, en sus investigaciones en el Archivo, había preparado para servir de ayuda a este trabajo. No existían más, y ello motiva la carencia de documentación intrínseca para dilucidar algunas dudas que estamos seguros, de haber él vivido, hubiéramos podido iluminar de palabra con su sabiduría.

(25) «El mayor de ellos...». B. Gutiérrez. Item, Angelo Dávila, Rodríguez... etc.

(26) Tal se lee en la biog. de Pedro de Vera, en el «Espasa» —67— p. 1.345.

(27) H. Sancho de Sopranis, «Forjadores de Imperio», art. en el diario «España».

(28) Para un estudio genealógico de los Vera, en Haro —«Arbol de los Vera»— y Velázquez de Mena: «Tratado sobre el linaje de los Vera», 1617. Su biografía se completa mucho con los últimos estudios de H. Sancho: «Un documento intersante para la biografía de Pedro de Vera», «Documentos interesantes del archivo del Marqués de Casa Vargas Machuca», «Las entradas de Pedro de Vera en Berbería y Mauritania» y «Pedro de Vera, alcaide de Ximena», las dos últimas en «Mauritania», 1943-44. Item: «Las contrariedades de los últimos años de Pedro de Vera» y «En torno a Pedro de Vera y su oscura cronología», en R. de H., La Laguna, 1950-1952, y «Pedro de Vera y los gomeros», 1954.

(29) «Efemérides Jerezanas», por Andrés Hidalgo Ortega, 1886, p. 192.

(30) Parada y Barreto, «Hijos Ilustres de Jerez», 1875, p. 332.

(31) Hermano de su abuela. De ser así, su bisabuelo, Lorenzo de Padilla, Alcaide del Puerto, militar y aventurero también —según Parada y Barreto—. Fernando de Padilla —hijo del tercer casamiento de Charles de Vera (H. Sancho, «Hispania», XLIV)— dejó sucesión en el Puerto de Santa María.

(32) Digno de repasarse en el cap. XXXV del ms. de José Angulo Dávila, el «Elogio del ilustre varón el Comendador y Capitán Hernando de Padilla de la Orden de Santiago», hecha por su descendiente Gonzalo de Padilla.

(33) En la certificación del Mariscal Rafael de Mendivil a Lorenzo de Padilla, en 1706, leemos: «combatió dando a entender la grandeza de su sangre». Sobre el buen vivir y riqueza de los Padilla, el testamento del Alcaide Lorenzo de Padilla, en 8-2-1531: «taburetes de Inglaterra», camas de damasco carmesí con colgaduras de oro y pies de granadillo; armarios de servilletas alemaniscas; cuadras de pesebres de caoba y «cavessadas» y estriberas de plata. Este testamento, así como el de Beatriz de Padilla, en 5-3-1541, y el de Juan Bernal Dávila, hijo de García Dávila y Leonor de Padilla, en 28-7-1506, como la partición de bienes de Francisco de Vera e Inés de Padilla —18-9-1501—, poder para testar Inés de Mirabal a Lorenzo de Padilla, su marido —12-9-1946— y documentos demostrativos y libro de cita de los Padillas, obran en el Archivo de Campoameno, en nuestra casa, en Arcos de la Frontera, en distintos legajos.

(34) «Discurso de la Nobleza de España», 1622.

(35) En el protocolo de Montesinos.

la herencia de su padre «con que alimentar vuestra persona e casa e familia», a fin de que «representando mi persona sucedáis en todos ellos y los ayáis como cosas propias reservando como reservo en mi quinta parte...». Las galeras esperan y nadie sabe la suerte que iría a reservarle la dulce y soñada Italia. Hace Juan de Barahona lo natural en estos casos. Son testigos el Regidor, el Jurado, un caballero veinticuatro, un Núñez de Villavicencio y Juan Suárez de Melgarejo. Los otros tres hermanos deberían presenciar la escena en silencio.

EN LAS GALERAS REALES

El apresto de galeras estaba en el Puerto de Santa María, bajo las órdenes del general Juan de Mendoza. Hacia allá se encamina a embarcar el mozo Juan de Barahona Padilla. La vida en las galeras era dura —Cervantes se refiere a «la extraña vida de aquellas marítimas casas (36)»—, el Mediterráneo un hervidero, y Pialí, corsario de Solimán, saqueaba las costas de Italia. Trípoli (37), Gelves, Alvaro de Sande, el rey de Argel, nombres, de contínuo, repetidos. En la defensa de Orán y Mazalquivir participan las galeras de Francisco de Mendoza, «guarnecidas con gente de la comarca», los capitanes caballeros de Jerez (38). Luis de Spínola andaba también en las galeras. Queremos indicar con todo ello la preciada contribución de Jerez en la lucha contra la piratería mahometana (39), y los ingleses, los ojos puestos en Cádiz (40). Por su posición estratégica —«elle reunit tous les aventages terrestres et maritimes» (41)—, Jerez cuenta como un puerto «sui generís» de defensa, «baluarte y trinchera de la costa (42)». A dos leguas del Atlántico, el jerezano poeta Lucas del Olmo (43) la sitúa en la «frontera del mar altivo».

Desde 1406, Jerez dispone de escuadra propia en Puerto Real. Galeras jerezanas participan en la Jornada de Túnez (44) y traen en jaque, armadas en corso, a piratas, moros y franceses (45). El mismo año en que Juan de Barahona navega a

(36) Quien quiera leer algo sobre la vida de las galeras reales, en las que Cervantes, en el tercio de Moncada, cumplía como los buenos, le aconsejamos el capítulo que en estilo brillante le dedica F. Navarro Ledesma, en «El ingenioso hidalgo M. de Cervantes Saavedra», ed. de 1905 y 1915, págs. 94 y sig.

(37) Perdida en 1555 y reconquistada por el Duque de Medinaceli con 100 naves y 14.000 soldados de tierras italianas.

(38) Francisco de Villavicencio, Fernán Ruiz Cabeza de Vaca, Alonso de Vera, Dionís de Villanueva, Andrés Gómez Marocho, cada cual con su compañía. Vid: «Historia de Jerez», del P. Fr. E. Rallón, T. IV, ed. de 1884, p. 517.

(39) Cfr. «La piratería mahometana de las costas andaluzas de Gibraltar al Guadalete durante la primera mitad del siglo XIV», «Un foco de cooperación en la obra portuguesa en Africa: Jerez de la Frontera y el Puerto de Santa María», en «Mauritania», 1943-44 y en «Historia Social de Jerez de la Frontera», P. del C. de E. H. J., III, 1959, págs. 39-40, de H. Sancho de Sopranis.

(40) En 1552.

(41) «La Descriptión de l'Espagne», de Razí —Siglo X— Reconstitución a base de una versión portuguesa por E. Leví Provencal —«Al Andalus»— 1953.

(42) En un documento del XVII.

(43) «Nací en la excelsa ciudad — Del mundo portento rico», B. A. E., XXXV, p. 144. «El golfo dilatado — del mar de esta frontera jerezana», B. Gutiérrez, 1757, Lib. 3.º Ed. 1887.

(44) Dos galeras de Juan de la Cueva y Gonzalo Pérez de Gallegos.

(45) En 7-1-1556, Carlos V concede patente a Elmo de Gallegos para capitanear al corso tres navíos propios.

Italia, Francisco Pavón presenta en el Cabildo título de Almirante de Castilla en Jerez y su comarca «para cobrar los derechos del almirantazgo en estos puertos...» (46). Ya véis, pues, lo relacionada que estaba Jerez con el mar y cómo sus hombres tenían un pie en tierra, y otro, sobre el puente de los navíos.

RETORNO A JEREZ

De las andanzas de Barahona en Italia y en las galeras «al servicio de S. M.» no se sabe nada. «Son muy pocas las noticias que se conservan de su vida» se dolía Diego Parada y Barreto, a quien debemos el intento inicial de su biografía (47). Nos lo figuramos absorto ante los resplandores humanísticos renacentistas; feliz «en el encantado jardín de la poesía italiana», entre rumores de endecasílabos toscanos; sumergido en la alegre «nivola» que se respiraba por doquier... Pero, al par, recibiría el bautismo del fuego, sangre, pólvora, gritos y heridas en salmuera. Tampoco sabemos el año de su regreso. ¿Asistiría en la Plaza del Arenal a los juegos de cañas y toros en honor de Juan de Austria —su armada en el Puerto— en 1568? (48). Había muchos hombres en Jerez de «brida y jineta», tan hábiles en montar corto como en manejar negocios públicos y acrecentar la hacienda (49). Juan de Barahona se sentía a gusto entre ellos. Justaban de frente, sin volver la cara atrás (50).

«Recibe el don, la voluntad alarga
Xerez ilustre, universal maestra
De la nobleza más valiente y diestra
Que empuña lanza y que maneja adarga...» (51).

En la rebelión de los moriscos de Granada, a renglón seguido, 60 jinetes de Jerez prueban su valentía una vez más, y el capitán, Martín Dávila, trae como regalo de Juan de Austria «un anillo con una piedra de balaxid» (52).

(46) Portillo, «Noches Jerezanas», I, 77. También en ese año, 1560, medio centenar de carretas de álamo y fresno para la madera de la Maestranza, donde se construían y reparaban las naves.

(47) En su cit. «Hijos ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera», págs. 52 y sig.

(48) Juan de Austria acepta la invitación «por la buena voluntad con que cumple esa ciudad cuanto toca al servicio del Rey». Hay una orden de que se traigan 500 garrochas. Cfr. «Costumbres y leyes de antaño», de A. Fernández Formentani, 1890.

(49) Al estilo del famoso Comendador Pedro de Benavente, en tiempos de Carlos V. Vid. «Carlos V y Jerez», de H. Sancho, 1958, P. del C. de E. H. J., núm. 1, pág. 54.

(50) «La invencible Jerez porque repara — Que es mejor ser en el herir maestro — Que en huir adargado cauto y diestro», poetiza Fr. Juan de Spínola y Torres, antes de fraile, justador, en su «Descripción de las fiestas de cañas y toros celebradas en Jerez de la Frontera en 1630», ed. de 1916, con notas de J. Moreno de Guerra.

(51) Versos de Vicente Espinel, 1605, Valladolid, en el prólogo a un libro de caballos.

(52) En 1569. Como tenientes: Diego Zuazo y Cristóbal Gaitán de Quirox. Salió D. Juan de Austria al balcón para verlos pasar, escoltados por caballeros de Ecija y Córdoba. Jerez y Córdoba tuvieron grandes relaciones de amistad, que recoge el Jurado Juan Rufo, en el Canto IV de «La Austriada», 1584. Jerez, agradecida a la ayuda de Córdoba, cuando se hallaba sitiada, «guarda con pacto eterno inviolable — la perfecta amistad y ley debida...» «que dura y durara de gente en gente — creciendo si es posible que se aumente...» B. A. E., XXIX, 1948, pág. 22.

PRESTOS Y A PUNTO

Los tiempos, difíciles —moriscos en guerra y rumores de una armada turca— una Real Cédula, en 1570, ordena se celebre Junta que convoque a los caballeros hijosdalgos y realice una lista de los mismos, a fin de que estuvieran «apercividos, prestos y a punto» por cuanto llegara a acontecer (53). Así se celebra en Santo Domingo, en el «Guzmano Monasterio», «incluyéndose sólo los que el Hado mantuvo en rico estado y honor serio (54)».

En dicha lista de nobles de Jerez, figuran con los números 185 al 188 inclusive, Juan de Barahona, Fernando, Pedro de Vera Barahona y Luis, o sea los cuatro hermanos para lo que S. M. se digne disponer, lo que nos demuestra —de forma categórica— que en ese año ya se encontraba Juan en la ciudad. De estos hermanos, Luis, bajo el mando de Sancho de Leyva, combate en Lepanto (55), en donde mueren, heróicamente, en la galera capitana de Malta, Bartolomé y Juan de Villavicencio. Son 258 —y, luego, se añaden más— los que contabiliza la famosa lista. En el número 121: Alvar Núñez Cabeza de Vaca. De esa categoría... Impresiona, como veis, la cantidad. Unos, nacidos en Jerez; otros, moradores en ella (56).

«LA VIDA DEL HOMBRE NOBLE»

Orgulloso de la nobleza de su ciudad, Juan de Barahona la soñaba perfecta. De ahí, que, en sus ratos de ocio, se preocupara en proporcionarle un libro de educación, espejo y guía donde mirarse. Nada mejor, en ese sentido, que traducir del toscano una obra de un gran humanista, Alejandro Piccolominí (57): su «Della instituzione di tutta la vita de l'uomo nobile e in cittá libera libro X». Impreso en Venecia en 1542, las ediciones se suceden (58). Era uno de los primeros ensayos en que se empleaba la lengua vulgar, toscana, y no el latín o el griego en las graves cuestiones filosóficas (59); unía a la facilidad del lenguaje y la belleza de expresión, lo incitante y sugestivo del tema para quien deseara ser un caballero integral en aquella época dorada. Barahona la conocería en Italia y le entusiasmaría, enseguida. Es uno de los libros de los cuales no quiere desprenderse y se trae a Jerez. En Italia, o ya aquí, emprende la traducción «no letra por letra, que es mal modo de traducir, sino conforme a la materia y a la mente del que la hizo» —tal como expresa en su Prólogo. Y, en efecto, pone manos a la tarea y la realiza de forma acabada, pausada, quitándole y añadiéndole, a tal punto que «casi pueden hacerla pasar por original»— en expresión de Parada. «Está vertido de lengua italiana en la española con mucha curiosidad y propiedad, siendo este trabajo de caballero mozo y virtuoso y para nobiliar con virtudes morales nuestra nobleza» —afirma un sapientísimo paisano suyo, Fr. Laurencio de Villavicencio, en la censura de la obra, y ¡cuidado! que Fray Laurencio no gusta de los elogios en falso, ni presta el «nihil obstat» así como así—. Lo de «mozo» hizo pensar a Parada que la llevaría a cabo de muy joven. Posiblemente la comenzaría en Italia, aunque los retoques le llevarían mucho tiempo, quizá años (60).

Revela, además, un conocimiento nada vulgar del toscano (61), aunque, modestamente, en la dedicatoria a García Dávila, veinticuatro de Jerez, declare que le parezca temeraria la empresa porque apenas si había aprendido el «nominativo primero». En suma, que nos encontramos ante un escritor y un traductor con sobrados méritos —por este libro sólo, impreso en Sevilla, en 1577 (62)— para figurar en las relaciones de los Varones Ilustres de Jerez (63) y de quienes formen parte de «la monarquía interminable de las letras» (64).

DOS SONETOS A UN AMIGO

En el inventario de la librería en Archidona de Luis Barahona de Soto (65) —núm. 335— tenéis la obra de Juan de Barahona Padilla —¿se la mandaría este a su pariente? ¿lo conocía, quizá?— valorada en 3 reales: «otra ynstitución de la vida del ombre». La palabra «otra» no está escrita vanidosamente, ya que si repasáis ese inventario, tropezaréis con diversos libros, unos, italianos, aquellos en latín o vertidos al castellano, que tendían a semejante idea: a influir en la nobleza del ánimo, en

---

(53) «De Diversis Xerez», ms. 13 de la Bib. Municipal de Jerez. Diego de Roa, Alcalde Mayor; Francisco de Zúñiga y Valdés, Corregidor.

(54) Bartolomé Gutiérrez, lib. 4.º, cap. I.

(55) Parada y Barreto, nota I, p. 55.

(56) «Por la experiencia continuada de ver quedarse de moradores en esta ciudad tantos forasteros que a ella vienen...», B. Gutiérrez. Es tan bello su campo, «tanta se mira en él la hermosura, claridad y fertilidad que aún apenas se juzgue dar fe a quien la refiera. Por lo cual de ningún modo se ha de admirar cuando en otro tiempo y aun en esta nuestra edad, las gentes y nobles hombres eligieron principalmente su domicilio en esta ciudad». «Delitiae Apodemicae per Hispaniam», publicado en Italia, fol. 73.

(57) Nació en Siena en 1508 y muere en 1578. Catedrático de Filosofía en Padua y Roma. Gregorio XIII lo hizo Arzobispo de Patrás, en 1574.

(58) En 1542, 1545, 1552.

(59) Lo que le provocó a Piccolominí no pocas críticas de laicos y eclesiásticos. Llegaron a tratarlo de hereje por aquella innovación.

(60) Juan de Arjona tarda 6 años en traducir «La Tebaida» de Estacio. ¡Pero qué importa el tiempo si la dicha es buena! ¿Cuánto tardaría Bartolomé Carrasco en componer las 150.000 octavas del «Templo de la Iglesia Militante»?

(61) Cristóbal de las Casas, sevillano y traductor de Solino, es autor de un «Vocabulario castellano y toscano». Cristóbal muere en 1576. ¿Manejaría su Vocabulario, Barahona, en alguna duda?

(62) En 8.º español, con el siguiente título: «Institución de toda la vida del ombre noble, en la cual Peripatética y Platónicamente, acerca de la Etica y parte de la Política, está recopilada la suma de cuanto principalmente puede concurrir a hazella dichosa y perfeta. Compúsola en lengua toscana Alejandro Piccolomini, cavallero senés; y tradúxola en vulgar español Don Juan de Barahona y Padilla, natural de Xerez de la Frontera. En Sevilla, en casa de Alonso Escrivano. Año MDLXXVII. Con licencia y privilegio por seis años». Libro difícil de encontrar.

(63) «Di Diversis Xerez», ms. 23. «Algunos varones ilustres», fol. 283. «Don Juan de Barahona: La vida del hombre noble que traduxo del toscano». En el «Epítome» de Francisco Virués de Segovia, 1796, lo califica de «filósofo y poeta».

(64) «Ioannes de Barahona et Padilla, Baeticus, Xereciensis, vertit paraphraftica potius quam verbali interpretatione...». «Bib. Hisp. Nova», de Nicolás Antonio, 1788, T. III, pág. 656.

(65) Apéndice V del lib. cit. de R. Marín. Luis Barahona muere, sin cumplir los 49 años, el 5-11-1595.

la dignidad y valentía y en la gentileza del verdadero cortesano (66). Juan de Barahona seguía, pues, una corriente renacentista, así como la admiración a las letras italianas, que inauguran Boscán y Garcilaso, el que «mezcló el licor toscano y el latino» —al decir del lucentino Barahona— le llevaban al soneto y la canción, influencia en la que —al igual que «el divino» Luis— a lo mejor tuviera que ver Francisco de Medina, maestro de una Cátedra de Latinidad en Jerez, en 1564, que creemos llegaría a tratar, si no entonces, por estar Juan en Italia, sí en Sevilla, en casa del jerezano, canónigo y amigo, Francisco Pacheco, de cuya tertulia era Medina asíduo. Medina «comunicó» en Italia con muy doctos varones —«de ellos hablaba largamente» (67)— y no sería muy descaminado sospechar que no desconocía el intento de traducir y parafrasear a Piccolominí, que llevaba adelante Barahona. Claro está que todo ello no son sino meras suposiciones (68).

La realidad es que Barahona no sólo terminó su libro, sino que en el Prólogo del mismo prometía «si Dios le da vida y fuerzas» hacerse de otra obra de Piccolominí, continuación de la que traducía —ya que Piccolominí había añadido otras dos en ediciones sucesivas (69)— al objeto de sacarla a la luz. «Seguramente que no pudo cumplir su intento» —anota Parada—. Nada hay que demuestre lo contrario, aunque estuviesen comenzados, mediados o listos los manuscritos.

Rodríguez Marín (70) achacaba también a Juan de Barahona los dos sonetos en los preliminares del «Cid» de Diego Jiménez Ayllón, de Arcos (71). Diego estuvo en Italia en el tercio de Alvaro de Sande y —al decir de Mancheño (72)— «igualmente esgrimía la pluma que la espada». Poeta y soldado —como Barahona— serían amigos y Juan le brinda el par de sonetos con qué encabezar su «Ruy Díaz de Bivar» (73).

(66) «Della tranquilitá dell'animo», de Isabel Sforzia y trad. de Nicolás Díaz, 1570; «El Cortesano», de Baltasar Castiglioni, trad. por Juan Boscan, 1539; «De nobilitatí civili... y de nobilitá Christiana», de Ludovicum Rodericum, 1542, por Gerónimo Osorio... Otros muchos escritores de España insistirían, entonces o más tarde, sobre lo mismo: Alonso de Barros, Cristóbal Pérez de Herrera, Juan López de Palacios, Fernán Pérez de Oliva con su «Diálogo de la dignidad del Hombre», continuado por Francisco Cervantes de Salazar. Sin imprimir, de Alonso Fernández: «Tratado de las costumbres de los grandes de Castilla». Impreso en Sanlúcar, en 1569, de Gerónimo Carranza: «De la Filosofía de las Armas, de su destreza, y de la agresión y defensión Christiana...», etc.

(67) Rodríguez Marín. Medina tradujo a Propercio e hizo versiones de Ausonio. Con posterioridad a la obra traducida por Barahona, Andrés de Losa: «Batalla y triunfo del hombre», 1580, y «El Caballero Perfecto», de Salas Barbadillo, en 1620.

(68) Hagamos votos porque algún día puedan convertirse en realidad.

(69) En 1560 y 1575. La traducción de Barahona es anterior a la francesa en cuatro años. En París, 1581, por Pierre de Larivey.

(70) Obra cit., pág. 575.

(71) Nace en 1530. Capitán en Flandes con el Duque de Alba. Vuelve a Arcos en 1578 y muere allí en 1590. M. Mancheño: «Galería de Arcobricenses Ilustres», 1892. Ed. de 1923. Corregido «Arcobricenses» por «Arcenses», II, págs. 329 y 330.

(72) En su lib. ant.

(73) «Los famosos y heróicos hechos del invencible y esforzado cavallero honra y flor de las España, del Cid Rui Díaz de Bivar», «con los de otros varones illustres dellas, no menos dignos de fama y memorable recordación». En Octava Rima. Dirigidos al Duque de Alba. Imp. en Alcalá de Henares en 1579. La edición príncipe en Amberes, en 1568. Libro muy raro, incluido por Gallardo, en su Catálogo. Un ejemplar en la biblioteca de Gayangos y otro en la Biblioteca Nacional. Monsieur Ternaux-Compans —B. A. E. 1948, II— anotaba que por su prefacio se veía que Ayllón compuso siete obras en prosa.

CAPITAN DE MILICIAS

Cabía pensar que Barahona fuera a las Terceras —«la llave del Nuevo Mundo» (74)— en una de las armadas de castigo y en la victoriosa del Marqués de Santa Cruz, entre 1581 y 1583. H. Sancho de Sopranis casi lo tenía por seguro. Jerez colabora en varias expediciones entregando cuanto tiene: hombres y provisiones. «Porque no había día en que no se le pidiese algo...» —anota Rallón (75)—, quien especifica que en la de 1582 «se embarcó toda la nobleza de nuestra ciudad» (76). Allí estuvo de Maestro de Campo otro jerezano: Pedro de Sarmiento, y de los primeros en saltar a las trincheras de Ancra: Alonso de Jerez (77). La Ciudad recibe «a sus ciudadanos, llenos de favores que les hizo el General...» (78).

En 1586, una orden de S. M. obliga a formar, deprisa y corriendo, una compañía de guerra. La Ciudad nombra por Capitán a Juan de Barahona Padilla. A él —nos informa Rallón (79)— se le hizo notoria la orden «y el día que el Duque señalaba para esta partida, y porque no se le daban más de dieciséis días para levantar y poner a punto a doscientos hombres, comenzó luego a tocar cajas enarbolando la bandera». Y prosigue, después: «Púsose tanto cuidado en este negocio, que a 4 de Julio estaba ya la gente levantada en una de las galeras que el Adelantado Mayor de Castilla tenía levantada en el puente de Zuazo...» (80). ¡Un éxito de Barahona! La mejor demostración del prestigio, celo y afán con que sabía acometer y realizar las empresas que le encomendaban. ¡En 16 días levantar una compañía y embarcarla en las galeras!

«Privilegiados son los Capitanes
de las milicias nuestras...»

escribía B. Gutiérrez. Y en carta del Rey: «que en ninguna otra parte del Reyno se puede formar tropa de guerra con tanta brevedad...» La historia de las milicias de Jerez son un capítulo de gloria digno de resaltarse (81).

(74) Según Tassis. El que dominara las siete islas de las Azores tendría la puerta abierta hacia América.

(75) «Así de provisiones como de gente», T. V, cap. XXVIII, pág. 666. En 1581, «con el apresto de la nueva armada se llenó nuestra ciudad de ocupaciones y cuidados». Capitán de galeones, el maestro escribano Diego de Hinojosa.

(76) «Y de toda el Andalucía» —XXIX—. «Se proveyeron de fruto en Xerez». Las galeras en el Guadalete y, en el Guadalquivir, 20 navíos.

(77) En Julio de 1583. Con don Pedro de Padilla, 50 capitanes y caballeros principales y 4.000 hombres. (Cabrera, III, pág. 15). Entre Lisboa y Cádiz, 103 galeras: 12.000 o más infantes. Las Compañías españolas, de disciplina «tan exacta que no bien saltaban, cuando se ponían en orden de batalla». Dupuy, 15, His. B. N.

(78) Parte de las Terceras la escuadra el 11 de Agosto. Tarda 27 días en llegar a Cádiz: arriba el 13 de Septiembre. El Marqués de Santa Cruz —«el primer hombre de la mar de su época»— sale, de nuevo, con una armada, ante los ataques de los ingleses a La Española, en 1584. «Y que conociendo la voluntad con que siempre ha acudido Xerez a las cosas de su servicio», «ocasión para que lo demuestre». 200 infantes proporciona Jerez, gente escogida.

(79) IV, cap. XXXII, pág. 699.

(80) Diputados de la expedición, Luis Spínola Villavicencio y Fernando de Zurita.

(81) Se organizan, en 1562, por una Cédula del Rey, escrita de su puño y letra. Los capitanes, «naturales los más de las ciudades», «tendrán cada uno la conducta de 200 hombres, incluso los cabos de escuadra». Realizarían ejercicios —los que no sean arcabuceros, con sus picas— «y la ciudad ha de pagar el tambor y el pífano». A sus hombres se les dispen-

Respecto al suceso de esta armada —levantada con tanta prisa—el Adelantado apresa 8 galeras de turcos en la costa de Tetuán y a 20 navíos ingleses en «el pasaje de Almería» (82). O sea, que se batieron el cobre. Señal de que Barahona movía la espada tan bien como la pluma, o a la inversa, según os plazca.

EL JEREZ DE ENTONCES

¿Y cómo era este Jerez en los años en que vivió Barahona? Un grabado (83) nos la muestra en el horizonte, un hombrecito, en primer término, cargado con un pellejo de vino (84). Se terminan San Miguel, Santiago y las Casas Capitulares (85). Se trata de acercar al río —«el deseo de tener el agua cerca, puede tanto en Jerez» (86)—, de traer el «agua de pie» de Tempul. Calzada de El Portal, puente de Cartuja. «Nuestra ciudad ocupada en obras venturosas» (Rallón) (87). Hospitales (88), fundaciones de conventos (89), los caballeros se adiestraban en «las corridas» de caballos en la Corredera (90). En las malas cosechas (91), «el remedio de las más distantes ciudades». Epidemias, pestes y contagios (92), los ingleses y Drake, erre que erre con Cádiz y la costa y el Puente de Zuazo (93), y los musulmanes con sus piraterías, y Jerez en vela, de paño de lágrimas para auxiliar a todos, guardas en San Dionis y en el Cerro de San Cristóbal que avizoren los fuegos de las playas y señalen el peligro. «Que los caballeros y nobleza estén armados, encabelgados y ejercitados...». ¡Válgame el cielo! Muy fundadamente Rallón decía que Jerez, «que había sido frontera de la tierra y velaba guardándola, hubo de volver sus ojos al mar y hacer

saban de hospedajes, no podrían ser presos por deudas, ni pagaban portazgos... Los hidalgos «dispensados de derramas concejiles». Fuera de la ciudad el capitán cobraría a razón de 40 sueldos al mes, 20 el alférez, 10 el sargento y 6 el cabo de escuadra. En 1566 las banderas en blanco y azul... En 1593, que «se eche mano de hombres que ganen suelo y no tengan en sus casas mujer ni hijos, cosas que estorban ciertamente...»

(82) Memorial de Pedro Cazorla en relación al Hábito.

(83) En la «Civitate Orbis Terrarum», 1565.

(84) «Cárguense para Inglaterra y Flandes más de 40.000 botas». P. de Medina. «Libro de grandezas e cosas memorables de España», 1566, XIV. En 1558 se perdieron por falta de vasijas, 50.000 botas de vino.

(85) En 1570 y en 1575. «El País Culto, de la Obra Capitular se alzó estos días...» B. Gutiérrez. En 1574, en S. Miguel, la Cofradía del Sto. Crucifijo.

(86) Rallón. El dato más antiguo del acercar el río hasta la Puerta del Arroyo o la Bajada de S. Telmo, de 1563. Cfr.: «Noticias sobre el proyecto de hacer puerto a Jerez», A. H. Ortega, 1881.

(87) «El intentar cosas imposibles...»

(88) En 1590 tenía Jerez 12 hospitales. En 1574, limpiar de pobres enfermos la ciudad.

(89) En 1586, verbigracia, piden fundar los carmelitas.

(90) En 1583, se allane el piso para evitar caidas.

(91) Por ejemplo, en la de 1564, Jerez reparte más de 300.000 fanegas de trigo.

(92) En 1569 y 1570, una terrible peste, procedente del Puerto, asoló Jerez, en especial el Barrio de San Miguel. En 1580-82: «contagio catarral epidémico».

(93) En 1586, 27 de Mayo, carta de Cádiz ante la amenaza de Drake. 800 hombres pone Jerez en su auxilio, alimentados además, Juan Núñez de Villavicencio al frente. En 1587 ataca Drake a Cádiz. Diego Melgarejo manda las tropas de Jerez. Un Melgarejo, precisamente, abofeteó a Drake en Jerez, donde estaba como comerciante, rumor sin solidez histórica, bastante extendido. «De no haber sucedido esto, tal vez Drake no hubiera salido de nuestro país y su nombre no resonaría en la historia», Parada y Barreto, LXV.

el mismo oficio en las costas que había hecho tierra adentro...». De «amparo de la tierra» «lo sea ahora del mar...» (94).

LA INVENCIBLE Y LA MUERTE

Y en el mar muere —y no podía ser menos cuando tantos capitanes de Jerez andaron embarcados (95)— nuestro bravo poeta en las galeras reales, el muy magnífico señor don Juan de Barahona y Padilla. Fue en el desastre de la Invencible, la flota inmensa —«que a tanto leño el húmido elemento— y a tanta vela es poco todo el viento» —cantaba Góngora— destrozada por el temporal.

El Duque de Medina Sidonia —38 años— quería a Jerez. Ciudad «con quien pueden todas tomar ejemplo», «que plegue a Dios así se conserve» escribe en una carta. En los preparativos, Jerez, «que es un cuerpo y corazón», «se llenó de huéspedes» (Rallón). «En el sucedido año de 1588 sirvió mucho a su Magestad Católica, levantando en su tierra mucha gente para la Jornada desgraciada de Inglaterra, para la qual dio gran suma de bastimentos de ejércitos y bagajes» (96). La escuadra de Andalucía la capitaneaba el Almirante Valdés, y el Tercio, el Coronel Mexía (97). Las tropas de desembarco, Diego de Bobadilla.

¡Y qué bonita estaba la flota en Lisboa en aquellos días de Mayo! 130 naves, 2.400 piezas de artillería, 30.000 hombres de mar y tierra... En el galeón «San Juan», otro poeta soldado —«tomando ya la pluma, ya la espada»—, el insigne Lope de Vega, 26 años, miraba «las fuertes naves que se van a la Inglaterra», a someter «a la flor de las vírgenes, la rubia Isabel» (98). Luego, las tempestades y las galernas destrozarían la Invencible (99). ¿En qué arrecife, sobre qué rocas vendría a estrellarse Juan de Barahona? ¿Se hundiría en un remolino inmenso? «Rotas enthenas, jarcias rotas, quillas sentidas, tablas desclavadas...» (100).

«Vosotros, que llevados de un deseo
justo y honrroso, al mar os entregastes
y al ocio blando y el regalo huístes...» (101).

(94) «La ciudad a todas partes acudía», organizadas sus milicias en 16 días, de tropa, equipadas, y una Casa de Armas en la calle Armas. «Sacrificios de gran monta», Parada, LXIV y LXV.

(95) «Y siendo yo capitán de infantería, yendo embarcado en las galeras de España...» —comienza en su memorial Ginés de Rocamora—. Juan Rufo, en «La Austriada» —cap. VII— cantó a la infantería en las galeras: «Puestos ya todos sobre las galeras — lucidos con sus armas relumbraban, — y al aire tremolando las banderas — las ondas parecían que imitaban...»

(96) Notas a la H. de Jerez del P. Rallón, por el M. R. P. Mro. Fray Alberto María de Avendaño, Carmelita Calzado, ms. 38 de la Bib. Mun. de Jerez.

(97) En concepto de Farnesio —carta del 20-3-1588—constituían estos tercios «el nervio principal de la expedición».

(98) Su hermano Juan de Vega murió también en la Invencible. Lope se dedicó en la travesía a componer «La hermosura de Angélica». En su Canto I, una referencia a «la fértil Jerez de la Frontera».

(99) El diario del Duque de Medina Sidonia relata los mares agitados, la lluvia, la tempestad, «los terribles augurios de inminente catástrofe». Según C. Fernández Duro se perdieron 63 navíos y llegaron 53 a partir del 13 de Septiembre. De 8.000 a 9.000 bajas.

(100) Canción 1.ª «nacida de las varias nuevas que an venido de la Cathólica Armada», de Cervantes.

(101) Canción 2.ª de Cervantes a la pérdida de la Armada.

Muchos caballeros como esos han ído (102) y muchos mueren, entre ellos, Juan de Barahona (103). ¡Una heróica muerte acaba de coronar una muy bella y heróica vida! Si hubiera muerto en tierra, tendría laudes y lápida. Como murió en el mar, el mármol son las olas y las espumas. Permitidme que, de todos modos, escriba un epitafio en su recuerdo. Podría ser así, poéticamente, severamente: «En el fondo del mar yace quien amó mucho a Jerez y a España. A los 376 años de su muerte todavía le recuerdan y le lloran. Visitó Italia y combatió en distintas tierras y en distintos mares. Fue noble y ennobleció aún más su nobleza. Tradujo del toscano un libro para perfeccionar esa nobleza de su patria y compuso una canción en loor a los sabios olvidados de Jerez. Descansó en la paz del Señor en un día de Agosto de 1588. ¡Que El lo tenga en su gloria!».

LOS ULTIMOS BARAHONAS

Finalmente, ¿qué fueron de los Barahona? De repente, aparecen como un relámpago. Así en las Justas celebradas en Jerez (104), después de ponerse en vigor lo dispuesto por el Dr. Pérez Manuel, en la 1.ª Cuadrilla del Puesto de la Goleta: «don Rodrigo de Barahona». Luego, su hijo único (105): «el galante Pedro de Barona». Viudo dos veces (106), se hace religioso y muere en Roma. ¡Estos Barahona saben morir! Sus armas: «en oro cuatro bandas azules y por orla en azul, ocho espejos guarnecidos de oro». Diego y Pedro entran en la Orden de San Juan (107). ¿Qué pasa, después, con ellos? No figuran en el elenco de caballeros y veinticuatros para la Maestranza, en 1739. ¿Se marcharon, por lo visto, de la ciudad? ¿Vinieron a menos? ¿No hay por ahí un genealogista que quisiera dedicar algún tiempo a seguirles la pista a estos Barahona de Jerez?

---

(102) En la Naval estuvo también el capitán Diego de Melgarejo, que muere, ahogado, en ese mismo año. Y Pedro de Padilla, y su hermano Martín...

(103) «Y se perdió y murió en aquella batalla...» F. Rodríguez. «Y murió en aquel combate» B. Gutiérrez. En «Jerez en lo pasado y en lo presente», 1892, pág. 141, por I. Yañez y J. Martínez Allier, «que murió en el año 1560». Error imperdonable.

(104) Celebradas en Septiembre de 1601, en agradecimiento de Jerez por haberle librado de las epidemias San Roque. Cfr.: «Juegos de toros y cañas en Jerez de la Frontera», por H. Sancho de Sopranis, P. del C. de E. H. J., núm. 11.

(105) De Rodrigo de Barahona Trujillo y M.ª de Trujillo. ¿Era Rodrigo hijo de Inés de Barahona y Ruí López de Trujillo?

(106) De Teresa de Villavicencio y N. de Villegas. Nota 35 de J. M. de Guerra, pág. 25, ed. 1916, a la «Descripción» de J. Spínola y Torres.

(107) De Jerusalén. En 1590 y 1629. «Nobiliario» de Cobos de Belchite, pág. 218.

LA CANCION

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE JEREZ · ARCHIVO MPAL.

II

RETRASEMOS UNAS FECHAS

Con anterioridad a 1582 —consecuencia que deduce Sancho de Sopranis, por la cronología de los siete varones eminentes de Jerez, vivientes todos ellos en tiempos del poeta— escribe Juan de Barahona una famosa Canción «en elogio de Jerez y los jerezanos». Dicha Canción la había datado posteriormente el Padre jesuita Martín de Roa, al incluirla en sus «Santos Honorio, Eutichio, Estevan, Patronos de Xerez de la Frontera».—«Nombre, sitio, antigüedad de la ciudad y valor de sus ciudadanos», libro impreso en Sevilla, en 1617 (108), y donde ve la luz —hasta ahora puede asegurarse que por vez primera— la composición poética de Barahona —fol. 49 al 53—, aunque falte —no podemos explicarnos el por qué— en bastantes ejemplares (109). En el párrafo previo a su inserción escribe Martín de Roa: «An salido desta ciudad insignes varones en armas, insignes en letras de q. pudiera hazerse historia particular. No professo hazerla: i assí me cotetaré de acabar este discurso con una grave y docta Canción de don Juan de Barahona i Padilla, que como hijo de Xerez de la Frontera exercitando el talento de excelente poeta que tuvo, dexó escrita en alabaca de su patria, antes de su partida a la jornada de Inglaterra el año de ocheta i ocho: en la qual murió en servicio de su Rei, siendo capitán de Infantería Española». Parada y Barreto, que vuelve a insertarla (110) —transcribiéndola del libro de Martín de Roa— sigue esa afirmación y añade: «en el sentimiento y forma con que la concluye, parece efectivamente que tenía un presentimiento del desgraciado y próximo fin que le esperaba». De ninguna manera estoy conforme con ese «presentimiento» de su heroico final, si leemos sus versos últimos sin dejarnos llevar por el hecho previo y erróneo de que fueran escritos antes de embarcarse en la Invencible, ya que no fue así, puesto que al referirse a aquellos siete sabios de su ciudad, de ninguno de ellos expresa que hubiera

---

(108) Por Alonso Rodríguez Gamarra.

(109) En el que posee la Bib. Mun. de Jerez falta por ejemplo. No así en el ejemplar perteneciente al bibliófilo José Soto Molina, riquísima en cosas de Jerez, y que con su amabilidad de siempre puso a nuestra disposición. En aquellos ejemplares en que falta se pasa del fol. 49 al 54, sin trastocar para nada el texto, aunque algo modificado y con una hoja de impresión distinta (cursiva o corriente). Cfr.: «Notas para la historia de la M. N. y L. C. de Jerez de la Frontera», por A. de Góngora, 1901, núm. 515, pág. 203.

(110) En sus «Hijos Ilustres», ya cit., págs. 54-60.

muerto alguno, lo que nos lleva a fecharla, pues, antes de 1582, y no seis años, por lo menos, más tarde.

EL PADRE MARTIN DE ROA

¿Y por dónde le vino al Padre Martín de Roa (111) la canción de Barahona? Con parientes, quizá, en Jerez (112), el P. Martín de Roa estuvo aquí de Rector de la Casa de la Compañía (113). En líneas de Portillo, en 1609 el P. Fuentes devuelve al Archivo de la ciudad, «riquísimo tesoro de papeles», aquellos que se habían sacado para que el P. Martín escribiese la historia de Jerez, «de lo que bien poco se aprovechó, porque quiso excusar la molestia de las letras antiguas» (114). ¿Estaría allí archivada la Canción de Barahona? ¿Le vendría por otro conducto? ¿Fue popular y conocida en esos años?

Lo cierto, que con la falsa atribución a Asta, en lugar de Astí (Italia) —el Guadalete por el Tanagra— creyeron identificar el supuesto jerezanismo de los Tres Santos Mártires (115), a los que nombraron Patronos de la Ciudad (116) y en honor de los cuales celebran fiestas por todo lo alto (117), sus imágenes en Santa Ana; al objeto de promover hacia ellos la devoción popular, el P. Martín de Roa se encarga de redactarles vida y martirio (118), junto a una disquisición histórica de Jerez, en la que incluye las estancias de Barahona. Intento de escasa fortuna —«embrolló aún más el asunto» (119)—, cuya impresión costea el Cabildo (120), a pesar

(111) Francés de segundo apellido. Nació en 1555 en Córdoba, y muere en 1637, a los 82 años. Fue un varón sabio y bueno, aficionado a la música. El Padre Santivañez declaró que le oyó decir: «Nunca ofendí a persona en mi vida». En 1577, en la Universidad de Osuna se licencia en Artes. En el Acta: «Per magnificus Dominus». Vid: R. Marín: «Cervantes y la Universidad de Osuna», 1889. En «Estudios Cervantinos», 1947, pág. 40.

(112) Diego de Roa, Alcalde Mayor en 1570, uno de los encargados del padrón de Nobleza. A principios del XVII, otro Diego de Roa, beneficiado de Santo Domingo.

(113) Rector también de Ecija, Sevilla, Córdoba y Málaga.

(114) Portillo, «Noches Jerezanas», I, 1839, pág. 145.

(115) El gran promotor de esta idea equivocada, Fr. Luis de Morales, franciscano. Cfr.: «Establecimientos Docentes de Jerez de la Frontera», por H. Sancho, nota 4.

(116) El Cardenal Niño así lo declara. Su Fiesta el 24 de Noviembre. Mesa Ginete.

(117) «De la fiesta que la ciudad de Jerez hizo a los mártires Eutiquio y Esteban», B. A. E., XXXIV, pág. 396.

(118) Ya había tratado algo de los Tres Mártires en su «Flos Sanctorum. Fiestas i santos naturales de la ciudad de Córdova, algunos de Sevilla, Toledo, Granada, Xerez, Ecija, Guadix, i otras ciudades, i lugares de Andaluzía, Castilla i Portugal», Sevilla, 1615. Este libro lo envía al Cabildo de Jerez. «Remití a V. Señorías las fiestas y santos de Córdova, tan hermanos desa ciudad, como hijos de la nuestra. Escreví sus vidas y hechos, no como deseé, sino como pude», a fin de que «metan el libro en el Archivo», Carta del P. Martín de Roa, Libro de Actas, 1615, pág. 22, fol. 267 v.

(119) H. Sancho de Sopranis: «Fiestas perpetuas votadas por la Ciudad de Jerez de la Frontera desde el año 1600 a 1812», 1959, P. del C. de E. H. J., —2—. «Poner reservas tanto en lo referente a la época en que escribía como a las noticias que dá con relación a tiempos anteriores, pues está escrita un tanto ligera», en «Est. Doc.», cit.

(120) Costó 400 ducados. Pagaría la mitad —200— Jerez. En el Cab. del 6-5-1617 notifica S. de Villavicencio la petición del P. Roa: «que le a costado mucho trabajo, dino que la Ciudad lo agradesca y satisfaga la ymprenta». A los caballeros veinticuatro les entregó «90 libros y más, guarnecidos y enquadernados». S. de Villavicencio y C. de la Cueva le dan las gracias: «reconocimiento devido a sus trabajos e cuidados».

de que andara algún voto en contra, por muy castizo y «depurado» que fuera el lenguaje del padre jesuita (121).

Pero, en suma, a lo que íbamos... Que de ese modo nos es dado conocer dicha Canción, y esto siempre habrá que agradecérselo al Padre Martín de Roa, porque de no ser por él, a lo mejor —traspapelada y perdida— nada sabríamos. La puso en circulación y la salvó de perderse de un total e injustísimo olvido.

VALORACION POETICA

Aparte su reproducción y líneas que le dedica Parada, de la Canción no se ocupa nadie en estudiarla hasta 1934, en que publica H. Sancho de Sopranis un par de artículos (122), en un esfuerzo serio por revelar quiénes eran aquellos siete «varones eminentes», enunciados por Barahona como contemporáneos suyos, que tanta gloria proporcionaban a Jerez (123). Sin cegarse por la pasión, reconoce en Barahona un «mejor militar que poeta» (124), pero valora la «fecunda fuente histórica» —«una página tanto más apreciable en la historia interna de la ciudad, cuanto que no es fácil encontrarlas de tal índole»— y su extrañeza por no haberse ocupado de ella nadie detenidamente. «Siendo pieza de fácil caza, no ha sido apreciada como se debe».

¿Realmente podríamos valorar de «mediocres» las estancias de Barahona? Pues nó; más bien la aprobaríamos y calificaríamos de correctas, en lucha con las dificultades de dicción y de armonía de quien ya sabemos no fue poeta insigne y pugnaba con una métrica difícil. De ahí, el que parezca que el verso no ande suelto, se encadene y endurezca, se adjetive en demasía, y ya sabeis que

«los poetas que aspiran a inmortales
condenan el echar a un sustantivo
tres adjetivos, aunque sean iguales» (125).

En su alabanza, el que sea digno y sereno el verso, sonoro y grave, mientras la sinceridad y entusiasmo que late en el fondo lo salva de mayores males. Otras muchas composiciones por el estilo aparecían por aquel tiempo, y aún peores, y han tenido más fama. Como anotaba Rodríguez Marín «acaescía a nuestros poetas del siglo XVI, escribiendo al modo toscano, cosa parecida a lo que sucede a quien habla ajeno idioma». «Que encuentra rebelde la dicción, que se le enrevesa la sin-

(121) «El estilo del P. Roa es inmejorable. Su pluma castiza será siempre modelo». La R. A. Española lo incluye en el «Catálogo de Autoridades» por su «depurado lenguaje». C. Cañal Migolla: «Apuntes biobliográficos acerca del P. Martín de Roa», en el «Homenaje a Menéndez Pelayo», I, 1889, págs. 525 y sig.

(122) En «Los intelectuales jerezanos según Barahona», pub. en «El Guadalete», 19 y 29 de Enero de 1934.

(123) En la casi totalidad de las literaturas se silencia a Barahona y Padilla. Tan sólo su nombre y la noticia de «La vida del hombre noble» y de la «Canción» en el libro de Roa, en la «Hist. de la Lengua y Literatura Española», de Julio Cejador, III, 1915, pág. 134.

(124) «Poeta mediocre...». «Menos mal que Horacio concedió amplias licencias pictoribus atque poetis...»

(125) Juan de la Cueva. «Exemplar poético». Epístola 2.ª. «Esplendores, celajes, riguroso...». «Onra, cólera, joven, celestiales — Esto quitando cierto que es bonito». Soneto XI de Barahona de Soto: «Contra un poeta que usaba mucho de estas voces en su poesía».

táxis; que se le resiste la eufonía...» (126). Tropezaban con acentos especiales a los que se hallaban poco avezados los oídos españoles. De este modo habrá que considerar «dos Barahonas distintos» y dos Hurtados de Mendoza y dos Herreras, según escribieran por los cauces italianos, o por el antiguo y suyo, castellano.

Parada la alaba como «testimonio de felicísimo ingenio», «erudición por las letras y de su amor por ellas y por el pueblo que le vio nacer», que revela en su Canción, Barahona. Sobre esto no hay duda alguna. Además de mostrarnos los siete personajes en los cuales culmina el panorama intelectual del Jerez del XVI, describe los hechos de gloria que realizaron en el pasado sus invictos hijos, a los que compara con los grandes héroes y figuras de la antigüedad (127).

Así, pues, corramos un velo sobre los defectos, en gracia a los muchos méritos de la Canción. Y tal como pedía Bartolomé Gutiérrez, en su «Panegírico Lírico Sacro» a la Virgen de la Consolación (128), Señora en el Mar de Xerez, a semejanza de los Patricios y en orden de sus méritos, «*le perdones los defectos — por ser elección tuya la venida*».

LA «DOLORIDA CENSURA»

La Canción comienza con «una dolorida censura», «envuelta en blanda queja» —en bella frase de «Martín Ferrador»— (129) sobre la falta de testimonios escritos que ha padecido Jerez (130).

«*Si hubiera tal ventura*
Jerez, como han tenido
Otros muchos lugares sus vecinos,
Hallárase escritura
De cuántos han nacido
En él, de memorable nombre dinos;
Pues nunca peregrinos

(126) En su lib. cit. de Barahona, págs. 284 y 285.

(127) «Los cuales, ya que no esceden, compiten con las de los esforzadísimos varones que ennoblecieron a la antigua Roma, dominadora del mundo y espanto de las naciones...», «Historia de Jerez», por A. de Castro, 1845, pág. 173.

(128) «Panegíris lírico-sacro en un romance de arte mayor a la Venerabilísima imagen de María Sma. Sub Título Consolación». «Su autor Bartholomé Domingo Gutiérrez. Lo escrivió para la devoción del M. R. P. F. Juan Gómez, Religioso de dicho Convento. Quien lo dedica al Sr. D. Nicolás Sarmiento y Sierra, su íntimo amigo». «En Cádiz, en la Imprenta Real de la Vda. de don Gerónymo de Paralta, calle de San Francisco. Año de 1793». Precioso folleto, nos extraña que, así como su «Descripción de las fiestas, procesión y colocación del Sr. Sacramentado en la nueva Iglesia de San Sebastián, 1754», Parada declare que no hubiera tenido ocasión de examinarlos e ignore «sus señas de impresión». Están ambos en la Bib. Municipal de Jerez, y el autor de esta monografía los posee, igualmente, en su biblioteca de Arcos de la Frontera.

(129) Francisco José Ragel, «Al Lector», «Libro del Alcázar», 1928.

(130) La necesidad de una verdadera y completa Historia de Jerez se ha hecho sentir hasta ahora, vacío que irá a subsanarse en el VII Centenario de su Reconquista, con la publicación de los tomos redactados por D. Hipólito Sancho. Esa Historia que soñaba Ragel —y él hubiera podido hacer, si la muerte no se lo lleva— en el ant. «Al Lector»: «Venga por tanto el diligente cosechero que ensile materiales y venga el experto alarife que levante sobre la solidez de la más extricta autenticidad la fábrica, de seguro lucida y alta, de la historia de Jerez de la Frontera».

Hechos en armas tales
De griegos o romanos
Cuentan, que en Jerezanos
No se vieron hacer tan principales;
Y no digo mayores
Si en poder los tomaran escritores».

En diversas ocasiones recordaba estos versos iniciales Bartolomé Gutiérrez, tanto en el boceto de su Historia —manuscrito— (131) —«con justa razón entre risa y llanto dezía un illustre y noble hijo desta patria»— como en la introducción a la misma, en 1787 (132). La ausencia de escritores la lloraba Jerez. «Dando todo al olvido, con la falta de impresas historias han dado motivo en muchas plumas, para que de lexos y de cerca, ayan atribuido los más preciosos quilates de su fortuna en ambas clases, a los pueblos inmediatos, a los términos vecinos...» Y repite: «por eso cantaba el passado siglo su nobilíssimo hijo D. Juan de Barahona y Padilla...» (133). De parecida forma se había expresado ya, en su «Dissertación», D. Antonio Matheos Murillo (134). La Ciudad «una de las más famosas de estos Reynos (no sé por qué desgracia) ha padecido por muchos siglos el quebranto de que sus glorias no se hayan publicado, como ellas han sido, quedando muchas entregadas a las tinieblas del olvido».

Desde luego, que mejor ventura tuvieron otras ciudades —en especial, Sevilla (135)—, pero tampoco habrá que creer a pie juntillas que no hubiera tenido escritores para cantarle sus hazañas, desde que Theopompos —en el siglo VI a. de J. C.— trazara el testimonio escrito más antiguo de Jerez. Rallón (136) testifica que los nacidos aquí «inclina naturalmente su constelación a la milicia y a la agricultura; antes que a las letras y a la mercancía: y generalmente vemos que Palas y Ceres se llevan tras sí la mayor parte de la Ciudad antes que Minerva y Mercurio». Vayamos por partes. En la afición a las armas (137) y el valor de sus hijos, indudable. Las citas serían infinitas (138). Algunos rebasan los límites de lo humano.

(131) En la Bib. Mun. de Jerez, ms. 72.

(132) Lib. 1.º, ed. 1886, pág. 13.

(133) «De esto se lamentaba...» De los manuscritos «gozan muy poco» y de los impresos «es raro el que no tiene noticia». Cfr.: «Poema histórico de las antigüedades de la M. N. y M. L. C. de Xerez de la Frontera».

(134) «Dissertación Histórico-Chronológica, en que se trata de los progressos, que ha tenido desde su origen la M. N. y M. L. C. de Xerez de la Frontera hasta la entrada de los Arabes en las España, compuesta por el más mínimo de sus hijos el Lzdo. Dn. Antonio Matheos Murillo», Madrid, 1753. En la R. A. de la H. Ms. Fotocopiado, núm. 116, en la Bib. Mun. de Jerez.

(135) Desde Juan Ponce de León a Juan de Torres Alarcón: «Hist. de las Grandezas de Sevilla»; Juan de Robles: «El Culto Sevillano»; Luis de Peraza: «De los varones ilustres de Sevilla...», etc., o Cádiz, con Horozco, P. Gutiérrez de la Concepción, Suárez de Salazar...

(136) Eu su «Hist. de Jerez», trat. último, ms. de Bertemati, 1926, pág. 155.

(137) De los casos más expresivos, en simples soldados, el de Juan Gaytán —45 años de soldado— al que dijo Carlos V: «Si os vais Juan Gaytán ¿quién me queda?», y el de Miguel Benítez —ambos no muy conocidos— la friolera de 48 años sirviendo en las guerras de la época.

(138) Escogemos la de Ponz, «Viaje de España», ed. 1947, Carta VI, T. XVII, pág. 1.547: «Grandes proezas la nobleza y tropa jerezana...»

Comer cuero, verbigracia, antes que rendirse y cejar en la empresa (139). Escribir una carta con sangre de las venas (140); conservar en blanco tres firmas del Rey... Ejemplos sin par de tenacidad (141), de fidelidad (142), de señorío (143). «Nunca huyen sino para avanzar mejor». Pasa lo mismo con la hidalguía y la nobleza de los «graves jerezanos» (Fernán Caballero). Cosa demostrada. «Se puede tener por hidalgo el que es originario de Jerez» (144). Y con la modestia (145), la llamada de Dios (146), la religiosidad sin mácula (147).

SOLERA LITERARIA

De Jerez «el que se aplica a las armas, bueno y práctico soldado, y el que a las letras, curioso y docto», si es que no coinciden «en un solo sujeto» —el caso de Barahona— apuntaba Ragel (148). Unos y otros «han llenado de gloria la nación» (149). En los 281 jerezanos ilustres que enumera Parada y Barreto —más algunos que se le pasaron (150)— (¿a cuántos centenares llegaríamos hoy?) existe una abundante relación de escritores. Si partimos de los árabes (151) y de los romances moriscos y las «Quejas de Castilla», escritas en el Jerez del XV (152), en el XVI —sin contar con los siete sabios, los siete inmortales de la Canción de Barahona, porque

(139) Esteban Díaz de Villacreces, en la defensa de Gibraltar, llegó a alimentar a su mujer y sus hijos «con el cuero cocido de los xapatos y correas». Alvar Núñez Cabeza de Vaca comía en Florida —1528— «raspaduras de pieles».

(140) En el sitio de 1284 —6 meses— los caballeros jerezanos escriben con su sangre una carta al Rey Sancho, pidiéndole el pronto socorro.

(141) Garci Gómez de Carrillo expira entre garfios y cadenas de hierro sin soltar las llaves del Alcázar. Pedro de Vera arranca la lengua al que oye hablar mal de su Rey...

(142) Por lo de Arcila, el rey de Portugal hizo un regalo en doblas, que devolvieron porque la Ciudad no acostumbraba a recibir semejante pago sino de «sus Reyes y señores naturales...»

(143) «Jerez es un pueblo señor y no cabe en él ni lo engolado y poseído», Tomás García-Figueras, Cátedra del Vino, 1956. «La palabra «señor» se repite en Jerez con más frecuencia que en ningún otro sitio de la tierra...», M. Halcón.

(144) Desde Rallón, «Xerez es la montaña del Andalucía»; «hoy es raro, el que por algún lado no alcanza uno o dos costados de sangre noble y muchos de los que oy se hallan sin bienes de fortuna los tienen todos quatro». Entre sus 9.000 vecinos, —P. G. de la Concepción, «Cádiz Ilustrada», lib. V, cap. II, 1690, pág. 281— «muchos caballeros de antiquísima y noble sangre», hasta las citas postreras: «El haber nacido en Jerez es una alta ejecutoria», de Martín Ferrador, y «Ser de Jerez es como una ejecutoria de nobleza», de Víctor de la Serna... etc...

(145) Fr. Pedro Jaina, dominico, predicador, confesor de Reinas; quisieron hacerlo Obispo y contestó que él había nacido para ser fraile.

(146) «Fr. Francisco dejó su caballo a la puerta de los Franciscos y ya no volvió a salir».

(147) «¡Oh afortunada ciudad, cuya fe es tan bella y tan pura como tu cielo, cuyo valor y cuya hidalguía tan antiguas como tu mismo nombre!», Sermón del Canónigo D. Francisco de P. Lara y Arjona, en 1866, al glorioso San Dionisio, en el aniversario de la conquista de Jerez.

(148) «Elogios de la Ciudad». «Tradiciones y Apuntes Históricos Jerezanos», 1959

(149) En las notas a Rallón de Avendaño, ms. 38.

(150) Del que ayuda a prender a Francisco I de Francia, en Pavía, Cristóbal Ximénez de Coca, a Pedro de Padilla. Cfr.: «Jerezanos ilustres olvidados», por A. Rodríguez del Rivero.

(151) Cuatro poetas árabes de Jerez. Muy bello el fragmento de la descripción del Guadalete de noche de Alí-b-Zabbal: «Las luces de las candelas brillan como luceros...» «Se persiguen los barcos llevados por los pies de los remos...» LBC, E. García Gómez, p. 152.

(152) Ms. en la Bib. Nacional de Madrid.

había más sabios ¡qué duda cabe!—, sobresalen relaciones históricas (153), sermones (154), genealogías (155), teologías (156). Y en el XVII, del benedictino poeta Fr. Alonso de Trujillo —16.000 versos en octavas cuenta su martirio de San Zoilo, citado por Lope (157)— a «El Corregidor», de Argumedo, ¡cuántos nombres por medio! ¡Una larguísima lista de «hombres de pluma» y eso, que, en el XVIII —brillantísimo de cabo a rabo— se saltaron los «poetas de arrabal», los creadores de los pliegos de romances, de los que ha dado fe de vida Ruiz Lagos (158), y en el XIX son muchísimos los que debieron figurar que se dejaron en blanco (159). Hablando en plata, que tampoco es grano de anís la solera literaria que alienta en Jerez (160), sino muy respetable y muy digna de tenerse en cuenta llegada la hora de las confrontaciones.

LA RAZON A BARAHONA

Naturalmente que de lo que se quejaba Barahona era de la falta de escritores, de historiadores más bien, que escribieran de su patria chica, de su Jerez amado. Y aquí sí que hay que darle la razón. Y no es que la Ciudad no se preocupara por su pasado. Desde fines del XV (161) se guardan y custodian los libros de hechos del Cabildo; a mediados del XVI —1533— dispone de un Archivo donde conservar Privilegios, Reales Mercedes y Cartas. Respecto a los historiadores, el primero conocido, Diego Gómez Salido (162), y Juan Román de Cuenca (163) —el segundo— y Benito Cárdenas (164) —como más importantes— (165), ya habían escrito sus historias de Jerez, y la de Gómez Salido llevaría de hecha, en grandes hojas de

(153) Pedro Gaitán de Trujillo: «Relación hist. de los sucesos de su tiempo»; «Naufragios», 1542, de A. Núñez Cabeza de Vaca; «Relación de los robos que los corsarios franceses hacían en las Indias», de Vicente Esteves, 1571 (ms. en el Archivo de Indias).

(154) Verbigracia, los 20 tomos de sermones de F. Francisco Jiménez; de los Fr. Francisco de Jerez, predicador de Felipe IV; los 16 libros de Fr. Juan Jiménez...

(155) Ortiz de Medina sobre los Villavicencio.

(156) Fr. Luis Carvajal, 6 libros; el dominico Fr. Domingo de Santa María, 3 libros; el carmelita descalzo Fr. Antonio Vázquez de Espinosa; el Obispo Fr. Francisco de Vera; el agustino Francisco del Corral; el mercedario Fr. Dionisio Dávila...

(157) En su «Laurel de Apolo», 1630, Silva 2.ª Estaba Fr. Alonso en Roma. «Tan alta vive en Roma la poesía — Que no hay desde ella un paso — A la cumbre más alta del Parnaso...». En el «Laurel» vuelve Lope a llamar «fértil» y «abundosa esfera» a Jerez de la Frontera, «Por donde el mar de Calpe insigne baña — Columna al cielo y término de España».

(158) Francisco Martín Montero, Amador, Lucas Caballero, Ximénez Montero, Alonso Morales, Diego Frenero. Cfr.: «Breve Ensayo Literario para una historia de Jerez en el siglo XVIII», M. Ruiz-Lagos de Castro, P. del C. de E. H. J., núm. 6, 1959. En su «Miscelánea Literaria», núm. 14, 1961, las relaciones de Garcilaso de la Vega —primo de Francisco de Zurita— con Jerez. Una carta de Elena de Zúñiga a su primo, en 1530.

(159) Un repaso al «Diccionario», de M. Méndez Bejarano, 1922, T. I, nos da una ligera idea de ello.

(160) ¿Influiría el vino de Jerez («Jerez dá valor —Essex—) que al decir de Shakespeare torna al cerebro «ágil, abierto e inventivo»?

(161) Acuerdo del 5 de Enero de 1489. «Col. de Efem. Jerezanas», por A. Hidalgo.

(162) Diego Gómez Salido, beneficiado de San Mateo, en los reinados de Pedro I el Cruel y Enrique II.

(163) Muerto después de 1513.

(164) Vivía en 1466 en la collación de Santiago. Ms. original en casa de Gayangos-Muñoz: «Calles y Plazas», pág. 251.

(165) Juan Daza y Gaitán de Trujillo nos dejan también unos relatos.

pergamino y caracteres gruesos góticos —según Mesa Xinete que la vió, «fojas y letras de salterio» (166)—, cerca de sus buenos 200 años en relación a la fecha en que Barahona coge la pluma de ave para escribir en verso «su dolorida queja».

Razonable y fundada queja, porque ninguno de estos tres manuscritos históricos, sea por desconocerse donde estaban (167) o no darles importancia, no se habían impreso, con lo que se hallaba en una buena parte sin airear, como se merecía, el pasado de Jerez. Después de Barahona, aflorará —a lo largo de los próximos cuatro siglos que irán a cumplirse, en 1988, de su muerte— «un número grande de historiadores» (168), encabezados por el Dr. Gonzalo de Padilla (169), y con algún nombre —verbigracia, el de Juan Mesa (170)— «ingenioso y fecundo». Historia sobra en Jerez (171) —«nada tiene que envidiar» «en su línea» a la de Grecia y Roma (172)— y las buenas intenciones de los historiadores fueron muchas (173). Pero siempre faltó —y se dolieron de ello— la verdadera Historia de Jerez. Excusamos deciros si tendría razón el caballero Barahona en quejarse, en su tiempo, de esto.

ELOGIOS A JEREZ

Sin embargo, lo curioso y lo enaltecedor, la cantidad de elogios volcados sobre Jerez —casi un «récord» en este punto— de manera unánime, tanto de sus naturales, historiadores, que la amaban por encima de todo, como de los extraños, admirados de la hermosura y generosidad de los campos y de la grandeza y nobleza de la Ciudad. Rasís, Cervantes, Bernardo de Valbuena, Rodrigo Caro, P. Jaime

(166) «Libro del Alcázar», cap. XIX. «Las escrituras que dexó el dicho Diego Gomes salió un quaderno según parezía en la dicha yglesia de San Mateos...»

(167) En 4-2-1790 se hunde el piso de la Sacristía de San Marcos. Un sótano, debajo, con un arca grande «que pesaba mucho» con papeles. ¿Qué papeles eran esos? ¿Qué fueron de ellos? ¡Quién lo sabe!

(168) Martín Ferrador.

(169) Murió en opinión de santidad y lo enterraron en San Agustín, en la Capilla del Cristo de Burgos. «Fue este varón hombre de muchas letras, gran theólogo y predicador; ocupóse muchos años en escribir la ystoria de esta ciudad», Rallón, «Trat. Ult.», pág. 117. Cfr.: «Gonzalo de Padilla, cronista de la ciudad», por Martín Ferrador, «Rev. del Ateneo», IV, 1927, núm. 33.

(170) De Juan de Mesa, ms. en la Bib. Nac.: «De Xeresianibus sui ordinis claris viris». «Escrivió otro tomo nobiliario de la ciudad de Jerez, y éste falta del Monasterio» (se refiere a los Jerónimos de Bornos, donde —es el parecer de F. P. de Mariscal, en su «Historia» conservada ms., allí, en las Clarisas—, escribió Rallón su «Historia»); «pero tiénelo cierto caballero de aquella ciudad, que lo estima».

(171) «Es difícil encontrar en la historia de las armas de nuestra península, suceso alguno de consideración en donde la ciudad de Jerez no se haya visto representada por alguno de sus hijos...» —escribía el médico y publicista Diego Ignacio Parada y Barreto, compañero de Eguílaz, discípulo de J. M.ª Capitán—. Cfr. sobre Paradas —un hijo ilustre de Jerez que historió a sus hijos ilustres— a Tomás García-Figueras, en la «Rev. del Ateneo», IV, 1927, núm. 39. Vid. en Góngora las papeletas bibliográficas referentes a la historia de Jerez.

(172) «Justo es que si en nuestras librerías se hallen las historias de Grecia y Roma, y de otras naciones, se halle también la de Jerez, que en su línea nada tiene que envidiar...» J. Portillo, «Noches Jerezanas», T. I, Prólogo.

(173) «Lo q. estava sepultado de sus hazañas y valor lo a sacado e puesto de claridad para q. todo el mundo entienda los grandes y señalados servicios q. a Dios Ntro. Señor hizieron y a la Corona Real destos Reinos en defensa de ntra. Santa Fé Catholica».

Rebullosa... etc. (174). «Inclita» (175), «cesárea» (176), «gloriosa Patria mía — honor al Español, sublime cielo...» (177), «espejo de la grandeza y abundancia de España» (178), sin semejante en el país (179), «ejemplo de las ciudades» (180), «el non plus», el no va más de las mismas (181), Carlos V declara «que siempre se acordará de ella». Leal (182) como ninguna a su Rey, aunque padezca y sufra (183). En fin, ya veis, como también existían abundantes razones para que nuestro poeta Barahona se sintiera orgulloso por haber nacido aquí, nos figuramos que en la collación de San Mateo.

Pero hemos de proseguir con su Canción, que transcribimos a renglón seguido, suficientemente anotada, en tanto no lleguemos a los siete sabios de Jerez, a los que dedicaremos a cada uno párrafo aparte.

CONTINUA LA CANCION, AHORA, ANOTADA

«Trescientos ha y más años (184)
Que fué otra vez poblada (185)
De trescientos cristianos caballeros, (186)
Que a resistir los daños

(174) Os remitimos al art. «Elogios de la Ciudad», de F. J. Ragel ya cit. Muy desconocida la cita, extraida por mí en la «Exposición que la Dip. Prov. de Cádiz hace a S. A. el Srmo. Sr. Regente del Reino», 1842: «y ese mismo Jerez, cuyo término espanta y cuyo nombre corre con admiración de boca en boca...»

(175) «¡Oh ínclita...!», B. Gutiérrez.

(176) «¡Oh cesárea ciudad...», Juan de Arguijo.

(177) Primera Octava de B. Gutiérrez en su «Historia de Jerez».

(178) Medina y Mesa.

(179) C. Martel.

(180) Mariana.

(181) «En el non plus de las ciudades — la que su nombre eternisa — llamándose Real hasta — quando Roma la domina», en el «Romance de la Plazuela de Antón Daza», de Miguel Ximénez Montero. «Ylustre, Real y Noble — espléndida, rica y bella», «Romance del Sagrario de San Miguel», de Lucas Caballero. Cfr. a la Monografía cit. de Ruiz-Lagos.

(182) «Jerez tiene hace siglos su lealtad probada», Zorrilla.

(183) En 1475, «Xerez padeció por leal a su Rey y Señor Natural».

(184) En la mañana del día 9 de Octubre de 1264, en el día de San Dionisio, fue reconquistada Jerez. Comenzó el cerco el 5 de Marzo y duró 5 meses y 4 días. Si fechamos la Canción de Barahona entre 1580-1582, hacía más de 300 años, por tanto.

(185) La primera vez, en verso de Juan de Mena, «Las trescientas», 284, «ganó a Xerez con su cuadrilla», Fernando III, el Santo, en 1249. «Los de Jerez tuvieron paz aparte, se sometieron a tributo y a una guarnición cristiana», «dice el Anónimo de Madrid, p. 183, sin dar fecha». «Esas conquistas fueron en parte por «combatimientos» y en parte por pactos», expresa Julio González en «Las conquistas de Fernando III en Andalucía», «Hispania», 1946, núm. XXII. Se pierde Jerez, y en 1255, en Septiembre, la recupera Alfonso X. «E entretanto que él tenía cercada a Xerez...», leemos en su «Crónica», cap. IV, pág. 6, en las «Crónicas de los Reyes de Castilla», B. A. E., T. LXVI, 1875. Deja aquí caballeros que la defiendan. Posteriormente, en 1261, «los moros de Jerez se alzaron y tomaron el Alcázar», a pesar del heroismo de Fortún de Torres y Garcí Gómez de Carrillo. En Octubre, finalmente, de 1264 —«en el doceno año deste Rey Alfonso»— la reconquista el Rey Sabio para siempre.

(186) Entre ellos los Pavón, Orbaneja, Nuño de Villavicencio, Pérez de Vargas, Dávilas..., etc., que ayudan al Rey a tomarla. Alcaide: Nuño de Villavicencio. El repartimiento de casas y heredades de Jerez se efectúa en 29-1-1266 a los 300 caballeros hijosdalgos con que la pobló, número superior en un centenar a los 200 caballeros de Toledo, Córdoba y Sevilla. En 4 de Octubre se reparten las 2.014 casas que existían, y en 10 de Julio de 1269 las tierras, a razón de 60 aranzadas, 6 de majuelos y 15 de olivar a cada uno de ellos. Ser descendiente de uno de los trescientos hijosdalgos que poblaron Jerez era un timbre de hidalguía. Luis

De Fez y de Granada,
Dejó el deceno Alonso por fronteros (187).
Después aventureros
Le entraron escogidos (188),
Y con ser tales hombres
Todos ellos, sus nombres
Y hazañas están hoy escondidas,
Que apenas en memoria
Algunos han quedado, y no en historia (189).
Aquí ha habido quien fuese
Otro Mucio (190), *por dalle*
La muerte al capitán que los tenía
Cercados (191) *y hiciese*

Vélez de Guevara lo tenía a gala. Descendía por línea masculina «de los 300 hidalgos — que ganaron a Jerez». Existe una copia autorizada de dicho Repartimiento —fechada en 1338— «en letra francesa de privilegio y en papel ceptí» (de Ceuta). Jerez se dividía en 6 Parroquias. En un Privilegio del 6-11-1267 se designan los 40 caballeros de feudo que guardan las cuatro puertas de la Ciudad. (Cfr. para el estudio de esas puertas a Manuel Esteve Guerrero: «El casco urbano de Jerez de la Frontera», P. del C. de E. H. J., núm. 18, 1962, y para el Privilegio de los Caballeros del feudo a Adolfo Rodríguez del Rivero: «Grandezas y honores de la Patria chica», en el diario «Ayer», 14-2-1947. En ese año de 1267 —el día 13 de Noviembre— la fundación de Santo Domingo).

(187) Fronteros, ya que velaban en la frontera de los moros y, de ahí, que Jerez sea «de la Frontera», «derivado de frontería», «tierra fronteriza», «zona de contacto con los musulmanes en Andalucía». Vid. «Toponimia de la Reconquista», de Francisco Marsá, en «Enciclopedia Lingüística Hispana», 1960, T. I, pág. 643, y Julio González: «La reconquista de Castilla y Andalucía», pág. 201. Se engañaron, por tanto. A. Ortelio y Mercator en discernir lo de frontera «porque haga aquí el límite de España», en expresión de Gamaza. De todos modos, Jerez no alcanza el poder añadir el título de Frontera a su nombre, hasta el 22-3-1380, por Privilegio de Juan I.

(188) Barahona se refiere a quienes vinieron a Jerez, procedentes del Algarbe, que pertenecía a Alfonso X, y cuyo recuerdo queda en la calle así llamada, Algarbe, y a los caballeros nobles de la mesnada que proporciona Alfonso XI.

(189) Vuelve a insistir Barahona en lo expresado ya anteriormente: en la ausencia lastimosa de historias e historiadores que recogiesen tales hechos gloriosos.

(190) Cayo Mucio Escévola —sitiada Roma en el 507 a. de J. C.— por Porsena, Rey de los Etruscos, concibió la idea de introducirse en el campo enemigo y darle muerte. Consiguió penetrar en las filas etruscas, pero, por error, no mató a Porsena, sino a un secretario suyo. Prisionero y amenazado con la tortura, quemó, «consumió» una mano en un brasero, por considerarla culpable de la equivocación cometida. Porsena, deslumbrado ante el gesto, le devolvió la libertad y levantó el sitio. El Senado Romano concedió a Cayo Mucio, además de un campo en el Tíber, el uso del apelativo Escévola, que quiere decir «mano izquierda». ¿Vendrá de ahí —se nos ocurre preguntar— aquello de «tener buena mano» y «mano izquierda» en los asuntos? Cayo Mucio fue el progenitor del brillantísimo linaje de los Escévolas.

(191) Hace referencia a Abu Malik —el Infante tuerto Abomelique Picazo— hijo del Emperador de Marruecos y Rey de Algeciras, que sitia a Jerez en 1339. Jerez resiste el cerco, la mortandad y el hambre. Diego Fernández de Herrera propone un ataque desesperado al campamento de Abomelique, su tienda en la Cabeza del Real, un cerro inmediato a la Cartuja. Diego había estado en Africa cautivo y en rehenes de su padre. Vestido de moro, se interna solo y se coloca junto a la tienda de Abomelique. Al amanecer, atacan los de Jerez. Sale el Infante tuerto y pide armas y caballo. Diego aprovecha la ocasión y lo mata de una lanzada. La confusión fue enorme en el campamento, el ataque de los de Jerez victorioso, y los moros levantan el cerco y se alejan. Pero a Fernández de Herrera lo rodean y hieren; consigue llegar a Jerez, cubierto de heridas, a consecuencia de las cuales muere unos días después. «Dio su vida por la gloria y la libertad de su Patria», escribe Parada y Barreto, pág. 165 de sus «Hijos Ilustres». Vid. el relato de este «esclarecido hecho» en el «Libro del Alcázar», cap. VII, págs. 29 y sig.: «De como el Infante Tuerto Moro cercó esta cibdad y un caballero de ella que se llama Diego Fernández de Herrera lo mató en su tienda». Más

El golpe sin erralle (192);
Que fué el buen Diego Hernandez ó García
De Herrera (193), *que el día*
De San Dionisio suele
Divulgarse en su templo (194),
Para que sea ejemplo
A los presentes y su nombre vuele,
Y entre los suyos viva
Por fama, (195) *aunque le falte quien lo escriba* (196).
Aquí ha habido Leonidas,
Temistocles, Cimones (197),
Que con osados y valientes brazos,
Y pocas y escogidas
Campañas, a millones
De enemigos han hecho mil pedazos (198).
Aquí de los Picazos (199)
De Cuencas (200) *y Herreras* (201)
Nacieron las lumbreras
De aquellos valerosos cuatro Juanes (202),

---

tarde lo refieren el P. Martín de Roa —pág. 22— y todos los historiadores de Jerez. Para Parada: «Si la historia de Jerez no presentara un cúmulo de nombres y de hechos suficientes para enaltecer su memoria y su alta fama, bastaría el de Diego Fernández de Herrera para poder presentar con él un título de gloria».

(192) Como le pasó —según ya vimos— a Lucio Mucio Escévola, a quien lo compara, muy acertadamente, Barahona.

(193) Ya que de esas maneras se apellidaba: Hernández o Fernández o García de la Herrera. Hijo de un señor del mismo nombre y nieto de Domingo Gonzalo de Herrera y María Gonzalo, de los primeros pobladores de Jerez, repartimiento en la feligresía de San Juan. Su escudo: dos calderas de oro sobre campo rojo con orla de calderas y pendones. Cfr.: «Genealogía de la Casa de Fernández de Herrera», de M. Martín Barbadillo, 1891.

(194) Los Herrera tenían entierro en San Dionisio. Pero se halló el cadáver de Diego Fernández de Herrera en San Marcos, en unas excavaciones en 1782.

(195) Con el mismo objeto, una pintura del suceso en los muros de la ciudad. Subsistía la pintura en 1676.

(196) De cualquier modo, ya en tiempos de Barahona existían relatos de este «memorable suceso» en Diego Gómez Salido y Juan Romín.

(197) Las alusiones a los héroes griegos eran frecuentes en la época, como cimas y prototipos de las virtudes y heroismos humanos.

(198) La exageración en lo de «millones de enemigos», clásica en un andaluz de cuerpo entero como era Barahona. En lo de «pocas y escogidas campañas» exagera, quizá, al contrario. Que fueron notorias dichas campañas, de acuerdo; pero que se batieron como leones, donde los mandaron y cuantas veces lo hicieron, también.

(199) De la historia y linaje de los Picazo, apenas si quedan datos. En 1473, Alcaide de Cazorla, Juan Picazo. ¿Acaso hijo de uno de los Cuatro Juanes? —apunta Parada—. Sus descendientes tomaron el apellido de Picazo, con el cual designan algunos historiadores locales al Príncipe Tuerto Abu-Malik, muerto por Fernández de Herrera, cuyo escudo conceden a Juan Picazo. En 30-9-1465 Diego García Picazo, escribano de oficio.

(200) La gente de Cuenca en la collación de San Mateo. Domingo Martínez de Cuenca, uno de los primeros regidores de Alfonso XI. Los Cuenca, una de las veinticuatría. En 1596 cae, en el Puente de Suazo, Pedro de Cuenca, con la pica en la mano izquierda, faltándole el brazo y la pierna derechos.

(201) Los ilustres Herreras. En el XVI, Fray Hernando de Herrera, mercedario.

(202) En efecto, tenían sangre de los Picazos, Cuencas y Herreras. Fueron Juan Sánchez de Herrera, Juan Fernández Catalán (el de mayor edad y respeto, uno de los escaladores de Jimena), Juan Esteban de Cuenca (pariente del alcaide de Zahara) y Juan García Picazo.

De Fez y de Granada,
Dejó el deceno Alonso por fronteros (187).
Después aventureros
Le entraron escogidos (188),
Y con ser tales hombres
Todos ellos, sus nombres
Y hazañas están hoy escondidas,
Que apenas en memoria
Algunos han quedado, y no en historia (189).
Aquí ha habido quien fuese
Otro Mucio (190), *por dalle*
La muerte al capitán que los tenía
Cercados (191) *y hiciese*

Vélez de Guevara lo tenía a gala. Descendía por línea masculina «de los 300 hidalgos — que ganaron a Jerez». Existe una copia autorizada de dicho Repartimiento —fechada en 1338— «en letra francesa de privilegio y en papel ceptí» (de Ceuta). Jerez se dividía en 6 Parroquias. En un Privilegio del 6-11-1267 se designan los 40 caballeros de feudo que guardan las cuatro puertas de la Ciudad. (Cfr. para el estudio de esas puertas a Manuel Esteve Guerrero: «El casco urbano de Jerez de la Frontera», P. del C. de E. H. J., núm. 18, 1962, y para el Privilegio de los Caballeros del feudo a Adolfo Rodríguez del Rivero: «Grandezas y honores de la Patria chica», en el diario «Ayer», 14-2-1947. En ese año de 1267 —el día 13 de Noviembre— la fundación de Santo Domingo).

(187) Fronteros, ya que velaban en la frontera de los moros y, de ahí, que Jerez sea «de la Frontera», «derivado de frontería», «tierra fronteriza», «zona de contacto con los musulmanes en Andalucía». Vid. «Toponimia de la Reconquista», de Francisco Marsá, en «Enciclopedia Lingüística Hispana», 1960, T. I, pág. 643, y Julio González: «La reconquista de Castilla y Andalucía», pág. 201. Se engañaron, por tanto, A. Ortelio y Mercator en discernir lo de frontera «porque haga aquí el límite de España», en expresión de Gamaza. De todos modos, Jerez no alcanza el poder añadir el título de Frontera a su nombre, hasta el 22-3-1380, por Privilegio de Juan I.

(188) Barahona se refiere a quienes vinieron a Jerez, procedentes del Algarbe, que pertenecía a Alfonso X, y cuyo recuerdo queda en la calle así llamada, Algarbe, y a los caballeros nobles de la mesnada que proporciona Alfonso XI.

(189) Vuelve a insistir Barahona en lo expresado ya anteriormente: en la ausencia lastimosa de historias e historiadores que recogiesen tales hechos gloriosos.

(190) Cayo Mucio Escévola —sitiada Roma en el 507 a. de J. C.— por Porsena, Rey de los Etruscos, concibió la idea de introducirse en el campo enemigo y darle muerte. Consiguió penetrar en las filas etruscas, pero, por error, no mató a Porsena, sino a un secretario suyo. Prisionero y amenazado con la tortura, quemó, «consumió» una mano en un brasero, por considerarla culpable de la equivocación cometida. Porsena, deslumbrado ante el gesto, le devolvió la libertad y levantó el sitio. El Senado Romano concedió a Cayo Mucio, además de un campo en el Tíber, el uso del apelativo Escévola, que quiere decir «mano izquierda». ¿Vendrá de ahí —se nos ocurre preguntar— aquello de «tener buena mano» y «mano izquierda» en los asuntos? Cayo Mucio fue el progenitor del brillantísimo linaje de los Escévolas.

(191) Hace referencia a Abu Malik —el Infante tuerto Abomelique Picazo— hijo del Emperador de Marruecos y Rey de Algeciras, que sitia a Jerez en 1339. Jerez resiste el cerco, la mortandad y el hambre. Diego Fernández de Herrera propone un ataque desesperado al campamento de Abomelique, su tienda en la Cabeza del Real, un cerro inmediato a la Cartuja. Diego había estado en Africa cautivo y en rehenes de su padre. Vestido de moro, se interna solo y se coloca junto a la tienda de Abomelique. Al amanecer, atacan los de Jerez. Sale el Infante tuerto y pide armas y caballo. Diego aprovecha la ocasión y lo mata de una lanzada. La confusión fue enorme en el campamento, el ataque de los de Jerez victorioso, y los moros levantan el cerco y se alejan. Pero a Fernández de Herrera lo rodean y hieren; consigue llegar a Jerez, cubierto de heridas, a consecuencia de las cuales muere unos días después. «Dio su vida por la gloria y la libertad de su Patria», escribe Parada y Barreto, pág. 165 de sus «Hijos Ilustres». Vid. el relato de este «esclarecido hecho» en el «Libro del Alcázar», cap. VII, págs. 29 y sig.: «De como el Infante Tuerto Moro cercó esta cibdad y un caballero de ella que se llama Diego Fernández de Herrera lo mató en su tienda». Más

El golpe sin erralle (192);
Que fué el buen Diego Hernandez ó Garcia
De Herrera (193), *que el día*
De San Dionisio suele
Divulgarse en su templo (194),
Para que sea ejemplo
A los presentes y su nombre vuele,
Y entre los suyos viva
Por fama, (195) *aunque le falte quien lo escriba* (196).
Aquí ha habido Leonidas,
Temistocles, Cimones (197),
Que con osados y valientes brazos,
Y pocas y escogidas
Campañas, a millones
De enemigos han hecho mil pedazos (198).
Aquí de los Picazos (199)
De Cuencas (200) *y Herreras* (201)
Nacieron las lumbreras
De aquellos valerosos cuatro Juanes (202),

---

tarde lo refieren el P. Martín de Roa —pág. 22— y todos los historiadores de Jerez. Para Parada: «Si la historia de Jerez no presentara un cúmulo de nombres y de hechos suficientes para enaltecer su memoria y su alta fama, bastaría el de Diego Fernández de Herrera para poder presentar con él un título de gloria».

(192) Como le pasó —según ya vimos— a Lucio Mucio Escévola, a quien lo compara, muy acertadamente, Barahona.

(193) Ya que de esas maneras se apellidaba: Hernández o Fernández o García de la Herrera. Hijo de un señor del mismo nombre y nieto de Domingo Gonzalo de Herrera y María Gonzalo, de los primeros pobladores de Jerez, repartimiento en la feligresía de San Juan. Su escudo: dos calderas de oro sobre campo rojo con orla de calderas y pendones. Cfr.: «Genealogía de la Casa de Fernández de Herrera», de M. Martín Barbadillo, 1891.

(194) Los Herrera tenían entierro en San Dionisio. Pero se halló el cadáver de Diego Fernández de Herrera en San Marcos, en unas excavaciones en 1782.

(195) Con el mismo objeto, una pintura del suceso en los muros de la ciudad. Subsistía la pintura en 1676.

(196) De cualquier modo, ya en tiempos de Barahona existían relatos de este «memorable suceso» en Diego Gómez Salido y Juan Romín.

(197) Las alusiones a los héroes griegos eran frecuentes en la época, como cimas y prototipos de las virtudes y heroismos humanos.

(198) La exageración en lo de «millones de enemigos», clásica en un andaluz de cuerpo entero como era Barahona. En lo de «pocas y escogidas campañas» exagera, quizá, al contrario. Que fueron notorias dichas campañas, de acuerdo; pero que se batieron como leones, donde los mandaron y cuantas veces lo hicieron, también.

(199) De la historia y linaje de los Picazo, apenas si quedan datos. En 1473, Alcaide de Cazorla, Juan Picazo. ¿Acaso hijo de uno de los Cuatro Juanes? —apunta Parada—. Sus descendientes tomaron el apellido de Picazo, con el cual designan algunos historiadores locales al Príncipe Tuerto Abu-Malik, muerto por Fernández de Herrera, cuyo escudo conceden a Juan Picazo. En 30-9-1465 Diego García Picazo, escribano de oficio.

(200) La gente de Cuenca en la collación de San Mateo. Domingo Martínez de Cuenca, uno de los primeros regidores de Alfonso XI. Los Cuenca, una de las veinticuatría. En 1596 cae, en el Puente de Suazo, Pedro de Cuenca, con la pica en la mano izquierda, faltándole el brazo y la pierna derechos.

(201) Los ilustres Herreras. En el XVI, Fray Hernando de Herrera, mercedario.

(202) En efecto, tenían sangre de los Picazos, Cuencas y Herreras. Fueron Juan Sánchez de Herrera, Juan Fernández Catalán (el de mayor edad y respeto, uno de los escaladores de Jimena), Juan Esteban de Cuenca (pariente del alcaide de Zahara) y Juan García Picazo.

Que como bravos toros
Desbarataron veinte y cuatro moros (203).
Aquí de los ilustres
Linages diferentes
Villavicencio (204) *y Avila* (205) *se han visto*
Hechos (206), *que en cuantos lustres*
Tuviere el mundo gentes,
Sonaran en Antártico (207) *y Calisto* (208),
Si quien cantó (209) *al que Egisto* (210)
Mató (211) *y al Itaceo* (212)

(203) En 1409, acompañaban al caballero de Jerez, Alonso Fernández de Melgarejo. En el camino —pensamos que al retorno— entablan lucha en el arroyo de Comares y desbaratan «como bravos toros» —la imagen de Barahona es muy gráfica y muy de la tierra (el gusto por los toros «constitutivo en el ánimo de los jerezanos», nos ilustra un Cabildo de 1778)— a 24 moros de a caballo. Unos hablan de 24; otros de 27: 17 caídos, 10 heridos, 8 caballos de presa. El encuentro se mandó pintar, igualmente, en los lienzos de la muralla de Jerez, una pinacoteca de gloria. Los Cuatro Juanes nombran una calle de la Ciudad. (A. Muñoz, «Calles y Plazas», págs. 39 y 40). Cfr. el cap. XII y XIII del «Libro del Alcázar»: «En el qual se trata como quatro cavalleros que todos se llamaban Juanes dieron batalla con 27 cavalleros moros y los vencieron». Y en el «Epítome» de Francisco Virués de Segovia —1796—, «Noches Jerezanas», de Portillo —pág. 66-67— y Baldomero de Lorenzo «El Guadalete», sup. al núm. 9-10-1891, aparte de Rallón, Gutiérrez, Roa... y los «Romances Históricos», de Bellido.

(204) «Armas del linaje de los Villavicencio», cap. XVII, «Libro del Alcázar», «Genealogía», de Ortiz de Medina.

(205) Dávila, caballeros procedentes de Avila.

(206) Nuño de Villavicencio, primer alcaide de Jerez, tras la reconquista. Gonzalo Núñez de Villavicencio, el primero que se rompe las venas para escribir la carta a Sancho IV. Bartolomé Núñez de Villavicencio, «el Sabio», en el XV, cazador de Juan II, con su hermano Pedro Núñez —regidor de Jerez, en 1466, alcaide de Estepona— en la batalla de Olmedo. Pedro Núñez de Villavicencio, «El Chiquito», célebre —con su caballo «Chaparrillo»— en 100 leguas a la redonda. Muerto en 1481 contra los moros de Villaluenga. Bartolomé y Juan mueren en Lepanto. A Bartolomé —capilla en la Colegiata— se le llama «General de la Armada de Indias». Igual ocurre con los Fernández de Villavicencio: Martín, Nuño, Lorenzo (Alcaide de Jerez, Medina, Alcalá, en el Salado «Banda Dorada» por Alfonso XI), Alonso... Como escribía Parada: «Las historias de Jerez los citan a cada paso». «No se cuenta apenas un suceso en Jerez en donde no vaya mezclado el nombre de los Villavicencio». A su lado, los Dávila. Bartolomé, el Almogavar, en la toma de Jimena, y su hermano García, el de la Jura —caballero veinticuatro— años enteros con cuatro o cinco caballeros a sus expensas en la frontera, acérrimos de Enrique IV. Martín Dávila, el Ejiote —por matar al moro Muley Ejiote— capitán de caballería de Jerez en la rebelión de los moriscos de Granada, compañero en el desafío de Gonzalo Pérez de Gallegos. Juan Dávila, navíos a su mando en Flandes, en la expedición a Africa del Rey Don Sebastián de Portugal. Fray García Dávila, dominico, y Fr. Dionisio Dávila, mercedario, obispo de Trasí y Trento... etc... Los Dávila fundan la capilla del Sagrario, en San Lucas, y la de San Juan.

(207) «Las dos extremidades del Exe, que son el Polo Artico y el Antártico» («Sphera», de Juan de Sacrolosco). Antártico, Meridional, Austral (del viento «Austro»). Muy extendido el citar como límites a ambos Polos, así como los vientos y los Círculos. «El frío Boreas y el ardiente Noto» (F. de la Torre). «Hasta el Capricornio helado — desde el ardiente León» (Juan Rufo).

(208) Calisto, hija de Licaon, «rei de Arcadia», convertida en osa. («Dicc.» de Balbuena). Barahona cita Calisto, en lugar del Artico, «de Arctos, que quiere decir Osa», cerca de la Osa Mayor —transcribimos de la «Sphera del Universo», de Ginés de Rocamora— 1599. Al Artico se le llama, a su vez, «Trión» que quiere decir Buey, porque las Siete Estrellas «que componen la Ursa se mueven despacio como lo hace el Buey».

(209) Homero, en «La Iliada».

(210) Fruto del incesto de Tiestes y su hija Pelopea.

(211) Mató a su tío Atreo, que tenía preso a Tiestes, y a Agamenon, rey de Argos y Micenas, instigado por su amante Climenestra. A esta última muerte es a la que se refiere Barahona. Egisto muere en manos de Orestes, hijo de Agamenon.

(212) Ulises, rey de Itaca, cantado por Homero en «La Odisea». Los naturales de Itaca, itaceos o itacenses.

También dellos cantara;
Que no los celebrara
Menos que a los del hijo de Peleo (213)
Y a los de cuantos fuertes
Griegos a los Troyanos dieron muertes (214).
Al fin en esta tierra,
Donde hubo y al presente
Hay muchas y muchísimas personas,
Tan buenas en la guerra
Que valerosamente
Ganaron y ganaron mil coronas,
Si Patrias (215) *y Carmonas* (216),
Y Zaharas (217) *y Rondas* (218)
Jimenas (219) *y Vegeles* (220)
Poseyeran infieles (221);
Que la que tiene las azules ondas

(213) Aquiles, hijo de Peleo y de Tetis. Peleo vivió muchos años tras la caida de Troya. «En ciertos lugares de Macedonia le ofrecían sacrificios».

(214) La Guerra de Troya, relatada en «La Iliada».

(215) A 8 leguas de Jerez y 1 de Vejer. En Patria, 100 caballeros moros —los alquimeces de grana— montaban caballos blancos. De Jerez salieron otros 100 caballeros con caballos blancos; vencieron a los moros, tomaron Patria, y regresaron a Jerez.

(216) La intervención de Jerez en Carmona, podeis verla en el «Memorial de Diversas Hazañas», de Mosén Diego de Valera, Ed. Carriazo, 1941, pág. 219.

(217) Participa Jerez en el asalto de Zahara, en 1407, con Don Fernando el de Antequera, 305 caballos y 600 peones, de capitán Juan de Melgarejo y el Jurado Juan Grajal, a cuyo ejército se unen en la pasada del Guadalete —llegaron un día antes que el Infante—. De Alcaide: Alonso Fernández de Melgarejo. Se conoce la toma de Zahara por carta de Per Afán en 9-4-1410. El Concejo manda 30 ballesteros y 30 a caballo. Incidencias del Alcaide Juan de Robles y el tremendo F. Arias de Saavedra. Se pierde Zahara y Jerez —el caballero Zurita y la leyenda de las palomas—, Don Rodrigo Ponce de León al frente, se halla en su reconquista en 1483.

(218) Combate Jerez en los alrededores de Ronda con el Corregidor Juan de la Fuente (F. Pérez del Pulgar, cap. CLVII). En 1485, ayuda Jerez a su conquista con 400 de caballería y 1.300 de infantería, acaudillados por Juan de Robles. Entre los jerezanos, Juan de Santiago —veinticuatro— y los Padillas y Nateras. Documento del Rey Fernando que pide a Jerez 30 albañiles y 10 pedreros para reparar los muros de Ronda. En 3 de Junio acordó el Cabildo que en la obra que a su costa se hacía en Ronda, «después de haberla ayudado a ganar», se pongan tres lápidas para memoria: las Armas Reales en el centro; a la derecha, las Armas de Jerez, y a la izquierda, las del Corregidor Juan de Robles. En 1501, sale el Pendón de Jerez para reducir a los moros de la Serranía de Ronda.

(219) En 1431 cae Jimena ante el ímpetu de los de Jerez, bajo las ordenes del Mariscal Pedro García de Herrera. Llevaban talegas para 4 días: cahiz de trigo amasado, 20 arrobas de vino, 3 docenas de pescados y abasto de sardinas. «E fue escalada a la media noche». «E allí fue muy bien servido el Rey don Jhoan» «en ser tomada tan buena villa e tan fuerte, e en tan buen lugar», «Crónica del Halconero de Juan II», Ed. Carriazo, pág. 89. En el «Memorial», de Mosén Diego, cap. XI, Alcaide Mayor: Alonso Ruiz de Villavicencio. La actuación del alcaide Esteban de Villacreces, en el cit. «Memorial», pág. 38. Y de la de Pedro de Vera, como Alcaide, cfr.: H. Sancho de Sopranis: «Pedro de Vera, alcaide de Jimena».

(220) Vejer, Bejel, antiguamente. «Y el rey se partió de Tarifa y fizo la vía de la villa de Bejel», «Memorial», págs. 36-37. Lo pluraliza Barahona, al igual que las otras villas anteriores, en las que Jerez ganó tanta gloria. Podría haber alargado la lista Barahona con Loja, Archidona, Illora, Baza, Tarifa, Túnez, Melilla, Gran Canaria, Florida, las Terceras...

(221) Quería decir que los hombres continuaban siendo los mismos y lo hubieran demostrado, plenamente, de poseer «los infieles» todavía media Andalucía como entonces.

Que como bravos toros
Desbarataron veinte y cuatro moros (203).
Aquí de los ilustres
Linages diferentes
Villavicencio (204) *y Avila* (205) *se han visto*
Hechos (206), *que en cuantos lustres*
Tuviere el mundo gentes,
Sonaran en Antártico (207) *y Calisto* (208),
Si quien cantó (209) *al que Egisto* (210)
Mató (211) *y al Itaceo* (212)

---

(203) En 1409, acompañaban al caballero de Jerez, Alonso Fernández de Melgarejo. En el camino —pensamos que al retorno— entablan lucha en el arroyo de Comares y desbaratan «como bravos toros» —la imagen de Barahona es muy gráfica y muy de la tierra (el gusto por los toros «constitutivo en el ánimo de los jerezanos», nos ilustra un Cabildo de 1778)— a 24 moros de a caballo. Unos hablan de 24; otros de 27: 17 caídos, 10 heridos, 8 caballos de presa. El encuentro se mandó pintar, igualmente, en los lienzos de la muralla de Jerez, una pinacoteca de gloria. Los Cuatro Juanes nombran una calle de la Ciudad. (A. Muñoz, «Calles y Plazas», págs. 39 y 40). Cfr. el cap. XII y XIII del «Libro del Alcázar»: «En el qual se trata como quatro cavalleros que todos se llamaban Juanes dieron batalla con 27 cavalleros moros y los vencieron». Y en el «Epítome» de Francisco Virués de Segovia —1796—, «Noches Jerezanas», de Portillo —pág. 66-67— y Baldomero de Lorenzo «El Guadalete», sup. al núm. 9-10-1891, aparte de Rallón, Gutiérrez, Roa... y los «Romances Históricos», de Bellido.

(204) «Armas del linaje de los Villavicencio», cap. XVII, «Libro del Alcázar», «Genealogía», de Ortiz de Medina.

(205) Dávila, caballeros procedentes de Avila.

(206) Nuño de Villavicencio, primer alcaide de Jerez, tras la reconquista. Gonzalo Núñez de Villavicencio, el primero que se rompe las venas para escribir la carta a Sancho IV. Bartolomé Núñez de Villavicencio, «el Sabio», en el XV, cazador de Juan II, con su hermano Pedro Núñez —regidor de Jerez, en 1466, alcaide de Estepona— en la batalla de Olmedo. Pedro Núñez de Villavicencio, «El Chiquito», célebre —con su caballo «Chaparrillo»— en 100 leguas a la redonda. Muerto en 1481 contra los moros de Villaluenga. Bartolomé y Juan mueren en Lepanto. A Bartolomé —capilla en la Colegiata— se le llama «General de la Armada de Indias». Igual ocurre con los Fernández de Villavicencio: Martín, Nuño, Lorenzo (Alcaide de Jerez, Medina, Alcalá, en el Salado «Banda Dorada» por Alfonso XI), Alonso... Como escribía Parada: «Las historias de Jerez los citan a cada paso». «No se cuenta apenas un suceso en Jerez en donde no vaya mezclado el nombre de los Villavicencio». A su lado, los Dávila. Bartolomé, el Almogavar, en la toma de Jimena, y su hermano García, el de la Jura —caballero veinticuatro— años enteros con cuatro o cinco caballeros a sus expensas en la frontera, acérrimos de Enrique IV. Martín Dávila, el Ejiote —por matar al moro Muley Ejiote— capitán de caballería de Jerez en la rebelión de los moriscos de Granada, compañero en el desafío de Gonzalo Pérez de Gallegos. Juan Dávila, navíos a su mando en Flandes, en la expedición a Africa del Rey Don Sebastián de Portugal. Fray García Dávila, dominico, y Fr. Dionisio Dávila, mercedario, obispo de Trasí y Trento... etc... Los Dávila fundan la capilla del Sagrario, en San Lucas, y la de San Juan.

(207) «Las dos extremidades del Exe, que son el Polo Artico y el Antártico» («Sphera», de Juan de Sacrolosco). Antártico, Meridional, Austral (del viento «Austro»). Muy extendido el citar como límites a ambos Polos, así como los vientos y los Círculos. «El frío Boreas y el ardiente Noto» (F. de la Torre). «Hasta el Capricornio helado — desde el ardiente León» (Juan Rufo).

(208) Calisto, hija de Licaon, «rei de Arcadia», convertida en osa. («Dicc.» de Balbuena). Barahona cita Calisto, en lugar del Artico, «de Arctos, que quiere decir Osa», cerca de la Osa Mayor —transcribimos de la «Sphera del Universo», de Ginés de Rocamora— 1599. Al Artico se le llama, a su vez, «Trión» que quiere decir Buey, porque las Siete Estrellas «que componen la Ursa se mueven despacio como lo hace el Buey».

(209) Homero, en «La Iliada».

(210) Fruto del incesto de Tiestes y su hija Pelopea.

(211) Mató a su tío Atreo, que tenía preso a Tiestes, y a Agamenon, rey de Argos y Micenas, instigado por su amante Climenestra. A esta última muerte es a la que se refiere Barahona. Egisto muere en manos de Orestes, hijo de Agamenon.

(212) Ulises, rey de Itaca, cantado por Homero en «La Odisea». Los naturales de Itaca, itaceos o itacenses.

También dellos cantara;
Que no los celebrara
Menos que a los del hijo de Peleo (213)
Y a los de cuantos fuertes
Griegos a los Troyanos dieron muertes (214).
Al fin en esta tierra,
Donde hubo y al presente
Hay muchas y muchísimas personas,
Tan buenas en la guerra
Que valerosamente
Ganaron y ganaron mil coronas,
Si Patrias (215) *y Carmonas* (216),
Y Zaharas (217) *y Rondas* (218)
Jimenas (219) *y Vegeles* (220)
Poseyeran infieles (221);
Que la que tiene las azules ondas

---

(213) Aquiles, hijo de Peleo y de Tetis. Peleo vivió muchos años tras la caida de Troya. «En ciertos lugares de Macedonia le ofrecían sacrificios».

(214) La Guerra de Troya, relatada en «La Iliada».

(215) A 8 leguas de Jerez y 1 de Vejer. En Patria, 100 caballeros moros —los alquimeces de grana— montaban caballos blancos. De Jerez salieron otros 100 caballeros con caballos blancos; vencieron a los moros, tomaron Patria, y regresaron a Jerez.

(216) La intervención de Jerez en Carmona, podeis verla en el «Memorial de Diversas Hazañas», de Mosén Diego de Valera, Ed. Carriazo, 1941, pág. 219.

(217) Participa Jerez en el asalto de Zahara, en 1407, con Don Fernando el de Antequera, 305 caballos y 600 peones, de capitán Juan de Melgarejo y el Jurado Juan Grajal, a cuyo ejército se unen en la pasada del Guadalete —llegaron un día antes que el Infante—. De Alcaide: Alonso Fernández de Melgarejo. Se conoce la toma de Zahara por carta de Per Afán en 9-4-1410. El Concejo manda 30 ballesteros y 30 a caballo. Incidencias del Alcaide Juan de Robles y el tremendo F. Arias de Saavedra. Se pierde Zahara y Jerez —el caballero Zurita y la leyenda de las palomas—, Don Rodrigo Ponce de León al frente, se halla en su reconquista en 1483.

(218) Combate Jerez en los alrededores de Ronda con el Corregidor Juan de la Fuente (F. Pérez del Pulgar, cap. CLVII). En 1485, ayuda Jerez a su conquista con 400 de caballería y 1.300 de infantería, acaudillados por Juan de Robles. Entre los jerezanos, Juan de Santiago —veinticuatro— y los Padillas y Nateras. Documento del Rey Fernando que pide a Jerez 30 albañiles y 10 pedreros para reparar los muros de Ronda. En 3 de Junio acordó el Cabildo que en la obra que a su costa se hacía en Ronda, «después de haberla ayudado a ganar», se pongan tres lápidas para memoria: las Armas Reales en el centro; a la derecha, las Armas de Jerez, y a la izquierda, las del Corregidor Juan de Robles. En 1501, sale el Pendón de Jerez para reducir a los moros de la Serranía de Ronda.

(219) En 1431 cae Jimena ante el ímpetu de los de Jerez, bajo las ordenes del Mariscal Pedro García de Herrera. Llevaban talegas para 4 días: cahiz de trigo amasado, 20 arrobas de vino, 3 docenas de pescados y abasto de sardinas. «E fue escalada a la media noche». «E allí fue muy bien servido el Rey don Jhoan» «en ser tomada tan buena villa e tan fuerte, e en tan buen lugar», «Crónica del Halconero de Juan II», Ed. Carriazo, pág. 89. En el «Memorial», de Mosén Diego, cap. XI, Alcaide Mayor: Alonso Ruiz de Villavicencio. La actuación del alcaide Esteban de Villacreces, en el cit. «Memorial», pág. 38. Y de la de Pedro de Vera, como Alcaide, cfr.: H. Sancho de Sopranis: «Pedro de Vera, alcaide de Jimena».

(220) Vejer, Bejel, antiguamente. «Y el rey se partió de Tarifa y fizo la vía de la villa de Bejel», «Memorial», págs. 36-37. Lo pluraliza Barahona, al igual que las otras villas anteriores, en las que Jerez ganó tanta gloria. Podría haber alargado la lista Barahona con Loja, Archidona, Illora, Baza, Tarifa, Túnez, Melilla, Gran Canaria, Florida, las Terceras...

(221) Quería decir que los hombres continuaban siendo los mismos y lo hubieran demostrado, plenamente, de poseer «los infieles» todavía media Andalucía como entonces.

Por armas (222), *les hiciera*
Conocer que es Jerez de la Frontera.
Al bélico ejercicio
Fue dada como digo
Todo el tiempo que España tuvo moros:
Que nunca de su oficio (223)
Delio (224) *halló un amigo*
A quien pudiese dar de sus tesoros,
Y sentar en los coros
Venerables y honrosos
De aquellos hombres sabios
Que con plumas y labios (225)
Se hicieron ilustres y famosos;
Empero si hoy llegara,
Yo me atrevo a decir que los hallara.
Porque en Jerez ahora
Y de hoy en adelante,
Todo cuanto loado ser merezca,
Habrá quien con sonora
Voz por el mundo cante
Y escriba de manera que parezca (226).
Pues ea, no perezca
Oh jerezanos míos,
El bien de nuestra madre (227),
Y no temais que ladre (228),
O muerda, buen ingenio nuestros brios:
No sé yo a quien le pesa
La lengua ni la pluma en esta empresa (229).
Prosiga sus razones

---

(222) Alfonso X otorga a Jerez por escudo y sello de armas las ondas azules del mar, orladas de castillos y leones «diciendo a los caballeros, que: assí como ellas (las olas) siempre están en contínuo movimiento haciendo embates contra las peñas firmes, así habrá de ser su constancia combatida de enemigos contínuamente». «Símbolo de fortaleza», Spínola, «Historia de Jerez». Uno recuerda aquellos versos de B. Gutiérrez: «El dominio sobre el Mar — Armas del Regio Senado — Que condecorado ilustre — De este Pueblo Xerezano». Así como el romance de Diego Frenero (cit. por Ruiz Lagos): «La gran siudad de Xerez — de la Frontera poniendo — las olas del mar por armas».

(223) Oficio de velar «en la frontera» y guerrear de contínuo.

(224) Al parecer, Barahona se refiere a Apolo, del que Delio es sobrenombre.

(225) Con la palabra y la escritura.

(226) Que sea notoria la verdad. La profecía de Barahona irá a cumplirse en el futuro. A partir de él habrá «sonoras voces» que cantarán «cuánto loado ser merezca». Al menos se romperá aquel gran silencio que pesaba sobre los hechos y proezas de Jerez.

(227) La Canción alcanza en estos versos un cierto tono de arenga íntima. Emociona, por otra parte, el amor inmenso de Barahona por su Ciudad.

(228) La palabra «ladre» —aunque expresiva e intencionada— está un poco forzada por la rima aconsonantada de «madre». Como «parezca» y «perezca» y «merezca». En el mismo Fray Luis de León veis rimar una palabra consigo misma: «Por valiente se tiene — cualquier que para huir animo tiene».

(229) Alta empresa donde no cabe, ni lo concibe Barahona, que puedan existir convencionalismos, ni trampas.

La nueva pluma mía (230)
Por los de toga (aunque es de los de espada) (231);
Y noten los varones
Amigos de Sofía (232)
Que hacen a Jerez tan fortunada,
Que ser puede envidiada (233)
De Atenas y de Roma (234),
Aunque tornar pudieran
El tiempo que quisieran:
Porque no ha visto el de la rubia coma (235)
Que adorna el cuarto cielo (236),
Tales siete en un tiempo acá en el suelo (237).

---

(230) Nueva porque la siente como recién nacida y resucitada en el ímpetu y en el afán por resaltar los valores espirituales e intelectuales de Jerez.

(231) Intervienen en los negocios públicos y sabían manejar esa espada y hacer uso de ella cuantas veces hiciera falta en honor y defensa de la Patria.

(232) Amigos de la Filosofía y la Sabiduría. La Filosofía «arte de las artes y ciencia de las ciencias», «ama la sabiduría», «busca la verdad» y «gusta de la belleza».

(233) Envidiada. Se escribía, en ocasiones, con i. ¡Una «invidia»! Recordad los sonetos de Fr. Hortensio Féliz de Paravicino al Greco.

(234) El humanismo clásico y renacentista elevó a Atenas y Roma como los modelos de la civilización más clara, culta y refinada. A Sevilla, verbigracia, en el Siglo de Oro, la llamaban «Atenas del Sur», «Atenas Bética», «Atenas española». Barahona fue un renacentista a carta cabal, y de él pudiera decirse lo que dijo Menéndez y Pelayo, de Pacheco o Céspedes: que fue «varón de muchas almas».

(235) El sol. Una imagen barroca y gongorina. ¡Ortografía planetaria que fluye hasta la poesía moderna! El sol: «un point sur la i». Con razón, Ginés de Rocamora decía de los signos del zodiaco que podían llamarse de dos maneras: «la una es en quanto a poetas, y la otra en quanto a astrónomo».

(236) Se creía que los cielos eran varios. Según B. Gutiérrez: «Santo Tomás dice que Hebreos llevaron — tres cielos Aereo, Sidereo — y el Empyreo remontado». En la citada «Sphera del Universo», de Rocamora, trat. 2.º, cap. I: «que los cielos fuesen muchos». «Imaginemos onze», «entre sí contiguos e inmediatos unos a otros». «A cada uno destos cielos los mueve una inteligencia, que es un angel». El «quarto cielo del sol». «El sol, que es el planeta del quarto cielo». Allí se mueve de Poniente a Oriente y tarda 365 días menos 11 minutos en hacer su movimiento». Tened en cuenta que andaban empestillados todavía en que la tierra permanecía inmóvil. «Sumamente pesada». En la «Sphera» de Sacrolosco: «que la tierra es centro del mundo, y que no se mueve».

(237) Siete, como los siete sabios de Grecia, en el siglo VI a. de J. C. Pero estos siete sabios —según Sócrates— fueron de distintas ciudades griegas: Tales, de Mileto; Filon, de Esparta; Pitaco, de Mitilene; Trias, de Priene... Y los siete sabios que va a ensalzar Barahona son todos siete de Jerez y viven en una misma época: en la segunda mitad del XVI. Por eso, escribe que jamás los ha visto reunidos tales siete» el sol «en un tiempo acá en el suelo». Su cariño por Jerez le lleva a Barahona a rebasar las comparaciones que se le pongan por delante. Y, precisamente, ese amor sin límites será quien lo salve e inmortalice.

LOS SIETE SABIOS DE JEREZ

III

GEDEON DE HINOJOSA, COSMOGRAFO Y «ESPEJO DE JURISTAS»

La Canción de Barahona, que hemos anotado y comentado histórica y literariamente, al llegar aquí se ocupa, ahora, de ensalzar esos siete sabios de Jerez del XVI, contemporáneos del poeta, de los que daremos una breve y ligera reseña biográfica, a tenor de lo expuesto por el verso y según la índole de este trabajo. El primero en salir a la palestra va a ser el «gran licenciado Hinojosa». De él dice Barahona:

«El uno del Consejo
De órdenes yo canto
Aquel gran licenciado Hinojosa
Tan milagroso espejo
De los juristas, cuanto
Amaestrado en toda ciencia honrosa.
Con esto, en la sabrosa
Ciencia de Ptolomeo
Escribió, es tan esperto,
Que en poblado y desierto
No tiene cosa en sí el rodeo
De la esfera más chica
Que dónde, cual y cómo lo esplica».

¿Y quién fue este apasionado y escritor de cosmografía —la ciencia de Tolomeo—, eminente jurista y del Consejo de Ordenes? Por lo pronto, pertenecía a una de las familias más antiguas y nobles de Jerez. Según Parada y Barreto descendían de los Pérez de Hinojosa. Martín y Gil de Hinojosa son fundadores del Hospital de la Natividad, en el XIV. En 1362 ceden caballerías de tierra a la Cofradía de la Natividad en la iglesia de San Juan, donde tienen entierro. El grupo de los Hinojosa seguía a la Casa de Niebla (238) y figuran como Regidores, Jurados, Alcaldes Mayores y caballeros veinticuatros. Uno de ellos, Gedeón de Hinojosa, era

(238) «Bandos de Jerez».

ARCHIVO MPAL. JEREZ

caballero veinticuatro cuando vienen a Jerez los Reyes Católicos (239). Este nombre existía, pues, en la familia, y de ahí el bautizar con él a nuestro Licenciado. Y le sucede, ya que, en el XVIII, en 1739, otro Gedeón de Hinojosa figura también como caballero veinticuatro.

Familia de alcurnia, «una de las más opulentas de Jerez», tenían por costumbre —seguimos a Parada y Barreto— dedicar alguno a las letras. Así Pedro Martínez de Hinojosa, bachiller en leyes en la primera mitad del XV. La Plazuela Alta se llamó, antaño, Pedro de Hinojosa (240). En 1570, en la lista de los caballeros de Santo Domingo, encontrais —números 89 al 93— a Francisco Adorno de Hinojosa, el viejo, y a Pedro de Hinojosa Adorno, Damián Adorno de Hinojosa, Francisco Adorno de Hinojosa y al licenciado Gedeón de Hinojosa, hijos suyos. En las calas en el Archivo de Protocolos, H. Sancho de Sopranis exhuma el testamento (241) de un Adorno, el viejo —casado con María Adorno— en el que confiesa deja a sus hijos, el Lcdo. Gedeón de Hinojosa, Francisco Adorno y Damián de Hinojosa, las dehesas de Garciago y Sepúlveda. Por él sabemos que una de sus hijas, Francisca Adorno, casó con Luis Dávila. Son nietos suyos: García y Francisco Dávila, a más de otros nietos, en los cuales se entrelazan los apellidos Sotomayor y Villavicencio. Otra pesquisa de Sancho de Sopranis aporta a un Gedeón de Hinojosa casado con Teresa de Villavicencio (242). Todo ello parece indicar dicho matrimonio del preclaro Hinojosa, si no fuera porque Alvarez Baena (243) taxativamente declara que casó con Catalina de Montalvo, de Martín Muñoz, un pueblecito de Segovia, de la cual tuvo dos hijos de categoría: Manuel Francisco de Espinosa, Ministro y Contador de Felipe IV (244) y Fr. Agustín de Hinojosa, franciscano, Predicador Real y Obispo de Nicaragua (245). ¿Tendremos que inclinarnos a lo expuesto por Alvarez Baena?

En el XVI y XVII los Hinojosas de Jerez hicieron época y elevaron la familia a altísimos lugares de santidad y sabiduría. Domingo, dominico, muere en olor de santidad (246); Francisco, Vicario General de los Mercedarios en Roma (247); Antonio, dominico, calificador de la Suprema Inquisición, propuesto para la mitra de Sigüenza, jurista y canonista... (248) Fernando, en Jerez, dona sus bienes, en 1587, al Hospital de San Telmo.

Entre este plantel de Hinojosas, a cual más ilustre y más santo, la figura de Gedeón de Hinojosa brilla con luz estelar y merece, y muy mucho, el abrir la fila de los sabios jerezanos. Estudia en Santo Domingo, en su Ciudad, y, después, cursa leyes y se licencia en la Universidad de Salamanca, como colegial del Colegio Ma-

(239) En Octubre de 1477. Nieto de uno de los acrecentados por Enrique IV: Martín de Hinojosa. Su padre: Pedro Martín de Hinojosa.
(240) A. Muñoz, «Calles y Plazas de Jerez», pág. 404.
(241) Protocolo de Montesinos, 30-3-1575.
(242) Montesinos, 29-6-1559.
(243) «Hijos de Madrid», T. I, pág. 5.
(244) Y Corregidor de Trujillo y Veedor General de Cádiz.
(245) Nació en 1575. El P. Estrada asegura que en Jerez, y Alvarez Baena, que no, que en Madrid. Parada declara que en los Archivos no consta su fe de nacimiento. El Obispado no llegó a ocuparlo.
(246) Murió en Jerez en 1559. Misionero en Méjico, uno de sus gloriosos apóstoles y peritísimo en lenguas indígenas.
(247) Nació y murió en Jerez.
(248) Nace en Madrid en 1634.

yor de Cuenca, y escala, a la postre, los más encumbrados puestos de la Magistratura. «Espejo de los juristas», Caballero de Santiago, llega a ser Presidente de la Audiencia de Contratación, Miembro del Consejo de Indias, Consejero de Ordenes y Ministro del Consejo y Cámara de Castilla y de la Suprema y General Inquisición, «y muy privado de S. M. Felipe II». Y aparte de estos cargos y, además de sus estudios de derecho, poseía «vastísimos conocimientos en las ciencias histórico-geográficas», lo que confirma el verso de Barahona: «amaestrado en toda ciencia honrosa». «Juriconsulto y geógrafo en 1577» —dice de él el «Epítome» de Virués de Segovia (249). Y no terminan tampoco aquí sus conocimientos, puesto que no debería ser un geógrafo simple, sino un cosmógrafo en toda la extensión de la palabra. O sea, hombre «esperto» y «perito» en el estudio de los cielos, posición de las estrellas, mediciones y cálculos de la esfera... Al decir de Barahona, ni en «poblado» ni en «desierto» existía problema ni cuestión tocante al Universo y su esfera, por muy «chica» que fuese con todo su «rodeo» —en toda su circunferencia y dificultad— que no dilucidase al punto con claridad un tanto meridiana. Lo que le lleva a decir en un verso también un tanto oscuro: «que dónde, cual y cómo lo explica».

Por aquellos años, la astronomía y geografía eran ciencias a las que andaban aficionados los caballeros. En la citada «Sphera» de Rocamora, en el cap. I, se habla de las ventajas «deste tesoro» de la Astronomía, que permitía desde los aposentos «conocer y saber los viajes marítimos a las Indias» —indicándolos en los mapas y cartas— y «las alturas por donde vienen las Flotas».

El doctor Ferrufino, el Licenciado Ioan Cedillo, el Conde de Puñoenrostro, el Marqués de Moya, contaban como apasionados astrónomos. «Otros muchos cavalleros continuaron este agradable, virtuoso y necesario ejercicio, sin faltar día...» Y se publicaban libros, como el de Francisco de Valles: «In quator libros Meterologicorum» —1558— que haría las delicias del sabio licenciado Gedeón de Hinojosa, al que Barahona colocó, y muy bellamente, en el lugar que le correspondía (250).

EL DOCTOR LEON, «REGENTE SABIO»

La Canción nos presenta a continuación al segundo sabio de Jerez en aquella época:

«¿Pues qué pluma o qué vena
Tan suelta y abundante
Habrá Dotor Leon, Regente sabio.
Que de esa bondad llena,
Los méritos discante
Con memorable tinta o dulce labio?
Corto quedara Fabio
Marron y Tulio cuando
Con todo su torrente
De vos claro Regente

(249) De 1796 ya cit. en sus «Varones ilustres en armas y letras».
(250) Cfr. Cantero: «Historia de la Casa de los Sres. Duques de San Lorenzo», y

Tratar largo quisiera el punto dando
A cada virtud vuestra
Según que de sí ha dado heroica muestra».

Para H. Sancho en sus artículos en «El Guadalete» y en una monografía suya más tarde (251), el personaje no era otro que el dominico Fr. Antonio de León, que en el XVII alabara Monopolí (252), y en el XVIII, recordara el P. Franco. En el Capítulo General de la Orden, en 1551, en el tercer lugar de los promovidos al grado de presentados hallareis a Fray Antonio; así como en los que se graduan en Magisterio en Avignon, en 1561, (253) y pertenecen a la promoción magistral de Bolonia de 1564. Pero en ese año promueven a Fr. Antonio de León, Catedrático y Regente de los Estudios Generales de Santo Domingo de Jerez (254). Sobre esto no hay duda. En el Censo de las Universidades dominicas: «Studio Sericensi...» «in regentem Fr. A. de Leon, magistrum». Su regencia dura cinco años: hasta 1569, año en que le sucede Fr. Tomás de Aragón. Y puesto que la Canción lo supone vivo —debió de morir hacia 1575— y Regente, además, ello llevó a pensar a Hipólito Sancho fechar la escritura de los versos de Barahona entre esas dos fechas en que dura su regencia —1564-1569—, cronología prematura a la que se señaló anteriormente.

Las coincidencias, por otra parte, son grandes. Que era Regente, expuesto queda. Que fue Sabio, lo revelan las líneas de Monopolí: «Tuvo esta casa de predicadores de Jerez otro padre digno de eterna memoria que se llamó Fray Antonio de León, maestro en teología y de los más doctos de su tiempo. Era cosa prodigiosa lo mucho que estudiaba, que dicen que pasaba de catorce horas cada día...» Tanto estudiaba que «le vino a apuntar un dolor de jaqueca que le obligaba a estar días sin comer». Orador y maestro de teología excepcional —en los Estudios de Sto. Domingo de Jerez, al igual que en Lovaina, se daban tres lecciones de Teología diarias— (255) estuvo lleno de esa bondad que señala Barahona, y aun de una unción mística, que le llevó en un Viernes Santo, al hablar de los Dolores de la Virgen, a prorrumpir en tales gritos y ayes «que se oyeron buen trecho del Convento y fue de manera que acudió gente a ver la causa de aquella novedad» (Monopolí). Méritos sobrados para que se «discante» —palabra que hay que entender en su acepción de «cantar», «recitar», «glosar mucho sobre una materia» (256)— «con memorable tinta y dulce labio», «pluma» y «vena» «suelta y abundante».

Ahora bien, además de la virtud, ciencia y facundia, la cita a los tres escritores romanos, así como la notación de Barahona de comenzar los elogios y loas de los sabios «por los de toga», y el llamarle Doctor, encerraba una alusión a la jurisprudencia, que comenzó a velar y a cuartear un poco la probable identificación anterior a Fray Antonio.

H. Sancho: «Historia del Real Convento de Santo Domingo de Jerez», 1929, págs. 111 y 112.
(251) «Establecimientos Docentes en Jerez de la Frontera», 1959, 2.º, n.º 8, pág. 28.
(252) En su Historia de Sto. Domingo y de su Orden», Parte 3.ª
(253) En 4.º lugar.
(254) Funcionaban con anterioridad a 1544. Existían cinco Estudios Generales dominicanos en Andalucía: en Córdoba, Sevilla, Jaén, Granada y Jerez.
(255) Vid. «Est. Doc.», cit. ant.
(256) «Diccionario», de Ibarra, ed. 1803.

Fabio, Marron y Tulio deberían ser Marco Fabio Quintiliano, Publio Virgilio Marrón —y aún cabe que por confusión de letra, Marco Tarencio Varron— y Marco Tulio Cicerón, lo que acentúa el carácter heroico y jurista del «claro Regente», sospecha acentuada al leer lo de «a cada virtud vuestra — según que de sí ha dado heroica muestra».

Nada de esto se le fue por alto a Hipólito Sancho, a lo largo de meditadas y concienzudas lecturas realizadas de la Canción, lo que le hizo dudar cada vez más de la identificación del fraile dominico. Sin embargo, la principal dificultad consistía en encontrar una pista siquiera mínima de otro posible Regente León, en el XVI de Jerez, del que nada se sabía en absoluto. En tanto, pues, permaneciera inédito y olvidado, lo natural sería, con todas las salvedades que se quisieran, volver a Fray Antonio de León. Pero he aquí que, de repente, aflora la sospecha de un Pedro de León, Regente de Nápoles, al que alude de pasada un documento jerezano. Don Hipólito me habló de ello y su inesperada muerte impidió su transcripción y compulsarlo, debidamente. Era uno de los puntos claves a resolver en futuras conversaciones. De todos modos le seguimos la pista y sospechamos se encuentre entre el ingente montón de papeles curiosos que tiene en su biblioteca José Soto Molina. Es cuestión de mucha paciencia y de mucho tiempo dar con él, pero ya estamos sobre su caza y creemos que podremos apresarlo.

En tanto hay que abrir una incógnita sobre quién fuera este Pedro de León. ¿Pertenecería a la Casa de los Ponce de León? ¿Y cómo no hay ninguna noticia suya? ¿Es que a los historiadores de Jerez se les iban los mejores? Todo esto —como comprendereis— son meras nebulosas todavía, que habrá que concretar, debidamente. La pérdida de Sancho de Sopranis representa un vacío irremplazable y, en este caso, sin su ausencia, hubiéramos podido adelantar en este punto. De todos modos, quede la constancia de que existe alguien, con ciertas garantías, de desocupar de su silla de sabio, donde lo habíamos sentado, a Fray Antonio de León.

Parada y Barreto consigna entre los Hijos de Jerez un Padre Pedro de León, jesuita, —1548-1632— 87 años de larga y fecunda vida, predicador, de buenísimas dotes para convencer en la fe a los herejes, en especial a quienes fueran a morir ajusticiados. El Padre Pedro, sobrino de D. Juan León (presbítero jerezano) y hermano de Juan, teólogo en Colonia, sí tuvo cierta relación con la justicia. Promovió una campaña al objeto de aligerar las causas, que se eternizaban, de los presos, así como de la falta de equidad y orden en la Administración de esa Justicia. Interesante personalidad, digna de estudiarla a fondo. De todos modos, lo de Regente, hasta que no se aclare, así como su juventud —menos de treinta años al ser escrita la Canción, o treinta y pico a todo tirar— lo aleja de la atribución de Barahona. Esperemos a que se aclare, al fin, este «claro Regente», y pongamos en pie al segundo de los sabios de Jerez.

FRAY AGUSTIN SALUCIO, «VARON PRECLARO»

El tercero de los sabios de Barahona es uno de los más grandes valores que ha tenido la Orden de Predicadores en España.

«Es otro el Severo
Fray Agustín Salucio
En púlpitos y en cátedra divino,
Sobre el testo primero
Del pueblo sin prepucio,
Y sobre el otro que nos dio el que vino
A abrirnos el camino
Que cerró el primer hombre:
Más, oh varón preclaro,
Que si mi estilo avaro
No fuera, yo llevaría vuestro nombre
No solo por España
Más por cuanto la mar en torno baña».

La figura humana de Fray Agustín, conocidísima en el XVI, había llegado hasta nosotros un tanto enteca —señala el dominico P. Alvaro Huerga (257)—. Modernamente, «empieza a despertar curiosidad». Aparte la amplia cita bibliográfica y biográfica que le dedican los historiógrafos de la Orden (258), quienes más «la airearon» fue Sancho de Sopranis, en el Santoral Dominicano (259), y en una Monografía reciente, y aún prometió insistir sobre la misma, y el citado P. Huerga, a cuyas páginas —tanto de uno como de otro— os remitimos a aquellos que querais tener una visión bastante completa de la vida de Fray Agustín Salucio, así como de su obra.

Se sabe que nació en Jerez en 1523. Tenía 78 años al morir en Córdoba, el Domingo primero de Adviento, el 29 de Noviembre de 1601. Los Salucios y los Adorno eran de estirpe genovesa y noble. Descendían de la ilustre Casa de los Spínolas (260). Argote de Molina (261) que llamó en vida a Fray Agustín Salucio «gloria de Jerez», escribía que a los caballeros Salucios y Adornos los hacía muy famosos «la gran doctrina y religión del maestro» dominico (262). Micer Dominico Adorno, navegante genovés, trajo a Jerez en 1285 la imagen de la Consolación. Un Fr. Gerónimo Adorno, dominico también, es Prior de la Casa de Jerez en el XV y confesor y consultor del Cardenal González de Mendoza. A principios del XVI, Jacobo Adorno era veinticuatro de la Ciudad y casa con Ana de Villavicencio. En 7 de Octubre de 1560 era recibido como veinticuatro, Dionís Adorno Salucio.

Desgraciadamente, a Fray Agustín no se ha podido localizar entre los suyos.

(257) En su Estudio Preliminar —«El Hombre»— a la edición de Flors de los «Avisos para los Predicadores del Santo Evangelio», 1959, págs. 3 y sig.

(258) Nota 1.ª del cit. libro anteriormente, pág. 3.

(259) En «Santos, Binaventurados, Venerables de la O. de P.», del P. P. Alvarez, 1922, T. III, págs. 185 a 199 y en «El Maestro Fr. Agustín Salucio, O. P.», «Archivo Hispalense», 2.ª época, XVI, 1952, págs. 9-47.

(260) Poseemos el Libro de los Spínolas y en él se cita a Salucio. Sobre los apellidos genoveses (Colombo, Bozzano, Adorno, Saluzzio, Sarzana, Laurelo...) cfr.: «Los genoveses en la región gaditano-xericiense», de H. Sancho de Sopranis, en «Hispania», 1948, XXXIII, y en la «Historia del Convento de Sto. Domingo de Jerez de la Frontera», 1959, págs. 94 y 95.

(261) «Nobleza de Andalucía», 1588, pág. 246.

(262) Fue un timbre de gloria que ensalzó a la Casa. Los Adorno fueron Condes de Montejil desde 1669.

La pérdida de las informaciones de limpieza «y la oscuridad de las partidas conservadas en los libros bautismales de las antiguas Parroquias de Jerez» (263) nos impiden conocer quiénes fueron sus padres y detalles de su infancia. Rallón (264) afirmaba que de padres muy nobles, y Góngora (265) que «el antiguo manuscrito testifica fue hijo de padres muy honrados y calificados en puridad de sangre y en bondad de costumbres».

Ingresa en la Orden de Santo Domingo, en Jerez, en 1540, y profesa al año siguiente. «Tomó el hábito muy niño y no con mucha gramática». Se perfecciona en humanidades en Palma del Río y en Córdoba, y en San Pablo el Real —conoce y trata allí a Fray Luis de Granada—, y en Valladolid, en San Gregorio. En 1556 vuelve a Sto. Domingo de Jerez. Lector teológico en 1561, Prior en el Convento de Cabra, retorna, otra vez, como Prior a Jerez. Catedrático de Prima del Colegio Mayor de Santo Tomás de Sevilla, en 1575, lo eligen, nuevamente, Prior de Jerez, hasta 1578 en que lo trasladan de Prior a Sevilla. Cuatro años más tarde, a Jerez, a dirigir sus Estudios Generales. Marcha a Madrid —1587 y 1590— a predicar en la Corte. Una estancia en Sanlúcar, y Jerez de nuevo. Definidor en 1595, pasa de Jerez a Córdoba. En 1600 —a instancia del duque de Lerma— lo invitan a Valladolid, a predicar la Cuaresma. La propuesta la rehusa Salucio. Ya es muy anciano. En 1601, muere.

Impresas sólo quedaron dos obras: su Sermón en Córdoba, en las honras de Felipe II, en 1599, con su consentimiento; y sin él, y un poco antes o después de morir, su famoso «Discurso sobre la limitación de los estatutos de limpieza». Pero sí sabemos que dejara más de 20 cartapacios de manuscritos.

«Gran maestro, gran predicador, gran pensador, Salucio escribía para la intimidad, por imperativo de una inmensa cultura...» (266). «Maravilloso orador» «consejero muy escuchado en asuntos de inquisición, escritor fecundo y mecenas de las bellas artes y amigo y protector de poetas y artistas» (267). «Intimo» de Herrera (268), de Pacheco, que lo alaba como hombre de grandes saberes, del jesuita Luis de Alcázar... (269).

Lo tachan de severo. ¿Y por qué? Tenía un carácter fuerte, inflexible en la defensa de la verdad. Lo demostró en fustigar los vicios y en llamar las cosas, cuando había que llamarlas, por su nombre. Donde él creyó que estaba el mal, allí apuntaba con su dedo. «Sinceridad» y «verdad» los lemas de su vida. Pero al par, era un hombre lleno de virtud, de oración y de estudio. Se condolía de los males ajenos; se humillaba con gozo a sí mismo —escribe el P. Huerga—. «Su vida está constelada de hechos ejemplares». Fue un «equilibrio entre la valentía y la moderación». (H. Sancho). Amigo de Fr. Luis de Granada y defensor suyo; del Beato Juan de Avila; de Juan Pecador; del Patriarca de Valencia, Juan de Ribera; del duque de Medina

(263) H. Sancho, págs. 3 y 4 en la Mon. del «Archivo Hispalense».

(264) «Historia de Jerez», Tratado último, cap. VIII.

(265) «Historia del Colegio Mayor de Santo Tomás de Sevilla», ed. 1890.

(266) «La Obra Literaria», II, P. Alvaro Huerga, O. P., pág. 31.

(267) H. Sancho de Sopranis, «Est. Doc.», II, pág. 29.

(268) M. Mendez Bejarano», II, pág. 437.

(269) Se hace raro que no lo retrate en su «Libro de Retratos». Lo conocía y admiraba, «insigne en el púlpito», «igualándolo en la calificación al P. Espinosa, que era para él el maestro insuperable», H. Sancho, Monografía del «Archivo Hispalense», pág. 18.

Sidonia y de Lerma... Todos le admiraron y quisieron. Tenía la valentía del que sabe que lleva la razón. Así en su famosa «polémica de la sangre», que envió a Felipe III, y perdió a la postre, y en la que propugnaba por una mayor moderación y liberalidad contra —lo que ha llamado el P. Huerga— el «racismo religioso imperante». Pero en lo que brilla, sin discusión, es como uno de los primeros predicadores de España, en aquella época de grandes predicadores. «Predicador de Reyes y rey de Predicadores». Los elogios son unánimes. Santa Teresa pedía sus Sermones. «Que son los mejores que se pudieren haber». Fr. Jerónimo de la Cruz: «varón de gran virtud y excelentísimo púlpito de muchas letras». Rallón: «Fue Padre y Maestro de Predicadores, y tan insigne en este Ministerio que fue gratísimo a los Reyes, Príncipes y Pueblo, que no todas veces acontece». Todos lo entendían, porque hablaba sin sutilezas. «Débense guardar los predicadores, en semejantes argumentos, de sutilezas y agudezas espinosas. Y, cuando no pudieren excusarlas, deben allanarlas con ejemplos y comparaciones manuales y familiares, pidiendo atención para tratarlos, pero sin fausto ni arrogancia y sin desprecio del auditorio y sin quitarle la esperanza de poder entenderlo, si atienden a ello». «Quien no puede decir lo oscuro claramente, no se meta en ello. Porque el oficio no le obliga sino a enseñar lo que puedan y deban entender todos». Son avisos para la buena predicación recogidos del propio Salucio. «Caducidad de las finezas en boga», «crítica del sermón mozárabe y de los tópicos» —son títulos reseñados por el P. Huerga en este sentido. Al grano y a decir verdades como templos. Felipe II —al oírle predicar el domingo cuarto de cuaresma de 1590— y denunciar claramente robos y maldades de quienes mandaban, le dijo al terminar a Diego de Córdoba: «Don Diego, este fraile es predicador de veras y le oiré siempre con mucho gusto». Monopolí alaba su falta de «artificio de palabras, con lenguaje propio y casto, nada afectado, cosa que en pocos se halla». «Reprehendía con mucha gracia y con grande ánimo los vicios sin cansarse hasta ver reformación en las costumbres». De su éxito, el que en las cuatro Cuaresmas sucesivas que predicó en Sevilla, a las 3 y a las 4 de la mañana, «las iglesias muy capaces no cabían de gente».

Fundadamente, pues, decía de él Barahona que era en «púlpitos y en cátedra, divino». ¿Lo oyó predicar? Desde luego, que sí. Y diversas veces en su Convento de Santo Domingo. En la Biblioteca del Escorial, el manuscrito de los Sermones de Fray Agustín, en Jerez, en 1573, en tiempos de Cuaresma. Barahona lo elogia como predicador y —señalaba H. Sancho— testimonio del crédito entre sus coterráneos, —saltándose así el que no hay nadie que sea profeta en su tierra (270)— y como eminente en el arte de enseñar. Tanto sobre el texto primero «del pueblo sin prepucio» —de los judíos— como sobre los Evangelios, de Aquel que vino a abrirnos el camino que cerrara el primer hombre: Adán (271).

Pero hemos de dejar a Fray Agustín. ¿Cómo ensalzarlo en cuanto se merece? Religiosísimo «vistió siempre de lana, dormía poco». Se acostaba vestido sobre un cañizo. Tan recatado —nos informa de todo esto el Padre Rallón, el buen jeróni-

(270) H. Sancho, «Archivo Hispalense», pág. 16. En el P. Huerga, pág. 33, lo confunde con «la delgada musa», de Soto de Barahona, aunque en la nota 6 sea correcta: Juan de Barahona.

(271) De su conocimiento de la Sagrada Escritura —dominaba el griego y el hebreo— su «Tratado de las monedas que hay memoria en la Sagrada Escritura», ms.

mo— «que sólo descubría el brazo al médico para que le tomase el pulso». Parquísimo en el comer. Dejaba siempre algo para los pobres. «Bebía un poco de agua envinada». «Siempre ocupó el tiempo en leer y escribir». «En su librería no se hallaría hoja o plana que no estuviese anotada». «Pobrísimo, humilde y obediente». Dos cosas le consolaban mucho: cuando los Prelados le mandaban algo y cuando padecía por necesidad. A su entierro, en Córdoba, asistieron todas las Ordenes religiosas, los Cabildos de la Catedral y de la Ciudad en corporación. Tal si fuera un Obispo. Su sepultura jamás fue abierta. Por respeto y por veneración (272).

Según veis, uno se lamenta también —a semejanza de Barahona— de que su estilo sea «avaro» para llevar el nombre de Salucio «no sólo por España». «Pocos varones han llegado a adquirir una reputación y celebridad tan justificada» (273). Jerezano insigne, nunca se olvidó de Jerez. En Córdoba se encaró con la juventud y la reprendió por «el poco exercicio que tenían de la xineta» (274).

FRAY LAURENCIO DE VILLAVICENCIO, TEOLOGO DE «GRAN DOCTRINA»

El cuarto de los sabios, indiscutible, será Fray Laurencio de Villavicencio.

«El otro Fray Laurencio
Hijo y Maestro raro
En la sagrada orden agustina,
Que de Villavicencio
Hace el linage claro,
Más claro y venerable con su dina
Virtud y gran doctrina;
Por quien tiene hoy tal punto,
Que el español monarca
Que todo el mundo abarca,
Se huelga de tenelle siempre junto
Y en púlpitos oille,
E importantes negocios remitille».

Fray Laurencio nació en Jerez en fecha que se ignora. Pero que siempre tuvo muy a gala el ser jerezano, lo prueba el consignarlo, tras de su nombre, en todos su libros: «Xeresano», «Xeresanum»... (275) «Xeriziensis», en la «Biblioteca His-

(272) Mesa Ginete, «Historia Sagrada y P. de X. de la F.», 1754. Ed. 1888, T. II. pág. 392.

(273) Martín Ferrador, «Trad. y Apuntes Jerezanos», 1959, pág. 60.

(274) En el Sermón que predicó en Córdoba, en las honras a Felipe II, en 1598, —ejemplar en nuestra Biblioteca— al hablar de Felipe II, dice que estando allí el Rey se informó de su antigüedad, de sus fueros, y «hasta de la razón de amistad que tenía con Xerez de la Frontera». «Salió a un mirador a ver como hazían mal a cavallos algunos que sabían bien hazerlo, porque esta galana facultad y provechosa, no estaba tan cayda como en estos días vemos, ni tan olvidada». «No diré sino cosas muy llanas y de todos muy sabidas».

(275) Las obras de Villavicencio podeis verlas en el Apéndice Documental —XIV— de la Monografía del P. Fr. Bruno Ibeas O. E. S. A.: «El Espionaje y el Imperio» («El Padre Lorenzo de Villavicencio»), Pub. de la Sociedad de E. H. J., 1.ª Serie, núm. 11, 1941, y reseña de las mismas, y ediciones, y en Parada y Barreto, págs. 458 y 459.

pana Nova» de Nicolás Antonio (276). Profesa en la Casa de los Agustinos en el Convento de Guía, que estaba fuera de la Ciudad (277) el 2 de Febrero de 1539. No sería, por tanto, muy aventurado presuponer el año de su nacimiento entre 1520 y 1525.

Barahona le llama «raro» por su inmenso valer, que le hace descollar en su Orden, hasta formar, en unión del toledano Arzobispo Fray Alonso de Vargas —oriundo de los de su apellido de Jerez— y el Padre Florez —que reparte y, luego, edita los libros de Fray Laurencio— el «gran triunvirato intelectual de su religión en España» —en opinión de H. Sancho (278).

Que de los Villavicencio «hace el linage claro», no hay duda alguna. Al menos, si elevado estaba de antemano (279), lo elevó aún más con su inmarcesible fama. En un papel genealógico del apellido de Villavicencio —que obra en el legajo 18 de nuestro Archivo de Campoameno— leemos de él: «Provincial y Predicador de los señores Carlos V e Phelipe Segundo y escrivió muchos libros y le tienen puesto en la Sacristía de San Felipe en Madrid entre los Barones Ilustres de su Religión». Tanta fue su valía que «aún viviendo lo puso Sixto Senense en el catálogo de los escritores, con los Santos Padres y Doctores de la Iglesia».

«De su dina virtud y gran doctrina», el capítulo sería inacabable. Rallón lo califica —sin cegarse por el paisanaje— de «varón de muchas letras». «Yo he visto —dice— un libro suyo impreso en 1565...» «Placerá a Dios que otras muchas cosas suyas salgan a luz...» «Sapientísimo» —lo define Portillo (280)—. Uno de los más célebres teólogos en el XVI (Parada). «Predicador insigne y consejero de reyes» (281). «En su fase científica Villavicencio ha sido ponderado sin reservas». Ossinger dice de él, que «fue casi el primer teólogo de su siglo en España» y que, como orador, «nadie, en muchos siglos antes, alcanzó a congregar en su torno multitudes tan nutridas con el sortilegio de la palabra». Elssio, después de agotar los superlativos en elogiarle, como conocedor «de las doctrinas patrísticas y de otras disciplinas y letras» y «como sugestionante predicador, afirma, que «sobrepujó el ingenio humano en la exégesis de los pasajes bíblicos más difíciles». Transcribimos este párrafo anterior de la monografía de Fr. Bruno Ibeas, por considerarlo una sintesis expresiva de la extraordinaria capacidad del agustino jerezano.

(276) T. V, pág. 10, «Xereziensis (quae urbs, non longe a Gadibus veterum Astae proxima est, opulenta e nobilis...»

(277) Allí estaba la Virgen del Socorro. Un camino —calzada, en invierno, y alameda, en verano— servía para llegar a ella. Hasta 1643 no se trasladan los Agustinos a su Casa de Jerez. Cfr. Rallón: «His. de Jerez», T. IV, Trat. XX, cap. X, ed. 1894, págs. 537 y 538.

(278) En sus art. cit. en «El Guadalete».

(279) Cfr. «El Libro del Alcázar» —historia escrita a mediados del 1500 para enaltecer a los Villavicencio—. Su enlace afortunado económicamente con los Zacarías. Vid: H. Sancho: «Las laudas góticas en San Juan de los Caballeros», en «Guión», 1936, n.º 30, y las «Apuntaciones para la genealogía de los Villavicencios» en «Un dominico de pro», del P. Cantero en «A. Hispalense», 1950. Además de los Villavicencios ya cit.: Fr. Francisco de Villavicencio, Vicario General de los Reinos de Indias, franciscano; Fr. Diego, mercedario, Catedrático de Prima; D. Luis de Villavicencio, Catedrático en Salamanca, Comendador de los Pesos en Valencia, del Consejo Real de Castilla. «Desde que se ganó Jerez han sido cabezas de bando...» (Parada). Un Fr. Dionisio de Villavicencio, de Arcos, agustino, de mediados del XVII, silla episcopal de Nicaragua y Costa Rica. Mancheño: «Gal. de Arc. Ilustres», pág. 401.

(280) «Noches Jerezanas», II, pág. 109.

(281) H. Sancho de Sopranis, «Est. Doc. de Jerez de la Frontera», II, pág. 47.

Respecto a la indicación de Barahona de que el Monarca, «que todo el mundo abarca», «se huelga de tenelle siempre junto», «y en púlpitos oille», no es más que una verdad tras otra. «Y de él se hacía acompañar donde quiera que iba». Así como lo de a «importantes negocios remitille». En efecto, del Convento de la Guía de Jerez, pasa a Lovaina. En 20 de Junio de 1558 adquiere en esa Universidad el grado de doctor en Teología. Reformador y Superior en Lovaina, Capellán y Predicador de los españoles en Brujas y en otros múltiples lugares de Flandes, recibió de Felipe II el encargo de vigilar la pureza de la fe en aquellas tierras, desenmascarar los protestantes, ponerse en contacto con ellos, convencerles de la verdad, y ejercer una labor de fiscalización del Gobierno de S. M. Informador, del orden del Comendador Pedro de Benavente en relación a Carlos V (282), «la actividad desplegada en el desempeño de su misión fue algo maravilloso» —nos informa Fr. Bruno Ibeas, quien relata los pasajes más salientes de sus andanzas por los Países Bajos, entre aquellos herejes —que en versos de Juan Rufo— andaban con «los ojos de la fe deslumbrados — Envuelta en noche oscura de pecados».

Fray Laurencio lo espiaba casi todo «con secreta curiosidad» e informaba al Rey en una correspondencia meticulosa, donde se «nos exhibe como un observador poco común». Es un «estudio» completo, no un «diario». «El mecanismo político y social de la sociedad en que vive, es lo que le interesa» (Fr. B. Ibeas). «Ojo avizor escudriñaba los escritos de los protestantes, y cuando le parecía conveniente, bajaba a la palestra, acompañándoles en el mismo terreno y con las mismas armas que ellos le proporcionaban» —escribe el P. Zacarías Novoa (283)—. Muy notable en este punto, el ir disfrazado a la feria de Francfort, para conocer «de visu» a quienes se dedicaban al teje y maneje de pasar libros heréticos a España (284).

En 1564 publica un libro contra Witssí, y regresa a España al año siguiente, donde su «celo incansable y fervoroso» ya tenía legión de adeptos. Felipe II lo escucha y lo vuelve a enviar a Flandes. Allí ha de exponer su vida. Quieren matarlo y quemar el monasterio. Ha de salir de él de noche. Vuelve a Madrid, y en 1567 es nombrado Predicador Real. Pero otra vez torna a los Países Bajos.

En España, de nuevo, interviene en importantes asuntos. Lo teneis como uno de los cuatro Comisarios en la Reforma del Carmelo, en esa célebre Junta que decidió la conveniencia de la separación de los Carmelitas Calzados. Después, en 1575, comienza su expediente en Roma, promovido por el Obispo de Badajoz, que aseguraba haberle encontrado algunos tintes heréticos como traductor del protestante Andrés Hiperio. Roma, en 1578, le da la razón a Fray Laurencio y aprueba su libro, en el que la doctrina herética se hallaba totalmente expurgada.

Primer definidor de la Provincia de Castilla, actua como Juez contra Gracián, al expulsarlo de los Carmelitas, y en el proceso de Fray Luis de León, como defen-

(282) H. Sancho de Sopranis, «Carlos V y Jerez», P. del C. de E. H. J., I, 1958.

(283) En sus «Conventos Agustinianos de Jerez de la Frontera», Pub. de la S. de E. H. J., 1.ª Serie, 1940, núm. 8, págs. 58 y sig.

(284) Y allí conoció a Antonio del Coro, «que era tuerto de un ojo» y a Diego de Sta. Cruz, «que dirigían la empresa». Cfr. M. Menéndez y Pelayo: «Historia de los Heteredoxos Españoles», IV, págs. 17 y 158 y 125, ed. 1947.

sor de Orozco (285). «Debió ser gran amigo de los amigos y adversario resuelto de los que le combatían o le faltaban, como guiado en el proceder por el «todo o nada» de nuestros místicos» —escribe Fr. B. Ibeas.

Su caudal de sabiduría lo ponen a la altura de un Melchor Cano (286) o un P. Vitoria. «La mayor parte de los escritos del fraile agustino, no pueden prescindir del ambiente polémico y apologético», en su empeño por tornar las obras heréticas en cristianas —que señala el P. Zacarías Novoa—. Todo ello exigía un conocimiento perfecto de la Biblia. «Era a la vez teólogo y pedagogo; su espíritu de observación se extiende a veces a cosas muy menudas: vgr. las 8 reglas sobre la elección de profesor, y el sitio y modo de oírle, el modo de hacer los apuntes...» (287).

Su preocupación por la Universidad de Lovaina fue intensa. «Hombre de su época», «tenía que dar importancia excepcional a las instituciones universitarias y concebirlas como centros dirigentes de la actividad vital» (Fr. B. Ibeas). Del éxito de sus libros, el que la «Recte formando Theologicae» —4 libros— y el «De formandis sacris» tuviera 2 ediciones en vida de Fray Laurencio (288); ejemplos de la trabazón fortísima entre la escolástica y los estudios bíblicos.

Censor de libros, da la aprobación a la obra de Barahona «La vida del hombre noble» (289). De vez en cuando interviene en Jerez (290). Pero, en suma, tampoco podemos demorarnos más con Fray Laurencio. Que era modesto, lo revela cuando en Brujas escribe que para combatir la «gran vía» por la cual se abría la puerta al luteranismo, «scriví este librillo». Que era incansable en la defensa de la Religión, el «leiv motiv» de su existencia: «Animé siempre a los predicadores y pastores para que predicasen doctrinas católicas»; «contradixe públicamente a los que predicavan errores». «Daría mi vida porque en este caso de la religión fuese bien servido...» Muere, finalmente, el 21 de Junio de 1583 —fecha también interesante para la datación de la Canción, anterior a ese año— cuando ya Barahona lo tenía —¿y quién si no?— entre los sabios de Jerez. Entre los siete inmortales de su Ciudad (291).

FRAY DIEGO DE LA MAGDALENA, «GRAVE MAESTRO»

Del quinto de los sabios dice la Canción:

«El jubilado y grave
Maestro, que de aquella

(285) Primer Proceso de Fray Luis en «Col. de Doc. Inéd. para la H. de E.», T. X y XI. El 2.º proceso —Febrero de 1582— en los datos que dio a conocer D. Carlos Alvarez-Guijarro en la «Rev. Hisp. Americana», 1882, y el P. Blanco en «La Ciudad de Dios», XLI, 1896.

(286) Cotejo entre Cano y Villavicencio por el Dr. Abate Hervás, que perdió al salir de España en 1767.

(287) R. García de Castro: «Fray L. de Villavicencio» en «Rev. Esp. de Est. Bíblicos», 1929, núm. 31, págs. 217-232.

(288) La 1.ª, en Amberes, 1565, plagada de errores; la 2.ª, Colonia, 1575, tampoco resultó perfecta. El P. Florez para la 3.ª —1768— se sirvió de las correcciones hechas de puño y letra de Fr. Laurencio. El «De formandis», Amberes, 1563 y Colonia, 1575.

(289) No deja pasar el «Origen de Caballeros», de Sansovino, trad. por Juan de Castellanos.

(290) En 1575, Rallón, cap. XXIV, pág. 637, en la petición a la Ciudad para que se le permitiese sacar 300 cahices de trigo, licencia de S. M.

(291) Está demostrado que murió en 1583, y no en 1581 como se creía.

Que ungió al Señor, conserva el apellido,
Es hoy la mejor llave
Del Arca Santa y bella,
Do el tesoro del cielo está escondido;
Por quien es repartido
Con abundante vena (292)
De lengua dulce y suelta,
Guiada y desenvuelta
Por ingenio y costumbre de arte llena,
Que nos enseña al vivo
Lo escolástico todo y positivo».

Nos encontramos así ante un buen teólogo y maestro —jubilado y grave—, llamado «de la Magdalena» —«aquella que ungió al Señor»—, nacido en Jerez, de fácil y abundante palabra, y cuya personalidad costara bastante identificar. A Parada y Barreto no le fue posible identificarlo y apuntaba que debería pertenecer a alguna Orden Descalza, por eso de «la Magdalena», ya que en ellas se dejaba el apellido de la familia por el de algún santo o advocación religiosa. Creencia errónea, ya que no «paró en mientes» —como hizo notar Sancho de Sopranis (293)— de que los conventos descalzos de franciscanos, carmelitas y mercedarios no se fundaron en Jerez hasta mucho más tarde. Sin embargo, Parada apuntó también, a su vez, que en las historias y crónicas dominicas se citaba a un lego, Fr. Pablo de la Magdalena, muerto en opinión de santidad en el Convento de Jerez, a principios del XVI, el primero que tuvo a su cuidado la capilla e imagen de Ntra. Sra. de la Consolación. De todos modos había que desecharlo «ipso facto», por la falta de simultaneidad cronológica entre su vida con la de Barahona, y que en ese lego no coincidía en forma alguna.

Sancho de Sopranis, en un primer intento (294) por esclarecer al «sabio, anciano y enigmático Maestro», resaltó al dominico Fr. Cristóbal de la Magdalena, Miembro del Consejo Conventual en 1544 (295). En su favor, el prestigio de que gozaba y del que era buena muestra el que D.ª Beatriz Ponce de León lo hubiera nombrado albacea en su testamento, en unión del Comendador Benavente (296). Pero, por contra, tiraba por tierra dicha suposición, el constar que no había sido hombre de letras y anticiparse en el tiempo a la Canción.

¿Quién era, entonces, aquel «Fr. Didací della Magdalena», «in provincia Bethicae magisterum»? ¿Una equivocación de los copistas en el nombre del mismo Fray Cristóbal? Hubo que darlo de lado por una razón de peso: la persistencia en el nombre, Cristóbal, que el Fr. P. de Contreras (297) atestiguó al examinar, directamente, su signatura, en diferentes documentos oficiales.

(292) «Vena» es palabra de la que gusta, sobremanera, Barahona, en el sentido de fluidez de palabra, de dotes oratorias y doctorales.

(293) En sus cit. art. en «El Guadalete», 1934.

(294) Art. anterior.

(295) Escritura otorgada el 19 de Enero.

(296) Testamento del 8 de Marzo de 1549 ante Martín de la Cruz.

(297) Fr. Pedro de Contreras: «Santos, Bienaventurados y Venerables de la O. de P.», 1923, vol. III.

Posteriores investigaciones de Sancho de Sopranis, en un estudio sobre «Don Juan Tellez Girón y la Universidad de la Concepción de Osuna» (298), demostraron la existencia de un Fray Diego de la Magdalena, y, además, teólogo y maestro de fama, con lo que quedó aclarado, definitivamente, lo que durante muchos años constituyó «un verdadero problema para quienes intentaron determinar la personalidad del religioso», ensalzado como sabio por Barahona.

El hecho de explicar Cátedra de Teología, de vísperas, primero, y de prima, más tarde, en la Universidad de Osuna, aclaraba la facundía y la sabiduría de Fray Diego. Dicha Universidad, «que no tuvo que envidiar a las más famosas de España en grado de aprovechamiento de los escolares» —en opinión de Rodríguez Marín (299)— «la Alcalá del Mediodía de la Península Ibérica» (300), fue fundada por el IV Conde de Ureña, en 1531. Dotada con esplendidez, reunía 14 Cátedras Mayores y 8 Menores, estas últimas —decía don Juan Tellez Girón, en frase gráfica— a fin de «que con ellas se menee el ejercicio de las letras en el Colegio». El Conde de Ureña conservaba la libertad de acción «en la designación, retención y remoción del personal docente» y llamó para ocuparse de ello a las tres familias de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, aunque los agustinos —nos informa Sancho— no figuren al constituirse el primer Claustro Docente el día de la Inmaculada de 1549. Pero son los dominicos, incorporados a la Universidad (301) —mientras vivió el fundador— los que dirigieron la Facultad Teológica. La constituía ésta un Catedrático de Biblia y otro de prima y vísperas de Teología, cátedras dotadas con 50.000 y 40.000 maravedis (302). Uno y otro debían tener por base la Summa Teológica de Santo Tomás, que iría destronando a Pedro Lombardo. Los dos lectores hacían su curso y a los cuatro años estaban en condiciones de aspirar a la birreta y anillo magistrales.

Pues bien, en la Cátedra de Vísperas, y desde 1549 a 1556, teneis a Fray Diego de la Magdalena. En 1553 es uno de los tres examinadores del Dr. Andrés Velázquez, de Arcos, que se gradua en Bachiller en Artes (303). En 1557 sustituye al Maestro Ochoa en la Cátedra de Prima —un ascenso— y allí explica hasta su jubilación en 1570. Este ascenso se halla suficientemente aclarado a tenor de la bibliografía exhumada por Sancho de Sopranis (304), así como el Convento en donde mora, y en donde habría adquirido fama suficiente para ser llamado nada menos que a explicar la Cátedra de Vísperas de Osuna. «Vaya a la villa de Osuna y en ella regente la Cátedra de Teología de vísperas...» ¿Y dónde estaba el grave, docto, elocuente Maestro y orador? Las investigaciones de Sancho, en el catálogo de los Hijos del Convento de Sto. Domingo de Jerez (305) —muy diligentes en no dejar

(298) Pub. en «Hispania», 1958, núm. LXXII, págs. 356 y sig. Cfr. también en «Semblanzas misioneras», Arch. Ib. Americano, 1950.
(299) En «Cervantes y la Universidad de Osuna». Recogido en «Estudios Cervantinos», 1947, págs. 19 y sig., y en «Apuntes y documentos para la historia de Osuna», 1890.
(300) H. Sancho en su trabajo en «Hispania».
(301) Por gracia de Paulo II en 20-8-1548.
(302) R. Marín.
(303) Junto con el doctor Miguel Ferrer y Diego de Avellaneda.
(304) En «La Facultad de Teología de la Universidad de Osuna», de Fr. Vicente Beltrán de Heredia, en «Ciencia Tomista», 1934, Marzo y Abril, núm. 146, y en Merri Colón: «Del Origen y fundación privada y excelentísima de la Universidad de Osuna», 1869, aparte los est. de Rodríguez Marín, ya cit.
(305) «Historia del Convento de Sto. Domingo de Jerez», H. Sancho, 1929.

nadie de valía atrás— expresan que no fue hijo del Convento de su Ciudad natal —al menos allí no está—, y sí en el de San Pablo y Santo Domingo de Ecija: «Fray Diego de la Magdalena, distinguido orador y teólogo...», en el que aparece como «persona considerable», ya que se aprueba su promoción con otros religiosos muy distinguidos (306). En resumen, el que figure entre los notables del Convento Astigitano no quiere decir que fuera de allí, aunque sí «muy relacionado» con el mismo, dado que no «aparece reclamado por monasterio alguno de la Provincia».

Nada más, por otra parte, se sabe de él. Tan sólo que era de Jerez, según la Canción de Barahona, y que Fray Martín de Córdoba le sucede en la Cátedra de Prima de Teología de Osuna en 4 de Septiembre de 1570, «fecha que hay que tener muy en cuenta para datar la Canción» —como aclara Sancho de Sopranis—. O sea, que al referirse a Fray Diego como «jubilado», necesariamente hay que fecharla con posterioridad a 1570. Dato muy seguro que retrasa la cronología que nos diera Fray Antonio de León —1569— y una nota más de que tendremos que posponer al fraile dominico por el del pretendido Regente Pedro de León, en quien se centran todas las probabilidades. Indudable, que si supiéramos el año de la muerte de Fray Diego de la Magdalena, aportaría otro hito trascendente para interpolar, entre aquella fecha de la jubilación —1570— y la de esa muerte, la fecha en que la Canción aproximadamente fuera escrita, ya que de lo que podemos estar seguros era de que el «grave y jubilado» Maestro vivía cuando Juan de Barahona tomara su pluma para escribir sus versos. «Es hoy la mejor llave...»

Por desgracia nos es ignorada, del mismo modo que otras varias preguntas: «¿Cuál fue su obra en Osuna? ¿Dónde murió y podrían encontrarse vestigios de esa labor apostólica a que alude el capitán Barahona?» (307). Esperemos que con el tiempo, viejos y olvidados papeles permitan contestar a estas preguntas y nos completen así la visión del sabio y jubilado Maestro de Jerez

«que nos enseña al vivo
lo escolástico todo y positivo».

EL DOCTOR LOZANO O LA «SENCILLA BONDAD»

El sexto y penúltimo de los sabios se nos presenta muy lleno de santidad y «sencilla bondad». De humilde y recatada modestia. Los versos sinceros que le dedica Barahona están en un tono más sencillo también que los restantes, como si se hubieran contagiado con su sencillez.

«Al buen doctor Lozano
Le demos otra silla,
Pues también lo merece su persona;
No por fervor humano,
Sino por la sencilla
Bondad que tiene en sí, que así lo abona.

(306) Acta Cap. Gral. O. P., vol. V, pág. 20. Cfr. Martín Jiménez: «Memorias Ilustres del Convento de San Pablo y Santo Domingo de la Ciudad de Ecija», 1937, pág. 45.
(307) Preguntas que formula Sancho de Sopranis.

Que ni el saber lo entona,
Ni la mundana honra
Lo desvía una tilde
De la ciudad humilde,
Por la cual el Señor lo sube y honra
Entre los hombres tanto
Que todos lo tenemos por un santo».

El retrato queda hecho. Pero faltaba conocer noticias del buen doctor Lozano, a quien todos, por lo visto, apreciaban de verdad y consideraban como «un santo». Sobre esto se partía casi a cero, ya que no se citaba en las relaciones de Varones Notables de Jerez (308). ¿Y por qué? ¿Influyó su excesiva humildad, el no «entonarse» jamás con el saber, ni desviarse «una tilde», el deseo de no sobresalir nunca? Parada y Barreto —el primero que traza de él una semblanza, llevado por los elogios de Barahona—, se dolía de la incuria de los historiadores locales, que dejaron caer en el olvido «recuerdos que son de tanta honra y valor», y no dijeron ni una sola línea de aquel que pasaba como un modelo de santidad y de ciencia. Apenas, por ello, Parada pudo aportar nada nuevo. Que Juan de Barahona lo menciona en el Prólogo de «La Vida del Hombre Noble»: «Tomé la pluma en la mano y comencé a romancear el libro primero: el cual después que hube acabado, comuniquelo con nuestro buen Dr. Lozano y parecióle tan bien, que me puso nuevo ánimo de seguir hasta el fin de los que me quedaban». La cita nos sirve para convencernos de la autoridad y del prestigio que gozaba el Dr. Lozano en el Jerez de entonces, y sus perfectos conocimientos humanísticos y renacentistas, además de la buena amistad que existía entre ellos. Y que fue Presbítero y Canónigo de la Colegial y dejó la mitad de su fortuna a las Monjas de la Misericordia o de la Concepción, la Casa de las Mujeres Arrepentidas, a tenor de su testamento ante el Notario San Miguel, en 1591, nota recogida de Portillo (309). Y sanseacabó.

Hoy, gracias al empeño del siempre recordado Sancho de Sopranis —cuyas investigaciones han resultado capitales en el Jerez de esta época— es factible presentar nuevas noticias. Se llamó Bartolomé, y su padre, Bartolomé Martín Lozano, profesor de humanidades. Así lo declara el propio Dr. Lozano, Magistral de la Iglesia Colegial de San Salvador, al impetrar el favor de la Ciudad en las oposiciones a la lección de Escritura: «Mi Padre sirvió a Vuestra Señoría con su doctrina». Su madre: Juana de Quirós. Rodríguez Marín (310) la señala, al citar a su hijo, Antonio de Quirós y Vera, colegial en el Mayor de Osuna (311). En el testamento de Bartolomé se señalan cuatro hermanos: Mariano, Luciano, Juana y Ana de Quirós. Luciano, humanista, cursa también en Osuna. Mariano es Licenciado. ¿Y Antonio, dónde encasillarlo? Buena educación la que proporciona Bartolomé Martín a sus hijos.

(308) Ni en la relación de Varones Ilustres, incluida en el «De Diversis Xerez», ms. 23 de la B. Munic. de Jerez, ni en Roa, Espínola, Estrada, Rallón, Gufiérrez...
(309) «Noches Jerezanas», T. II, pág. 79.
(310) «Luis Barahona de Soto», pág. 90.
(311) Nació en Jerez de la Frontera y se licencia en Teología en Sevilla. Allí se bachillera en Cánones a 18-3-1567. Colegial de la Universidad de Osuna, licenciado en Cánones en 13-2-1570. De Maestro de Prima de Teología actuaba Fray Diego de la Magdalena.

En el Jerez del XVI funcionaba una Cátedra de Humanidades, de Gramática, dotada con la vigésima parte de todas las rentas decimales de las Siete Parroquias de Jerez, y de su Colegial. En 1534-35 se quejan en el Cabildo (312) de que el catedrático era hombre más aficionado a sacar el dinero, fácilmente, que a cumplir con su oficio. Se desconoce la fecha en que actua Bartolomé Martín Lozano, pero debería ser sobre la mitad del siglo. Precedió —nos informa Sancho de Sopranis, a quien debemos todos estos datos, en sus «Establecimientos Docentes de Jerez» a lo largo del siglo XVI—, a Francisco de Medina, a quien sigue Luciano de Quirox, 30 años de dilatado magisterio, que clausura en 1586, al anexionarse al Colegio de la Compañía, en el cual prosigue, y muy brillantemente, su cátedra de la veintena.

El Doctor Bartolomé Lozano explicaba cátedra de humanidades en Cádiz. De ella lo desplazó el Obispo García de Haro, al anejarla al Colegio de la Compañía, recién fundado. El Doctor Lozano continuó con la enseñanza «por su cuenta y riesgo» en Jerez, a tenor de una petición, que publica Sancho de Sopranis, dirigida al Cabildo, en 1569 (313), de una recomendación al Sr. Provisor de Sevilla, a fin de alcanzar la cátedra de escritura de la Iglesia Colegial, y el canonicato, por tanto. El veinticuatro Lorenzo Adorno apoyó la petición y con él la Ciudad, pero, a pesar de todo, las cosas no le rodaron bien, porque se le otorga al Dr. Escorza. De todas formas, lo consigue al cabo de dos lustros: el exponer la Sagrada Escritura en el Estudio Anejo al templo de San Salvador, ya que fue elegido tercer Magistral. Aquí permanece, enseñando con decoro y general aplauso, otros dos lustros, hasta morir en 1591 (314). Como ya dijimos dejó en su testamento la mitad de su fortuna para los necesitados. «El poeta Barahona había muerto ya y por esta razón no pudo dedicarle la alabanza poética póstuma de que ciertamente fue merecedor el doctor Lozano» (315).

Ultimamente, fue transcrito su testamento (316). Es un testamento ejemplar. Bartolomé deja su ánima a Dios Nuestro Señor y manda que su cuerpo sea sepultado en la Iglesia del Salvador, «en el enterramiento que allí tengo». De sus bienes, «los ayan y los hereden los pobres de la calle de San Salvador y el monasterio de las Recogidas. Por partes iguales». «Y no firma por la gravedad de la enfermedad». Menciona 24 botas de vino añejado y nuevo. Y jarro, taza y media docena de cucharas de plata. En un cofrecillo, 600 doblones de a 23 rs., en un «xaquixamí» «que está en el sobrado». En el escritorio otro «taleguillo» pequeño. Este dinero se le entregó a Fernán Ximénez Garrido. A Isabel de Berrio, el ama que le sirvió, 10 ducados. Otros ducados a otros sirvientes. A su hermano Luciano de Quirós «la

(312) Del 14 de Julio. Cfr.: «Establecimientos Docentes en Jerez de la Frontera en la primera mitad del siglo XVI», núm. 7, C. de E. H. J., 1959, pág. 11.
(313) Inserta en «Est. Doc. de la Segunda Mitad», núm. 8, págs. 45-48, de H. Sancho. «El provecho que yo hago en esta Ciudad con mi doctrina...»
(314) La Canongía Magistral «a una persona de letras e suficiencia». «Leyese escriptura sagrada para que la oyesen todas las personas que quisiesen». Apéndice 1 cap. II de la Mon. cit. ant. La canongía la solicita en 1591 Juan Núñez. Lo apoya el Cabildo ante el Cardenal Castro. Pero no se lleva tampoco la prebenda.
(315) Pág. 47 de «Est. Doc.», 2.ª Parte.
(316) Ante San Miguel, protocolo del 19 de Septiembre de 1591.

ARCHIVO MPAL. AYUNTAMIENTO DE JEREZ

mula que tengo con sus aparejos e más 100 ducados en dineros para que ruegue a Dios por mi». Al hermano Mariano algunos ducados. A Luciano, Patrono de la Capellanía que renta 20.000 mr. al año, junto con el Capellán Antonio Ximénez Garrido, hijo de su compadre Francisco. Tiene tres casas en la calle de San Salvador. Los hermanos Lozano pretenden declarar nulo el testamento (317). Pero queda firme y demuestra la caridad y la bondad del buen doctor y sabio de Jerez.

FRANCISCO PACHECO «FENIX SOLO»

El último y séptimo de los sabios, con el que se cierra este coro insigne ensalzado por Barahona —«el cuento acabe», la cuenta termine, mejor dicho— no es otro que el Canónigo Francisco Pacheco. La Canción lo eleva al séptimo cielo también de las alabanzas. Parte porque las merecía, y parte por la verdadera amistad entre nuestro Capitán Poeta y el docto Pacheco. «Mi verdadero amigo, no os enogeis conmigo» —le pide Barahona—, porque hay muchas más razones para alabarle que las que den de sí sus versos. «Que no las sé, ni puede en mil renglones». Pero mejor será transcribiros lo que dice de este séptimo sabio de Jerez la Canción que está a punto de terminar:

«El docto Licenciado
Pacheco, Fénix solo
Y milagro del mundo, el cuento acabe,
Pues es tan acabado
Que abajo y sobre el polo
Todo cuánto se puede saber sabe.
Vos de que no os alabe
Con más largas razones,
Mi verdadero amigo,
No os enogéis conmigo;
Que no las sé, ni puede en mil renglones,
Contar la mejor pluma
Lo menos de lo más, que en vos se suma».

Francisco Pacheco nació en Jerez en 1535 o 1540 (318). En apoyo de la primera fecha el epitafio grabado en la losa (319) —murió en 1599 de 64 años (320)—; de la segunda, el juramento «puesta la mano derecha sobre el pecho», en 1570, de haber cursado Teología Escolástica en Sanlúcar, desde 1559 a 1563 —«que passó de 6 meses y un día»— y confesar «que es de edad de treinta años poco más o

(317) Informe testifical a 20-9-1591 de los Hermanos Lozano sobre nulidad del testamento.

(318) Nicolás Antonio y Arana de Varflora, en sus «Hijos de Sevilla», 1791, I, lo creían de Sevilla. «Sevillano insigne...». Ortiz de Zúñiga disiente que sea de Sevilla. Arana argüía que Palomino, al hablar de su sobrino, escribía: «de familia muy ilustre y conocida de Sevilla». R. Marín, en su «Pedro de Espinosa», 1907, demostró que el sobrino pintor nació en Sanlúcar de Barrameda y se bautiza en Ntra. Sra. de la O, a 3-11-1564. Lib. VIII de Baut., fol. 82.

(319) «Quizá lo copió mal Ortiz de Zúñiga en sus «Anales». R. Marín.

(320) A las 3 de la tarde del Domingo 10 de Octubre. «Sexto idus octobris anno aeternne salutis MDXCIX, aetatis sue LXIV».

menos» (321). José María Asensio (322) añade que su padre, Hernando de Aguilar Pacheco, procedía de Villasevil (en el valle de Toranzo) y casó con Elvira de Miranda, de antigua familia jerezana. Pero tampoco los Pacheco eran desconocidos en Jerez, sino que vivían aquí desde muy antiguo. Parada cita a Pedro López Pacheco (1490), General de la costa de Granada; a Juan Pacheco de Santiago, caballero (1405) domiciliado en la calle del Alamo, y a Miguel Pacheco (1599), uno de los acaudalados propietarios de la Ciudad. Una finca conserva el recuerdo de ese apellido: «Las Pachecas». Entre los exceptuados, en 1477, como hidalgos, de moneda forera —añadimos de nuestra búsqueda— un «Benito Pacheco». ¿Pariente de ellos, Hernando de Aguilar, otro «montañés»? «De padres humildes» (B. José Gallardo). Graduado Francisco Pacheco en Artes y Filosofía en el Colegio de Santa María de Jesús y Universidad Hispalense, en 1555, se licencia en dicha Facultad, y cursa, después, —1559-1563— Teología Escolástica, bachillerándose en la misma. Clérigo Presbítero en 1570, obtiene canongía de la Catedral de Sevilla, Capellán Mayor de la Capilla Real, Administrador del Hospital de San Hermenegildo, vulgo del Cardenal Cervantes, (232) y Censor de obras.

Maravilloso latinista, los elogios se le multiplican por doquier. En el epitafio latino de su sepulcro, frontero a la Capilla de la Antigua (324), se leía: «Yace aquí Pacheco...». «Francisco Paccieco, Mundensí...» (Llaman Munda a Jerez). «Gloria de la lengua latina» («romanae gloria linguae») «insigne en la elocuencia» («eloquio insignis»), «claro en la poesía» («carmine clarus eset»). «Por el mereció España cuanta alabanza se da a Arpinas y Mantua», las patrias chicas de Horacio y de Virgilio. «Examinador de libros, varón clarísimo en la destreza del ingenio y en todo género de ciencias, benemérito de alabanza inmortal, por la ventaja de las letras, la bondad de las costumbres y el candor del ánimo». «En las cuales cosas (a juicio de los varones más doctos) venció más que igualó toda la eminencia de la antigüedad y dejó muy atrás a los Pindaros, Horacios, Ausonios, Marciales y a todos los demás líricos y epigramáticos» —escribía Juan de Robles (325)—. Y en otra obra suya: «Sólo la envidia pudo quitarle el ser maestro de la Majestad de Filipo III» (326). «Entre tanta confusión de poetas» —anota B. J. Gallardo (327)— «le fue forzoso» «tomar la pluma y escribir con ella lo que ningún otro poeta antes de él pudo exceder y después no ha podido imitar».

¿Y qué escribió —«no tuvo nunca la pluma parada»— Francisco Pacheco? De su obra extensa «no nos queda memoria». Pero como muestras de su preclaro in-

(321) R. Marín: «L. Barahona», pág. 136.

(322) «Francisco Pacheco y sus obras», 1886.

(323) «Administradores Eclesiásticos que nombran los Patronos, que son un capellán de la Sta. Iglesia señalado por el Cabildo y los Priores de la Cartuxa y San Gerónimo», Arana de Varflora, «Comp. Hist. Desc. de la M. N. y M. L. Ciudad de Sevilla», 1789, fol. 67. Decía Peraza de este Hospital —heridos y enfermos— que eran «tanto el aseo, cuidado y esmero que tenían en la asistencia de los enfermos, que muchas personas de caudal, quando enfermaban querían ser curados aquí».

(324) Que copia el Canónigo Loaysa, en sus «Insc. Sepulcrales», 1706 y Zúñiga en sus «Anales». «Y no la he podido descubrir: se había borrado», y publica Borjas Palomo: «Hist. Crit. de las riadas de Sevilla».

(325) «Diálogo entre dos sacerdotes... en razón del uso de la barba de los Eclesiásticos», Sevilla, 1642.

(326) «El Culto Sevillano». Y en el «Memorial de los Srs. Arz. de Sevilla».

(327) «Elogio de Francisco Pacheco, canónigo de Sevilla», núm. 1 de «El Criticón», 1835, págs. 19 y sig.

genio, quedan —según el Lcdo. Robles (328)— el arreglo del «Rezado de los Santos de Sevilla», los materiales para escribir una Historia Eclesiástica de la Diócesis —de la que se conserva un Catálogo de Arzobispos y Obispos (329)—, y en «gallardísimos y armoniosos versos latinos» —en los cuales era una primerísima autoridad— los dísticos de la sala antecapitular de la Sta. Iglesia, y en la sala del Cabildo, bajo los relieves, en el mármol; los epigramas al San Cristóbal de Pérez de Alesio (330), cuyos cartones vigiló, en la puerta que da a la Lonja; la piedra en la Giralda, a los pies de San Hermenegildo (331), y los que se colocaron en el túmulo de Felipe II (332). Además, cuenta como el autor de la oda a Garcilaso, que comienza: «Natalís almo luminis candidus...» (333), que Luzán, en su «Poética» considera digna del siglo de Augusto, y las instrucciones para los bajorrelieves, estatuas y adornos de la gran custodia de plata que habría de trabajar Juan de Arfe (334).

«Ilustrísimo en todo género de erudición» (Loaysa), «varón digno de honrar su siglo» (A. de Castro) (335), junto a tantas alabanzas (336) queda el don inapreciable de su amistad. Amigo de Arias Montano, de Juan Fernández Franco, de Pablo de Céspedes, de Ambrosio de Morales, íntimo de Herrera (337), de Malara, de Francisco de Medina, del jesuita P. Pineda, del agustino Fr. Juan Farfán, de Fray Juan Espinosa, de nuestro Salucio... etc..., establece en su casa, que tenía «empaque de Academia» (Asensio), una tertulia a la puesta del sol (338), en la que se reunían las personas más eminentes de aquella «Atenas del Sur» —como llamaban a Sevilla, y en donde transcurre la mayor parte de la vida de aquel jerezano «modelo de ciencias y virtudes»— según escribe, y para no quedarse corto, Parada y Barreto.

Aquí, a Sevilla, se trae a su sobrino, el sanluqueño Francisco, el suegro de Velázquez. Eran 4 sobrinos: Pedro, Juan, Mateo y Francisco, huérfanos de Juan Peres —hombre de mar— y de Leonor Ríos. Juan Peres era primo suyo, y no hermano de su padre, como se supuso. Por todos los cuatro sobrinos hizo el tío canónigo. A Pedro y Juan: sastres; Mateo: linero; Francisco, humanidades, y, luego, en su casa, de aprendiz con Luis Fernández, pintor de sargas. Familia humilde, pero que «venían de cristianos viejos» (339). Francisco (340) cambia su apellido por el de Pacheco que llevaba su benefactor, «a quién, después que a Dios, le había debido todo, menos la vida» (341). Manuel Barbadillo, en su libro sobre Pacheco (342) describe el «trauma emotivo» que representó para el «pintor sobrino» este «tío providencial» (343). De él hereda su afición latinista —de quien lo aprendiera de niño—, su educación clásica, su espiritualidad (344) y profundo sentido religioso (345), su modestia (346), su sentido poético —«pintor poeta» lo llamó Cascales y Asensio; «segundo padre de escritores claros», Quevedo—, el gusto renacentista por la tertulia —«cárcel dorada del Arte» dijo de su estudio Palomino— que deja eternizada en el «Libro de Retratos». ¿Pintó a su tío, a quien debía todo, a tal punto que sin este sabio de Jerez, ni Pacheco hubiera sido Pacheco, ni Velázquez hubiera sido, después, Velázquez? Gloria que hay que sumarle a las muchas que ya reune. Pues, seguro que sí, que fue uno de los 170 retratos en colores, de los que sólo escogió algunos en lápiz rojo y negro para su «Libro» (347) y de cuya calidad hablarán otros «cuando desaparezcan estas vagas sombras». Para realizar el cuadro de nuestro Canónigo en la Biblioteca del Cabildo se valen de un dibujo de su sobrino (348).

Su epigrama al túmulo del «Reí Filipo Segundo» lo reproduce en ese «Libro de Retratos» (349). En la traducción de Rioja suenan muy bien los versos:

«Ni en un túmulo breve
cabe la inmensidad de tanta gloria...»

Pacheco tenía 35 años cuando murió su tío a las 4 de la tarde del Domingo 10 de Octubre de 1599. Ya era notable. Pintaba un «San Antonio de Padua con un niño». Ya hacía 11 años que había muerto su amigo Juan de Barahona. ¿Conocería los versos que en su Canción le dedicara? La expresión de que no «se enojara» por

(328) «El Culto Sevillano», cit. ant.
(329) Y una Memoria. Ms. Uno de ellos anotado por D. Juan de Torres y Alarcón. (Parada y Barreto).
(330) El San Cristóbal de 30 pies: 10 varas castellanas. Escritos los versos en la misma pared: «Christofer est, fortisque cigas, cuí lucet euntí...»
(331) Debajo del Balcón 1.º, en el frente del Norte.
(332) Epigrama en 6 dísticos en uno de los frentes de la urna sepulcral. Los tradujo Rioja.
(333) Inserta en la ed. sevillana de Garcilaso, editada por Herrera.
(334) «El hermosísimo ornato que para ella» «ordenó el Lcdo. Pacheco; el qual para que fuese muy propio y dicente y de magnífica significación le acomodó a la traza de la Iglesia Católica, repartiendo por todas partes historias, figuras y hieroglíficos que quadran con este intento y particularmente con el Misterio del Santísimo Sacramento». Dedicatoria en Sevilla, a 20 de Mayo de 1587. Cfr. Ponz: «Viaje de España», T. IX, Carta II, ed. 1947, págs. 775 y 776. Vid. también: «Descripción de la traca y ornato de la Custodia», de Juan de Arfe, 1587.
(335) «Hist. de Jerez», 1845. «Varón doctísimo en todo género de buenas letras y de vida inculpable», (A. de Morgado). «Sujeto de mucha erudición y excelente poeta latino», (Cean Bermúdez). M. Méndez Bejarano le atribuía en ms. en la Bib. del Seminario Real de Madrid, un «Vocabulario de los nombres dificultosos o peregrinos» y un «Discurso de cosas de Sevilla».
(336) Lo citan y alaban Espinel, «Casa de la Memoria» y Juan de la Cueva, en primer lugar en su «Viaje a Sannio». Como apologista suyo: Porras de la Cámara.
(337) Persuadió al Cardenal D. Rodrigo de Castro para que le diese el orden sacro.
(338) «Rico y puro foco de luz», F. Espino.

(339) «Nuevos datos para las biografías de 100 escritores de los sig. XVI y XVII», Rodríguez Marín, «Rev. de Arch.», 1923.
(340) Escritura de poder de 1593.
(341) R. Marín.
(342) «Pacheco, su tierra, su tiempo», 1963, pág. 66.
(343) Para Asensio tanto cuidó de cultivar su inteligencia «como de proporcionar el más entero desarrollo a sus naturales facultades», pág. 3, «Guía y protector de su carrera».
(344) M. Menéndez y Pelayo, «Hist. de las ideas estéticas», II, pág. XI, 1884.
(345) «Escrupulosísimo como era en todo lo tocante al alma». R. Marín. A los 12 años se confiesa con el P. Zamora; a los 15, Nazareno. Patrono y Capellán de obras pías. Su rectitud y puntualidad para pintar las cosas sagradas. De 150 cuadros que pinta, apenas si 10 no tratan de asuntos religiosos. «La pintura ha de inducir a la piedad», escribirá en su «Arte de la Pintura». Y llevarlos a Dios. Si le faltara el alma «no sería hombre, sino cadáver». Cfr. Jesús de las Cuevas: «Francisco Pacheco y el Arte de la Pintura», Premio Dip. Prov. de Sevilla, «Arch. Hispalense», 1955, págs. 72 y 73.
(346) Se trasluce a cada momento. «Umilde soneto». «Osaré poner un soneto...».
(347) Entre los que se halla el único retrato auténtico de Fray Luis de León. (Ludwig Pfandl).
(348) De 84 cm. de alto por 63 de ancho, en la «Gal. de retratos sevillanos ilustres» en la Bib. Colombina, el 10 de derecha a izquierda. Cfr.: «Arch. Hisp.», 1.ª Epoca, 30 de Agosto de 1887.
(349) «Epigrama del Lcdo. F. Pacheco, mi tío, Canónigo de la Sta. Catedral, que se puso en la urna del túmulo que dedica Sevilla al Rey Filipo Segundo». Interviene Pacheco, el pintor, en su adorno y ornato.

no alabarlo aún como se merece, hace pensar que se la envió. Así como su traducción de Piccolomini. En el «Arte de la Pintura» de su sobrino se cita al Cortesano y a Picolomini. ¿Sería la traducción de Barahona? ¿Los Versos pasarían al sobrino, a la muerte del Canónigo? ¿Y, quizá, algunos en vida? Al casarse, en 1594, lleva a su nueva casa de San Vicente «veinte papeles de diferentes pensamientos en que ay muchas cosas» (350). ¿Conocería también a Barahona? ¿Y por qué no? Si éste iba por la tertulia de su tío —él, soltero todavía— y le entusiasmaba la tertulia, y el oír a Medina hablar de Italia, y hablar Barahona también de sus andanzas por aquellas tierras y por los mares en las galeras del Rey, ¿por qué no pensar que fueran ambos amigos? ¿Lo pintarían en uno de los retratos que se perdieron? El Capitán Barahona merecía, y sobradamente, uno de aquellos «perfiles». A Fr. Juan de la Cruz, lector que fuera de los Estudios de San Francisco, en Jerez, lo biografió y retrató Pacheco. ¿Andará, sabe Dios por dónde, el perfil de Juan de Barahona de mano de Pacheco, el pintor?

Fuera como fuera, la admiración por el Canónigo jerezano alcanza en la Canción el máximo acento. «Milagro del mundo». Barahona va a terminar con él sus estancias a los siete sabios de la Ciudad. Con nadie mejor. De un Polo a otro —y vuelve a insistir en la idea del «Antártico» al «Calisto»— «todo cuanto se puede saber sabe». En verdad, no se puede decir ya más en alabanza del docto Licenciado Don Francisco de Pacheco.

(350) «Desde Jerónimo Hernández a Martínez Montañés», por C. López Martínez, 1929, págs. 181 y 182.

ADIOS FINAL

IV

ADIOS FINAL

Los cinco versos postreros con que remata la Canción son sencillos y cordiales:

«Patria mía querida,
Amigos y señores
Estos breves loores
Con que vuestra grandeza y virtud muestro
Recibid deste siervo vuestro».

Juan de Barahona y Padilla ha puesto el último punto. Ha dejado la pluma de ave y ha levantado la cabeza. Es ya muy de noche. Suenan unas campanas. ¿De San Miguel? ¿De Santiago? En una esquina de la habitación se apoya la espada. Juan de Barahona se pasa la mano sobre los ojos. Relee los versos una y otra vez. Sonríe. Está contento y orgulloso de haber nacido en Jerez, donde nacieron tantos hombres ilustres y, en especial, estas siete lumbreras de sabiduría. Quiere a su Ciudad entrañablemente. Nada hay para él mejor que Jerez.

Con lentitud guarda la Canción en una gaveta, coge la espada, y sale. Es ya muy tarde. Jerez duerme... «¡Oh venturosa! ¡Oh tranquila Ciudad!» Juan de Barahona oye sus pasos por la calzada. «In mentis» anda repitiendo sus versos iniciales:

«Si hubiera tal ventura
Jerez, como han tenido...»

Ha cumplido ya con Jerez con la pluma y la espada. Y está dispuesto a cumplir cuantas veces lo requieran... ¡Si todos hicieran igual! «¡Patria mía querida!».

¡Qué gran señor anda, ahora, hacia la Porvera! ¿No recordais los versos de Fernando de Herrera?:

«Aquel que libre tiene
De engaño el corazón, y sólo estima
Lo que a virtud conviene,
Y sobre cuanto precia

ARCHIVO M.P.A. EXCMO. AYUNTAMIENTO DE JEREZ

El vulgo incierto su intención sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
Sólo señor merece y rey llamarse».

¡Adiós, pues, señor y rey, capitán y poeta Juan de Barahona y Padilla, embarcado en las galeras reales y muerto, después, en La Invencible!